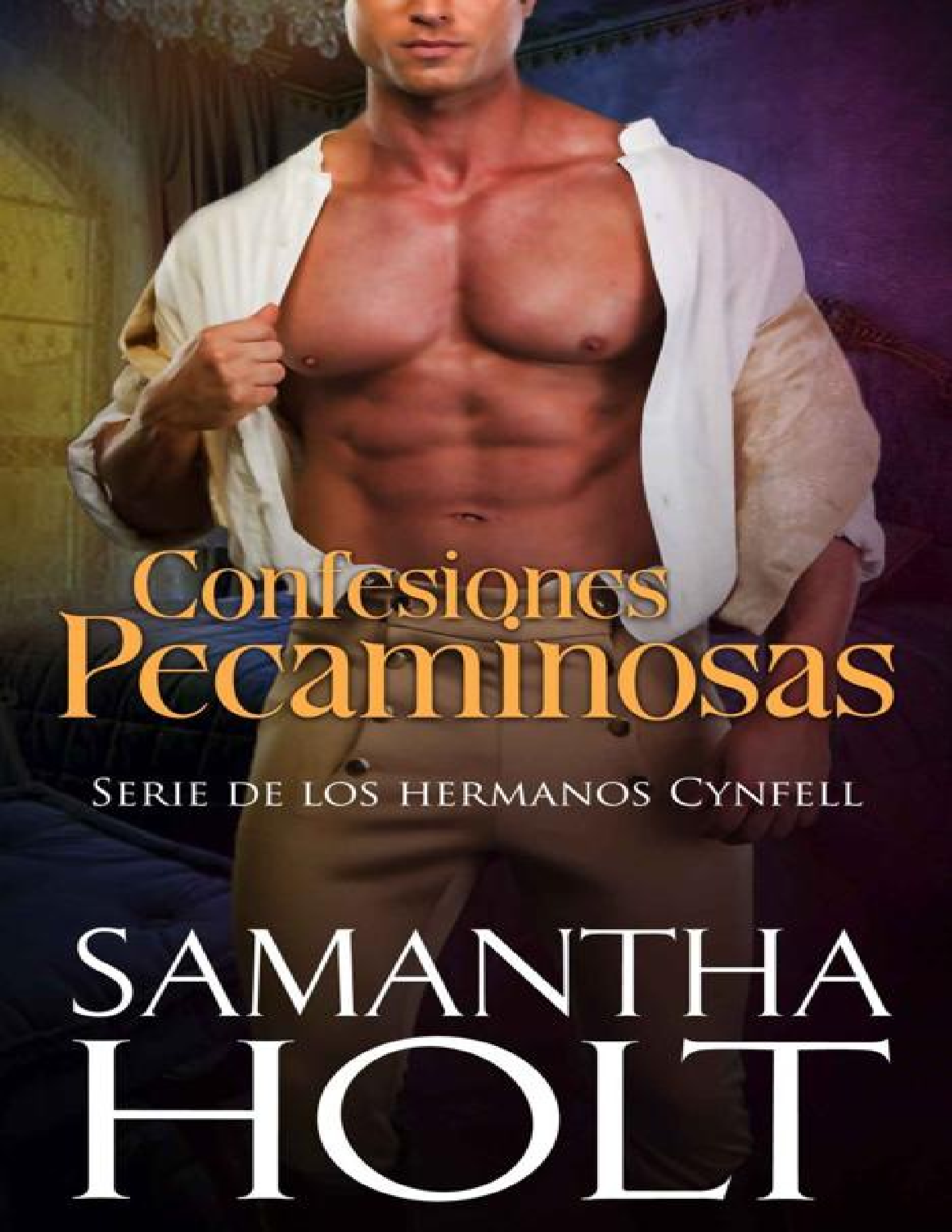

Confesiones
Pecaminosas
Serie de los Hermanos Cynfell
Samantha
Holt

Confessiones Pecaminosas

Una novela sobre los hermanos Cynfell

Samantha Holt

TRADUCIDO POR

Auxiliadora Figueroa

Índice

Capítulo uno
Capítulo dos
Capítulo tres
Capítulo cuatro
Capítulo cinco
Capítulo seis
Capítulo siete
Capítulo ocho
Capítulo nueve
Capítulo diez
Capítulo once
Capítulo doce
Capítulo trece
Capítulo catorce
Epílogo

Acerca del Autor

Capítulo uno

Warwickshire, Inglaterra, 1895

Pum, pum, pum.

Alguien estaba lanzando fuegos artificiales dentro de la cabeza de Julian Cynfell. El hombre puso un gesto de dolor, entreabrió un ojo y examinó su alrededor. Las cortinas estaban cerradas y un manto de penumbra dominaba el gran salón.

—¿Qué diablos...?

En ese momento, se incorporó con cuidado en el *chaise longue* y soltó un gemido. Ahí estaba otra vez, aunque no se trataban de fuegos artificiales. Los fogonazos de luz que le estallaban por todo el cráneo solo eran consecuencia de la jaqueca que le atormentaba.

Acto seguido, se frotó la cara y se irguió del todo. Luego, dedicó unos segundos a envolverse con cuidado la frágil cabeza y cerró los ojos. Por lo visto, unos duendecillos traviesos se habían instalado en su cráneo con unos martillitos, y cada vez que se movía tenía la sensación de que estos seres redoblaban sus esfuerzos en señal de protesta por haberles empujado.

Pum, pum.

La puerta de entrada. De ahí venía el ruido. Bueno, supuso que eso tenía más sentido que unos fuegos artificiales en el salón principal de la mansión Lockwood. Maldiciendo a las pequeñas criaturas que se encontraban dentro de su cabeza, se puso de pie y entornó los ojos para echar un vistazo a la oscuridad. Un minúsculo haz de luz se colaba por cada uno de los tres conjuntos de cortinas y se derramaba sobre los muebles de nogal tremendamente pulidos, resaltando los toques dorados del mobiliario y acentuando los cargados estampados de la alfombra. Julian levantó la comisura del labio con desagrado. Aquello era demasiado que ver para sus delicados ojos tras una noche de intenso vicio.

Estaba claro que quienquiera que se encontrase en la puerta no tenía la intención de marcharse. ¿Dónde estaba el puñetero mayordomo? ¿Y las sirvientas? Ya, no le quedaban muchas, pero al menos disponía de un miembro de su servicio para abrir la maldita puerta, ¿no?

Con la sensación de haber envejecido cien años durante esa noche, fue a duras penas hasta la puerta del pasillo y la abrió de golpe. Soltó un gemido ante la bienvenida de una luz intensa. Volvió a odiarse a sí mismo en cuanto olió las flores recién cortadas y el pasillo, que indudablemente se había aireado ya. Hasta él podía percibir la nube de alcohol en la que se encontraba envuelto. Precisaba un baño, lavarse los dientes y un enjuague con té de menta.

Después, iba a necesitar un café concentrado que le ayudase a recuperar la sobriedad.

—Ya voy, ya voy —le dijo entre dientes a la insistente visita a la vez que el sonido del llamador de la puerta volvía a vibrar por toda la casa.

Antes de dirigirse a las enormes puertas dobles que indicaban la entrada a su casa, Julian se tomó un instante para apoyarse en el pasamanos jaspeado de la escalera y recuperar el equilibrio. Unos altos pilares de mármol del mismo color crema ascendían hasta las alturas para sostener el techo, y el hombre tubo que clavar la vista en ellos durante un momento para darse cuenta de que no estaban tambaleándose de un lado a otro. De hecho, era él el incapaz de dejar de moverse.

Maldita sea. No iba a volver a beber.

Acto seguido, soltó una risita por la nariz. ¿A quién quería engañar? Además, no era que fuese un esclavo de la bebida. Solo se había dado el gusto, ¿qué?, dos veces esta semana. Había que reconocer que le gustaba hacerlo hasta que le engullían las tinieblas y podía olvidarse de todo, aunque normalmente eso daba igual. Normalmente no tenía visitas y podía dormir hasta que se le pasaban las secuelas. Nadie era tan insensato como para acercarse por allí.

Pero esta persona no, al infierno con ella. ¿No sabía quién era él? ¿No había oído hablar de su infame reputación?

Con las piernas temblorosas, se acercó lentamente a la puerta y la abrió de sopetón a la vez que se preparaba para decir algo cortante antes de cerrar con un portazo.

—¿Qué de...?

Pero, en lugar de cerrar de golpe como había planeado, se descubrió abriendo la puerta más. Lo primero que le llamó la atención fueron las plumas. Las plumas blancas del sombrero que languidecían bajo el peso de las gotas de lluvia. A pesar de que la puerta de entrada se encontraba al abrigo de numerosas columnas y un frontón saliente, aquella mujer había sido claramente víctima de un buen chaparrón.

Entonces, miró más allá de ella y vio que hacía un día de perros. El cielo estaba cargado de nubes grises que parecían plomo, y los baches del camino que conducía a la casa se habían llenado de agua.

Julian devolvió su atención a la mujer empapada del umbral de la puerta. Las plumas blancas hacían juego con un vestido blanco largo que solo se protegía del mal tiempo con una chaqueta azul pálido. Parecía ir ataviada para el buen tiempo del estío y desde luego que no para un chaparrón primaveral.

El hombre se puso rígido cuando esta levantó la cabeza y le lanzó una larga mirada inquisitiva. La esquirla de una sensación se retorció a través de su ser e hizo que se le erizara el vello de la nuca. Bajo la enorme ala del sombrero se encontraban unos atrevidos ojos azules, dos labios finos, aunque carnosos y una cara que hizo que le tartamudease el corazón.

«Sigues borracho», se recordó. Podría haberse tratado de un monstruo terrible, que la neblina de alcohol habría hecho una belleza hasta de la mujer más vulgar.

Volvió a observarla detenidamente. La nariz grande no era bonita. Sin embargo, cuando dejó de mirarla y captó el rostro en su conjunto, volvió a ser espectacular.

Sí que debía dejar la bebida. Su mente estaba jugando con él.

La desconocida levantó una ceja caoba. Varios mechones de cabello, que presumiblemente serían del mismo color cuando se secasen, se aferraban a sus mejillas. En ese instante, separó los morritos.

—¿Sí? —le preguntó él de repente, consciente de que llevaba demasiado rato observándola.

Parecía que su cerebro empapado en alcohol marchaba a paso de tortuga.

Las pestañas mojadas de la mujer se lanzaron varias veces sobre sus mejillas antes de decir:

—Ah, hola. Mmm. ¿Está el amo en casa?

Estadounidense. Intentó no parecer su madre, pero la voz de su cabeza sonó sin lugar a dudas igual que la de la marquesa. Una estadounidense descarada, chabacana y poco sofisticada.

Aquella también fue la voz de su madre. Julian no había conocido a muchas mujeres de Estados Unidos, así que en realidad no podía discernir cómo de descaradas, chabacanas y poco sofisticadas eran.

Ella le miró a la espera de una respuesta. Pues sí que era descarada. La mayoría de mujeres caían fulminadas y apartaban la vista ante sus miradas más sombrías. De hecho, la mayoría ni siquiera se acercarían a él. Le tenían demasiado miedo. Al fin y al cabo, el marqués de Lockwood estaba marcado por la muerte.

—El amo se encuentra en casa —le contestó arrastrando las palabras.

Una sonrisa se deslizó por aquellos labios, y él imitó el movimiento. Eran verdaderamente finos, pero, maldita sea, la forma del arco de cupido le provocaba algo raro en las entrañas. No era capaz de recordar que los labios de ninguna de sus mujeres le hicieran sentir como si se le retorciesen nudos en las tripas.

—Esa es una maravillosa noticia. —Y le lanzó una mano cubierta por un guante—. Soy la señorita Viola Thompson. Mis amigos me llaman Vee.

Viola Thompson. Ay, ¡por Dios!, la mujer a la que le había estado escribiendo en Nueva York. La mujer que había estado... Bueno, eso daba igual. ¿Qué narices estaba haciendo allí? Julian contempló la mano durante varios segundos hasta que la joven dobló los dedos y volvió a hundirlos en el costado.

—¿Podría hablar con tu amo? —intentó de nuevo, aunque esa vez su tono contuvo menos firmeza.

—Yo no tengo amo.

Acto seguido, el hombre se apoyó en el marco de la puerta y se cruzó de brazos. Un poco de diversión a primera hora de la mañana no le haría daño.

—Pero creía que...

El color se filtró de sus pálidas mejillas y la confusión le estropeó la frente.

—Julian Cynfell, marqués de Lockwood, a su servicio, señorita Thompson.

—Pero... —La mujer abrió y cerró los labios varias veces mientras le recorría con la mirada —, no puedes ser tú.

No había tenido en cuenta su aspecto. Si bajaba la vista, probablemente viese que llevaba la camisa desabrochada, que tenía los pies descalzos y, además, sabía que la barba de al menos un mes le cubría la mandíbula. Qué tipo de sirviente la mujer creía que era, no tenía ni idea.

—Disculpe si le causo decepción.

Viola agarró la bolsa de viaje contra el pecho.

—No, no, discúlpeme a mí. No me había dado cuenta... Bueno, sea como sea —dijo en tono alegre—, aquí estoy.

El marqués no contuvo el levantamiento de cejas mientras la recorrió con la mirada de la cabeza a los pies. ¿Qué se suponía que debía hacer con ella?

—Sí, aquí estás.

—¿Puedo pasar?

A Julian estuvo a punto de volver a estallarle la cabeza. Lo único que quería era tomarse un café, comer algo saludable e irse a la cama, a una de verdad. Le dolía la espalda por haberse quedado dormido en el *chaise longue*. Pero, en lugar de eso, tenía en el umbral de su puerta a una mujer estadounidense realmente despampanante esperando a que hiciese *algo* con ella.

Se le ocurrieron varias cosas que le podían apetecer porque, al fin y al cabo, había pasado más de un año, pero dudó que fuesen el tipo de *cosas* que ella esperaba. Viola Thompson solo tenía veintidós años y era indudablemente ingenua, sus cartas lo habían dejado claro. Además de

eso, Julian ya no se *acostaba* con mujeres.

En ese momento, frunció el ceño y se asomó por la puerta para buscar un carruaje o cualquier señal de una carabina. Nadie. Nada. ¿La señorita Thompson se encontraba completamente sola?

—¿Cómo has llegado hasta aquí?

—La diligencia del correo me ha dejado al final del camino.

Acto seguido, señaló en dirección al final del camino privado. Este no se veía desde la casa debido a que unas hileras de altos robles lo ocultaban de la vista.

—¿Y has andado todo el trayecto hasta aquí bajo la lluvia?

La mujer asintió y la sacudió un pequeñísimo temblor.

—¿Estás sola?

Volvió a echar un vistazo a la zona a la vez que se preguntaba si habría alguien escondido detrás de la fuente o si esa persona habría decidido dar una vuelta por la parte trasera de la casa para explorar los jardines ornamentales.

—Sí.

—Eres estadounidense.

Aquella no fue una pregunta, solo una afirmación. Necesitaba comprender varias cosas y le ayudaba decirlas en voz alta.

Ella estrechó la bolsa con fuerza contra su pecho.

—Bueno, sí, pero eso ya lo sabías. Llevamos escribiéndonos desde hace seis meses.

—No, es solo que... ¿has viajado sola desde Estados Unidos?

—Sí.

Y volvió a asentir, como si hacer tal cosa fuese algo absolutamente normal.

En ese instante, el hombre se llevó los dedos a las sienes y se apartó del marco de la puerta haciendo palanca. Por alguna razón, tenía a aquella mujer a la que había estado escribiendo en su umbral, sola, esperando *algo*. Y había cruzado el océano ella sola. Abrió y cerró los ojos varias veces para asegurarse de que no estaba teniendo visiones, pero la chica siguió allí, decidida y con un aspecto ligeramente frágil.

—No puedes pasar.

—¿Qué?

La bolsa estuvo a punto de caérsele y tuvo que agarrarla con torpeza para no soltarla.

—Estás sola. No puedes entrar, imposible.

—Pero..., Julian... —Y se le abrieron más los ojos—. Quiero decir, mi lord, tengo frío, estoy empapada y hambrienta. No he dormido desde que mi barco atracó en Southampton.

—Señorita Thompson —le contestó lentamente, como si estuviese hablando con una imbécil —, aquí no hay sitio para usted. No hay lugar donde pueda quedarse. Ni una cálida bienvenida. ¿Puedo sugerirle que busque un hotel donde encuentre calor y descanso?

Entonces, apareció una arruga entre las cejas de la joven y se dispuso a analizar al caballero durante un buen rato, como si estuviese intentando resolver un puzle.

—El pueblo más cercano se encuentra a ocho kilómetros de aquí. Lo sé porque allí fue donde cogí el tren. Primero, ¿cómo espera que llegue hasta allí? Y, segundo, creía que estaba esperándome.

Julian se descubrió desprevenido ante su tono cortante. Chabacana, indudablemente chabacana. Aunque también ligeramente atractiva. Ninguna de sus esposas le había hablado de una forma tan directa, ni siquiera la última.

—No la esperaba.

—Pero en su carta...

Acto seguido, la mujer intentó alargar la mano para coger el bolso que colgaba de su hombro por una cadena de metal, pero la bolsa de viaje se le escurrió y cayó al suelo con un golpe seco. En parte, el marqués esperó que el tejido más lleno de la cuenta se rasgase y que las pertenencias de la muchacha explotasen sobre él. Luego, Viola se clavó las manos en los costados y soltó un pequeño resoplido. Y ahí, en sus ojos, se encontraba su perdición. El brillito lacrimoso que siempre, sin falta, rastreaba sus entrañas y lo convertía en un pelele total.

—Entra un segundo.

Pronunció las palabras lo más bajo que pudo, deseando en parte que no le escuchase y decidiese volver corriendo a Nueva York.

La chica le rozó al pasar por su lado, impaciente y sin ni siquiera esperar a que se hiciese a un lado como era debido. El brazo se deslizó por su pecho y unas cuantas plumas le hicieron cosquillas en la nariz. Al final, Julian retrocedió un paso y cerró la puerta. Después, Viola se quitó el sombrero y levantó la vista hasta el techo abovedado. Se quedó boquiabierta.

—Dios, vaya sitio.

Descarada, sin duda. Su madre habría estado encantada de conocer a aquella mujer y ponerla en su sitio. Él, sin embargo, no pudo evitar disfrutar su extrovertida expresión de alegría. Supuso que la casa resultaba impresionante la primera vez que la veías, pero él había crecido en ella. La mansión Lockwood no le despertaba ningún interés. Aunque era agradable ver que alguien la apreciaba. Las pocas visitas que recibía solían hacer todo lo posible por no parecer nada impresionados y aparentar sentirse cómodos en su enorme casa.

—Ven a la...

No podía llevarla al salón principal. Aquel lugar olería a alcohol, y era probable que hubiese dejado unas cuantas licoreras vacías por ahí tiradas. La muchacha ya no se había llevado la mejor impresión de él. Mejor no empeorarla.

Aunque, ¿por qué le importaba?

—Vamos al salón diurno —acertó, a la vez que le señalaba una puerta al otro lado del recibidor.

Julian supuso que era un alivio que hubiese alguien en su casa que todavía no albergase una mala opinión sobre él. Los rumores y cotilleos eran la única razón por la que ya nunca ponía un pie fuera de aquel lugar, por lo que, si quedaba alguna dama que no lo supiese todo sobre él, no la había conocido. La señorita Thompson solo le conocía de unas palabras sobre el papel (también palabras amables). La correspondencia con ella había resultado ser uno de los aspectos que más disfrutaba de su vida.

Además, supuso que le debía una bienvenida más agradable, incluso aunque no fuese capaz de comprender por qué estaba allí.

En cuanto empujó la puerta para abrirla, la chica se escabulló para adelantarle, demostrando una vez más poca preocupación por su espacio personal. O el de ella. A pesar de presumiblemente haber pasado toda la noche viajando, olía a flores y a fresco. Entonces, comenzó a desabrocharse la pequeñísima chaqueta y a bajársela por los hombros mientras daba una vuelta para observar la sala, pero su mirada no albergaba un brillo rapaz.

Normalmente, cuando las mujeres iban de visita a su casa, evaluaban los objetos de valor. Estimaban en cuánto estarían valorados los cuadros. Tomaban decisiones sobre cómo decorarían el salón verde pálido. En cierto modo, al menos la muerte de su última esposa le había salvado de más visitas de madres e hijas. Ya nadie se le acercaría.

—Es una sala preciosa.

A continuación, se sacudió la chaqueta de los hombros y echó un vistazo a su alrededor en

busca de un lugar donde dejarla. Al final, acabó colocada encima de una silla estilo Luís XV junto con el sombrero.

—Muy femenina.

Femenina. Sí. En aquel momento había mucha *feminidad* en la habitación. Sin embargo, no fueron las curvas de los asientos dorados lo que llamó su atención, sino que fueron las líneas sinuosas bajo la camisa de cuello alto de la señorita Thompson las que atrajeron su mirada. La mujer dio otra vuelta, como si estuviera desfilando especialmente para él. La falda se aferraba con fuerza a sus caderas y, hasta donde podía ver, no había ningún polisón que le realzara el trasero. Todo quedaba ajustado, perfecto. Julian contaba con una amplia idea de cómo era su figura. Alta, esbelta, con unos senos firmes y levantados. Estaba claro que el responsable de aquel pecho era un corsé, pero al fin y al cabo aquella era una fantasía, y en ella la mujer tenía unos senos elevados, redondos y suculentos.

Obviamente, su madre no lo aprobaría, lo que lo convertía todo en más atrayente. Fue ella quien diseñó aquella sala, y el hombre imaginó la curva de desagrado en sus labios por la idea de que una estadounidense estuviese desperdigando sus ropas por el mobiliario. Gracias al Señor que se encontraba en Brighton.

A él, en cambio, más bien le gustaba la idea de que más prendas acabasen desperdigadas. Puede que una camisa. Luego el corsé. Una falda y las bragas. A lo mejor le dejaba las medias puestas. Estaba seguro de que estaría radiante con unas medias de seda.

La señorita Thompson se paró junto al fuego y alargó las manos. Al parecer, parte de su personal andaba por allí, ya que alguien lo había encendido en aquella mañana gris. Luego, echó un vistazo al reloj de la repisa de la chimenea. Mediodía. No mañana. Por lo visto se la había pasado durmiendo.

Mientras su visita se toqueteaba el cabello caoba para retirarse los mechones mojados que se le habían quedado pegados en las mejillas, él hizo sonar la campana para pedir el té. Tenía una cantidad determinada de personal (sí, la casa requería mucho trabajo), pero apenas necesitaba que alguien cuidase de él. Sin embargo, alguien tenía que encontrarse cerca.

Observó la espalda de la mujer durante un momento. ¿Qué iba a hacer con ella? Entonces, tosió.

—¿No va...? ¿No va a tomar asiento?

Ella le dedicó una sonrisa. Se había desvanecido cualquier rastro de la exigente entrada de aquella mujer rebelde a su casa. El calor del fuego y la habitación seca habían hecho maravillas con su temperamento.

Fácil de complacer, pues. Nada que ver con su esposa número tres.

Capítulo dos

Viola se retorció las manos y le dedicó una sonrisa al marqués. Ojalá no se le notase la aprensión. Jamás debería haberle hablado así. Se suponía que había que respetar a los señores. Madre mía, ¿debería haberle hecho una reverencia?

Notó el estómago como si de nuevo se encontrase en aquel horrible barco, zarandeada de un lado a otro, arriba y abajo, de izquierda a derecha. La travesía por el Atlántico fue más dura de lo que había esperado y se pasó muchos días metida en la cama. No fue capaz de dormir en los trenes y también estuvo a punto de perderse en Londres. El cansancio estaba empezando a hacer que estuviese a punto de estallarle la cabeza.

Pero ningún barco ni tren tenían la culpa de aquello. No, se trataba del hombre enigmáticamente atractivo que se encontraba de pie en la esquina de la sala y que la observaba como si tuviese poca idea de qué hacer consigo mismo. En cuanto dejó atrás la primera apariencia que se había llevado de él, comenzó a apreciar su aspecto. Tras seis meses de correspondencia, estaba segura de que sería bien parecido.

Aunque también esperó que cuidase mejor de sí mismo.

Presumió que un viudo sin una mujer que se ocupase de él no podía tener siempre una apariencia refinada, aunque la preciosa caligrafía había evidenciado a un hombre digno y minucioso.

Y, bueno, al menos no era feo y canoso. Bajo aquella barba bastante tupida se encontraba una cara bonita. Se notaba. Los ojos grises la examinaban descaradamente con una ligera mirada de locura. El cabello castaño claro contaba con mechas grisáceas en la zona de las sienes, y aparentaba ser mayor de sus treinta y dos años. Aun así, aquella espalda ancha y cintura esbelta eran de admirar.

Y sus pies. Aquellos eran unos pies bonitos. Anchos, firmes. ¡Dios mío!, ¿es que los señores siempre iban descalzos por su casa? Seguro que se le enfriaban los pies en los suelos de mármol. Aunque se notaba que la alfombra de color crema pálido era gruesa y... Ay, por el amor de Dios... ¿Esas eran sus huellas? Había acortado por la hierba cuando el camino que llevaba a la casa dibujó una curva en una esquina. Prácticamente no prestó atención a sus faldas blancas, y desde luego que no a las alfombras crema. La emoción por conocer al marqués había hecho que se olvidara de todo, pero, por lo visto, el barro le había salpicado el dobladillo y dejado en la prístina alfombra las encantadoras marcas redondas de las suelas y los tacones.

Rápido, tenía que distraerle antes de que se diese cuenta. Cielo santo, ¿es que las marcas recorrían toda la sala? Viola escudriñó la alfombra. Así era.

—Tiene un hogar realmente bonito.

La joven se murió de la vergüenza para sus adentros. Y lo que solía ser una habitación

preciosa hasta que puso un pie en ella.

—He tocado la campana para que nos traigan el té —le contestó lord Lockwood, que tenía las manos entrelazadas en la espalda.

Viola no se había dado cuenta de que hubiese hecho tal cosa, pero sí que observo la cuerda de la pared oscilando de un lado a otro.

—Siéntese, por favor. —Y le señaló la silla más cercana al fuego.

Volviendo en sí, la chica se acomodó en ella. No era en absoluto confortable. La dura estructura se le clavaba en los brazos y la espalda, y daba la sensación de que necesitaba un relleno nuevo. Al menos la obligaba a sentarse como era debido. Como la más pequeña de una familia de chicos, nunca tuvo una postura correcta. Las mujeres inglesas siempre tenían una posición corporal maravillosa, puede que por asientos como aquel.

Lord Lockwood (cielos, qué raro se le hacía llamarle así. Llevaba tiempo pensando en él como Julian) fue a colocarse junto al fuego. Luego, comenzó a retorcerse dos dedos alrededor de otro, aquel en el que debería haber tenido puesta una alianza. Una vez. Y otra. Y otra. Apostaba a que echaba de menos su anillo de bodas. No le había hablado mucho de su última esposa, solo que murió hacía más de un año.

Pero, para su sorpresa, pronto se convertiría en la señora de todo aquello y cuidaría de aquel lord inglés. Era como un sueño hecho realidad. Entonces, echó un vistazo por la ventana. Aunque no esperó que en Inglaterra fuese tan lúgubre y deprimente. Al fin y al cabo, era primavera. Había imaginado campos verdes con corderitos corriendo por ellos. La mayoría de las ovejas junto a las que había pasado se encontraban acurrucadas bajo los árboles, con un aspecto tan abatido como su ánimo mientras iba en la diligencia del correo.

—¿No recibió mi carta? —preguntó rompiendo el silencio.

—No. ¿Sobre qué era?

—Sobre mi visita. Para organizarlo todo. Dijo que quería finalizarlo a todo en abril.

Julian hundió los dedos a ambos lados de su cabeza y comenzó a frotar.

—Abril. —Y frunció el ceño—. Sí. Lo recuerdo. Pero no esperaba que viniera en persona. Y tampoco la esperaba... —Luego, agitó una mano arriba y abajo para señalarla—. A usted.

—Oh.

Supuso que normalmente eran los padres los que se ocupaban de esas cosas, pero en ese momento el suyo se encontraba demasiado enfermo como para viajar. Estaba recuperándose bien de un ataque de neumonía, pero habría sido imposible que hubiese logrado realizar semejante viaje.

—¿Esperaba hablar con padre?

—Bueno, para ser sincero, sí.

—Ha estado muy enfermo.

Así fue como comenzaron a escribirse cartas. No podía evitar dar las gracias porque la pusieran a cargo de la correspondencia de su padre mientras sus hermanos dirigían el negocio de transporte marítimo. Por primera vez en su vida le habían confiado una tarea útil y que valía la pena. Y también empezó a hablar con aquel inglés elocuente y enigmático. Sus misivas pasaron del café, a los gatos y a hacerse compañía. Sus amigas se morían de celos.

—¿Cuándo podríamos...?

En ese momento, la interrumpió una criada menudita que entró con una bandeja con unas tazas y galletas. El estómago le rujió ante la expectativa.

—¿Dónde la desea, mi lord? —le preguntó la chica.

—En la mesa. —Y señaló con un gesto la que se encontraba frente a la joven y que

combinaba con la silla ornamental en la que se encontraba sentada.

Acto seguido, la sirvienta la soltó y comenzó a servirles. Viola observó las tazas humeantes agradecida. La sacudió un escalofrío y, en cuanto la sirvienta se retiró, cogió una y la acurrucó entre las palmas de sus manos. La tela mojada de las faldas se le aferraba a las piernas, y unas cuantas gotitas habían reptado por debajo de la chaqueta hasta derramarse por su columna vertebral. Aunque el cabello se había salvado de ponerse como una sopa gracias al sombrero, los minúsculos ricitos empapados seguían lanzando gotas frescas sobre su piel. En resumidas cuentas, aquella no era la mejor manera de conocer al hombre con el que esperaba casarse.

Él la miró detenidamente con una ceja levantada antes de ir a sentarse frente a ella. ¿Tan inapropiado era que se encontrase a solas con él? ¿Tanto como para que desease despacharla de allí? No era capaz de comprender su actitud fría. Los ingleses que había conocido en Nueva York no habían sido ni de lejos tan estirados, aunque tampoco eran marqueses. Sin embargo, lo que más le atormentaba era lo que poco que se parecía al hombre de las cartas. No estaba segura de cuáles eran sus expectativas, pero desde luego no esperó que le sugiriese buscar otro lugar donde quedarse.

Viola le dio un sorbo al té y sintió cómo el calor se extendía hasta su estómago. Ya estaba comenzando a recuperar los ánimos. Después, alargó la mano para coger un *macaron*, se lo metió en la boca y lo masticó deprisa. El estómago volvió a rugirle (de forma muy sonora). La joven puso un gesto de dolor y lanzó una mirada al estoico lord para ver su reacción, pero no cambió de expresión. La observaba como si fuese casi incapaz de creer que estaba allí comiendo *macarons* y tomando té.

¿Puede que estuviese nervioso por pedirle matrimonio? ¿A lo mejor había cambiado de idea? Si había esperado comenzar las negociaciones de enlace con su padre antes de conocerla, que ella llegase a espolear las cosas tuvo que desagradarle.

Bueno, debería demostrarle que contaba con madera de esposa. Tenía que haberse enamorado de ella a través de sus cartas, aunque él no hubiese dicho tal cosa. Sencillamente era imposible que dos personas se comunicasen como lo hacían ellos sin amor. Encontrándose ya a las puertas de este, solo harían falta un puñado de palabras y acciones amables para que cayese rendida en sus brazos. Viola estaba enamorada de aquel sentimiento. Lo volcaba en sus hermanos, que creían que era tonta, y mimaba a su padre. Los hombres de su vida aceptaban sus gestos de mala gana, pero la chica necesitaba alguien que pudiese demostrarle lo mismo a cambio.

Julian, el décimo marqués de Lockwood, debía ser ese alguien. Más allá de aquellos estirados modales británicos, se encontraba un hombre de gran corazón y fantástico sentido del humor. Simplemente no lo había conocido todavía.

La muchacha recorrió la sala con la mirada e intentó que la belleza y la elegancia del caballero no la intimidaran.

—¿Está Manchitas por aquí?

Dio la impresión de que el hombre tardó un momento en asimilar la pregunta. Una diminuta onda de movimiento recorrió su ser, y a la muchacha le recordó a una bestia estirándose. Al final, alargó el brazo para coger la taza de té y asintió.

—Sí, aunque estará arriba. Duerme en el dormitorio de matrimonio la mayor parte del día y sale a acechar por la noche.

—Es verdad. ¿Le sigue gustando despatarrarse en tu cara por las mañanas?

—Sí. —Un atisbo de sonrisa le tentó los labios. Al parecer, sentía debilidad por su gato—. ¿Qué hay de Manoplas? Ya veo que no lo has traído contigo.

—Ah, sí, no habría llevado bien el viaje, aunque he pensado traerle la próxima vez. Ya le echo de menos.

—Seguro que él también a usted.

—Papá me ha prometido consentirlo con un montón de pescado y lonchas de jamón.

Sus gatos eran lo que había desencadenado el intercambio de correspondencia entre los dos. Ella se disculpó en nombre de su padre cuando Manoplas mordió una de las cartas de Julian al hombre hasta que esta quedó ilegible. Así que, cuando le explicó lo que había pasado y le pidió que volviese a enviarle su petición, él empatizó y le contestó que lo entendía perfectamente. Viola no pudo evitar sentirse cautivada por aquel inglés y el amor que este sentía por su gato.

—Les presentaré más tarde. —Entonces, la joven tiritó y él soltó la taza—. Sigue teniendo frío.

—Un p-poco.

Ahora que se lo había recordado, los escalofríos parecieron intensificarse y provocar que le temblase la mano hasta estar a punto de derramarse el té en el regazo. Acto seguido, soltó la taza antes de causar más desastres.

—Le juro que la lluvia aquí es más fría y me ha empapado hasta la ropa interior.

Aquel levantamiento de ceja otra vez. Daba la impresión de que como mucho sus expresiones solo iban de ligeramente sorprendido a vagamente asombrado por su persona. ¿Tan desconcertante resultaba? Tendría que poner más esfuerzo en ser más femenina. Sus amigas le habían dicho que cuidase su vocabulario y fuese más refinada, pero crecer en una casa de hombres (hombres pobres durante un tiempo) hizo que fuese un poco basta. No importaba que algún día heredase parte del negocio de su padre y se convirtiese en una mujer acaudalada. No había riqueza que compensase su pasado.

Lo cierto era que Viola envidiaba a aquellos con patrimonio familiar que habían recibido una educación sobre cómo comportarse. Puede que cuando volviese a casa antes de la boda le pidiese a padre que invirtiese en algo de ayuda. Debería bastar con un par de semanas. Luego, podría volver a Inglaterra y ser la novia perfecta de un lord.

De pronto, el hombre se puso de pie y se acercó a grandes pasos hasta la cuerda de la campana. La chica prestó atención a algún tipo de sonido, pero no oyó nada. ¿Cómo sabía que había sonado? Pero, en efecto, la misma criada llegó en cuestión de segundos, sonrojada y un poco falta de aliento. Imaginó que los lores como Julian no se preocupaban de si existía la posibilidad de que el servicio no le escuchase o que no acudiese a su orden. Simplemente esperaba que siempre estuviesen ahí para atenderle.

—Jenny, la señorita Thompson necesita urgentemente un baño caliente. Prepara uno, por favor. Y asegúrate de que suban su baúl a la sala de los girasoles.

—Sí, mi lord.

Y la sirvienta se giró para alejarse a toda prisa.

—¿Jenny? ¿Dónde diablos está Bramley?

—En el pueblo, mi lord. El señor Bramley creyó que hoy no necesitaría de sus servicios y ha ido a recoger el correo y los libros que usted pidió.

—Muy bien. —Y la despidió con la mano, pero luego volvió a llamarla—. ¿Podrías llevar a la señorita Thompson arriba, a su habitación? —Julian, no, lord Lockwood, dedicó una mirada severa a Viola—. Decidiremos qué hacer contigo cuando estés seca y hayas entrado en calor.

Un leve florecer de emoción se deslizó hasta su vientre. No era exactamente igual de cariñoso de lo que ella había deseado y desde luego no la había recibido con el beso de pasión que esperaba, pero había algo misteriosamente atractivo en aquel hombre. Sus ojos le hablaban

con picardía, incluso a pesar de que su rostro permaneciese inexpresivo.

La joven soltó la taza de té a medias. Puede que desease librarse de ella para poder ponerse más presentable. Estaría totalmente sublime con una corbata y un traje de vestir. Entonces, y agachándose hasta los pies, le ofreció una reverencia formal.

—Que tenga buen día, mi lord.

Un gesto de ligero desconcierto apareció en el rostro del caballero durante un momento antes de asentir y devolver la atención a la taza de té que tenía en las manos. ¿Habría hecho mal la reverencia? La chica lanzó un suspiro a la vez que salía detrás de Jenny. Le quedaba mucho que aprender sobre los caballeros ingleses y su protocolo.

Capítulo tres

—Es pequeñísima.

—Sí, señorita —le contestó Jenny.

—¿No hay ninguna más grande?

—No, señorita. Esta es la del señor.

Viola se dio unos golpecitos con el dedo en los labios a la vez que observaba la bañera de estaño. No era ni de lejos la mujer más alta del mundo, pero era alta. ¿Cómo iban a caberle las piernas dentro de esa cosa minúscula?

Jenny vertió otro cubo de agua y se lo volvió a pasar a la sirvienta que subía el agua caliente desde las cocinas. La otra criada parecía tener bastantes años más que Viola y no estar preparada para la tarea de acarrear cubo tras cubo lleno de agua caliente desde la planta de abajo. Sospechaba que, para cuando la bañera estuviese llena, la primera agua estaría fría.

—¿No tenéis agua corriente?

Viola no pudo resistirse a preguntar. Era una absurdez, porque estaba claro que, si así fuese, no estarían corriendo de acá para allá para llenarle la bañera.

Aun así, le dejaba totalmente desconcertada la falta de grifos y bañeras. Una casa como la mansión Lockwood tendría todo lo último en ingeniería moderna, ¿no? El enorme edificio de columnas impresionantes, techos altos y absoluta decadencia la había dejado sin palabras, pero la verdad es que esperó que fuese menos... viejo. Y que desde luego hubiese menos corrientes de aire.

—Es difícil modernizar estas casas antiguas, señorita —le explicó Jenny—. Solo tienen agua corriente en las casas y los hoteles nuevos. Supongo que en Nueva York habrá en todos lados.

—Bueno, la verdad es que sí.

—Nosotros en Londres también, que no es que yo haya estado, pero mi hermano, sí. Tiene que ser maravilloso vivir en una ciudad como Nueva York. Me encantaría ir a visitarla algún día.

Viola se sentó en la cama con dosel y comenzó a botar para probar el colchón. Era blando, muy blando. Y posiblemente tan viejo como la cama.

—Es emocionante, pero a mí me encanta vuestra campiña. Donde yo vivo no hay prados verdes.

—Los prados verdes son un aburrimiento. —Jenny removió el agua de la bañera con la mano y la miró—. Yo preferiría mucho más estar rodeada de tiendas y edificios enormes.

La otra criada volvió con un cubo más. Jenny lo vació dentro, volvió a removerla y dio un paso atrás para observar la bañera.

—Siento decirle que no tenemos aceites ni sales de baño. El señor tiró todo lo que era así después del fallecimiento de su última mujer.

¿Su última mujer? Sabía que era viudo, pero no estaba al tanto de que hubiese habido más de una. Qué horror perder a dos esposas. A parte de que murió hace más de un año, le había escrito muy poco sobre ella en las cartas. ¿Seguía de luto? ¿Esa era la explicación de su semblante arisco? Y, si así era, ¿por qué había insinuado que anhelaba casarse con ella? Viola contuvo el deseo de llevarse las manos a la cabeza o interrogar a Jenny para conseguir información. Eso resultaría vulgar y estaba intentando demostrar lo que valía. A lo mejor, si era capaz de hacer ver que tenía madera de marquesa, se ganaría su cariño.

Estaba claro que Julian había esperado algo más a raíz de sus cartas. Puede que a una persona refinada e inteligente. Desde luego que Viola no era una simplona, pero siempre tuvo la sensación de que se expresaba mejor por escrito. ¿Le había decepcionado?

—Señorita, ¿desea que la ayude a desvestirse? —le preguntó Jenny interrumpiendo sus pensamientos.

—¡No! —Le sonrió—. Quiero decir, que puedo arreglármelas, gracias.

Por supuesto que nunca había necesitado a nadie que la vistiese y desvistiese, y no iba a empezar ahora.

—Muy bien. Si necesita algo, solo tiene que tirar de esa cuerda de ahí.

—Gracias.

Jenny salió de espaldas de la habitación y Viola por fin cedió ante el impulso de volver a tirarse en la cama y taparse la cara con el brazo. Si se convertía en marquesa, ¿tendría que permitir que la gente la vistiera? Se estremeció, y no de frío. En una casa llena de chicos, la privacidad había sido algo excepcional que atesoraba cuando contaba con ella. Fue la única que creció con un dormitorio aparte, al menos hasta que su padre hizo fortuna con el café y se mudaron a una bonita casa con suficientes habitaciones para todos. Excepto Ralphy, que para entonces ya se había independizado.

Los párpados le pesaban del cansancio e hizo un esfuerzo por retirar el brazo y abrir los ojos. La emoción y la expectativa la habían abandonado para dejarla exhausta. Si le añadías el frío que tenía en el cuerpo, casi se encontraba mal. Y Viola Thompson jamás se ponía enferma.

Aun así, se lo había imaginado de otra manera. Sí, la vieja casa lujosa la había dejado con menos palabras de lo que podría haber soñado, y desde luego su habla también se había visto afectada por lord Lockwood, pero no hubo amor ni cayó al instante rendido a sus pies. Ella había esperado que, al verla, quedaría perdidamente prendado y que la subiría hasta su dormitorio para hacerle el amor en ese preciso momento y lugar. Luego, conseguirían un permiso especial y se casarían lo antes posible. Qué envidiosas se pondrían sus amigas cuando se enterasen de que era una marquesa. Qué ensueño sería su vida viviendo en Inglaterra y casada con un lord.

Era una estúpida romántica. Su padre culparía a todas las novelas que había leído sobre Inglaterra. La joven había ansiado a su propio señor Darcy, pero no había podido ser.

Aunque, desde luego, contaba con esa indiferencia que había esperado del caballero inglés.

Entonces, hizo un esfuerzo por levantarse, tiró de la corbata para quitársela y se desabrochó la camisa. Luego la lanzó a un lado, pero se lo pensó mejor. Viola volvió a cogerla y la colgó sobre una silla azul celeste que se encontraba en una esquina. En ese instante, se paró a mirar por la ventana y determinó que, lo bonito de vivir en mitad del campo, era que a todo el mundo le importaría un comino que estuviese solo con la falda y el corsé. Las vastas praderas verdes se extendían a lo largo de muchos kilómetros. Desde donde se encontraba podía ver por encima de los robles que rodeaban la casa y avistar unas cuantas cabañas dispersas que presumiblemente pertenecerían a los granjeros.

Mientras se bajaba la falda y comenzaba a desatarse el corsé, algo en lo que era muy hábil

tras haber crecido sin madre ni criada, reflexionó sobre el resto de propiedades que sabía que el marqués poseía. ¿Era posible que la llevase a Kent en verano para quedarse en la casa junto al mar? ¿O subirían a Escocia para que pudiese explorar las montañas y los castillos?

Después, colocó el corsé encima de la camisa y se quitó la falda y la combinación. Un escalofrío se extendió por su piel. Jenny se había disculpado por la temperatura en el dormitorio y le había explicado que no encendían las chimeneas de las habitaciones que no se iban a usar. Pese a que en ese momento ardía un fuego en el hogar que arrojaba una luz dorada sobre la bañera de estaño, el dormitorio no se había calentado todavía.

Viola metió un dedo en el agua y tomó aliento. No estaba helada, pero desde luego tampoco tan caliente como le gustaba. Sumergirse ahí le pareció algo insoportable. ¿Cómo podían las mujeres inglesas aguantar esas condiciones? Tenían que estar hechas de otra pasta. Al final, contuvo la respiración, levantó los hombros, se metió del todo y se sumergió rápido.

El agua templada la envolvió y la joven contuvo una palabrota. Le encantaba bañarse con agua casi hirviendo. Sus hermanos siempre se burlaban de ella por ello, y le decían que se convertiría en una langosta si no se andaba con ojo. Pero, aun así, se las arreglaría. Metió rápidamente la cabeza en el agua y salió a respirar. Jenny había dispuesto sus artículos de aseo personal cerca, así que se estiró para coger la pastilla de jabón de romero y se frotó enérgicamente el cabello con ella. Después de los días de travesía, sentía que necesitaba una limpieza a fondo y, por supuesto, quería estar guapa para Julian.

Entonces, se recostó un segundo en la bañera y dejó que el jabón le impregnase el cabello. ¿Le pediría matrimonio de manera formal? ¿Habría cambiado de opinión? El hombre que escribía aquellas cartas se encontraba en algún lugar más allá de su dura apariencia. Simplemente tenía que deshacerse de ella.

Y cuando lo consiguiese, ella, Viola Thompson, una vez una donnadie, hoy una heredera, se casaría con el marqués de Lockwood y viviría feliz para siempre.

Capítulo cuatro

Julian caviló sobre su reflejo y, luego, hizo lo mismo con la mujer que se encontraba a toda un ala de distancia de él; al menos les separaban veinte dormitorios. Después, puso una mueca al ver la imagen que presentaba. No sabía por qué debía importarle lo que aquella estadounidense chiflada pensase de él, pero la idea de tenerla como invitada le obligaba a asearse y vestirse de manera más presentable. Sin embargo, siguió absteniéndose de la corbata. Al fin y al cabo, aquella era su puñetera casa y podía ponerse lo que le complaciera.

Aunque deseaba que le gustase su aspecto.

Puede que porque a él le agradaba el suyo. De hecho, le agradaban muchas cosas de ella, lo que resultaba ridículo. Su intercambio epistolar había resultado ser uno de los momentos que más disfrutaba de su vida. Charlaban sobre muchos aspectos vitales, desde la música hasta la familia y el deber. Pese a eso, nunca esperó encontrarla en el umbral de su puerta, con la esperanza de que cerrase los detalles del acuerdo con su padre. ¿Por qué ir hasta allí por una simple transacción comercial? No tenía sentido. ¿Hacer tratos cara a cara era algún tipo de protocolo en Estados Unidos?

Fuese como fuese, no podía quedarse. Llevaba más de un año sin compartir la casa con otra mujer, a excepción del servicio, y era posible que tuviese poca reputación que proteger, pero no quería empeorarla. Ya era difícil contratar personal tal y como estaban las cosas.

Eso sin hablar de que no quería hundirla en la ruina. Por mucho que le molestase haber visto interrumpido su reposado día, le había cogido cariño a la mujer a la que había estado escribiendo y jamás le desearía el mal.

Jamás.

Esa era otra razón por la que la chica tenía que marcharse. Era peligroso para las mujeres. Hasta ahora solo para sus esposas, pero ¿quién sabía si aquello podría extenderse a sus amigas de género femenino? Solo esperaba que ningún pajarito le contase a su madre lo de la llegada de Viola. Podría pensar que era otra futura esposa en potencia. A él le daba lo mismo si moría sin un heredero. Con seis hermanos menores, había hombres Cynfell más que suficientes para todos. Aparte de eso, en cuanto descubriese que era estadunidense, habría un sinfín de preguntas y preocupaciones. No le sorprendería que la anciana pusiese fin a cualquier futura correspondencia.

Entonces, le dedicó una sonrisita al reflejo. Un marqués amedrentado por su madre. No era el primero ni sería el último. La marquesa tenía unas ideas muy fuertes sobre la tradición y desde luego estas no incluían a esas «estadounidenses avaras y groseras» encandilando a su hijo. Si tenía que interceptar todas sus cartas, no le cabía duda de que lo haría.

Julian se pasó un peine por el cabello y se dio unas palmaditas con colonia. Al menos ya

tenía la mente un poco más clara y podía solucionar el problema que representaba Viola Thompson. No podía quedarse sola en la posada del pueblo. Jesús, no podía creer que no hubiese traído una puñetera dama de compañía con ella. Si fuese suya, no le quitaría el ojo de encima. Le podría haber pasado cualquier cosa.

Salvo que no le pertenecía. Y jamás sería así. Deseó mantener su correspondencia cuando se completase el acuerdo comercial con el Sr. Thompson. Podía gestionar una relación epistolar, porque estaba seguro de que incluso él, maldito como estaba, no podía hacerle daño si se encontraba al otro lado del océano.

En ese instante, se giró para observar al gato atigrado que en ese momento se acurrucaba en su almohada.

—Tienes que venir a conocerla. Te va a caer bien.

Manchitas abrió un ojo, le dedicó a su amo una mirada de desinterés y lo volvió a cerrar. Julian negó con la cabeza. Las dos cosas que disfrutaba en su vida eran ese gato y las cartas de Viola Thompson. En mitad de la noche, cuando más solo se encontraba, aquella criatura que ronroneaba y releer la brillante e inteligente caligrafía de la joven solían ayudarle a salir adelante. Y, cuando eso no ocurría, era cuando recurría a la bebida. Aunque, por supuesto, prefería las secuelas de la carta y el gato.

—Vamos a ver si podemos causar una mejor impresión y encontrar algún sitio donde pueda quedarse. A lo mejor la señora Whittleworth conoce a alguien que pueda hacer de dama de compañía en la posada.

El animal hundió la cabeza todavía más en el rabo como muestra de enojo por haber visto interrumpida su siesta. Julian le acarició brevemente y se apartó antes de que Manchitas se enfadase más de la cuenta. Iba a buscar a la ama de llaves, pedirle que encontrase a una persona a quien contratar el tiempo que Viola necesitase a alguien y que se asegurase de tener la cena organizada. Quizás pudiese garantizarse que la señorita Thompson no se enfadase demasiado con él mediante una comida buena y abundante. La verdad era que no quería arruinar aquella amistad con su terrible humor.

Julian se dirigió a la planta baja de la casa y zigzagueó por los pasillos que llevaban a las cocinas. Las pocas sirvientas que se paseaban por allí agacharon las cabezas y uno de los lacayos se hizo a un lado y le saludó. La fragancia del betún se mezclaba con la del pan recién horneado. Encontró a la ama de llaves sacándole brillo a la cubertería en el salón comedor del servicio.

La mujer levantó la vista.

—Buenas tardes, mi lord. Me he enterado de que tenemos visita.

—Así es. ¿Puede asegurarse de que esta noche se sirva una comida decente?

—¿La señorita Thompson se quedará mucho tiempo?

—Espero que solo esta noche. —Luego, hundió las manos en el respaldo de la silla y se inclinó hacia delante—. Señora Whittleworth, ¿sabe de alguna chica del pueblo que necesite trabajar?

La delgada anciana le dedicó una mirada que sabía que significaba que no. La señora Whittleworth había trabajado para su padre, y él todavía recordaba los tiempos en los que tenía la cara relativamente libre de arrugas y el cabello oscuro en lugar de rizos canosos.

—No vendrá ninguna, mi lord, ya lo sabe.

Julian suspiró. Sí, lo sabía muy bien. Los locales eran un puñado de supersticiosos que no habían puesto un pie fuera del pueblo, no hablemos ya del condado. Decían que estaba marcado por la muerte. Y es que todos aquellos que trabajaron en su casa se enfrentaron a unas muertes terribles. Pero, aunque era posible que tuviese una tendencia a beber y quedarse tras las cortinas

cerradas, era un señor justo y un buen lord. Lo hacía lo mejor que podía para dirigir bien las cosas, incluso en el momento en el que le venció la desesperanza. Aunque eso daba igual. Lo único que les importaba era que había perdido a tres esposas.

—¿Y si simplemente tuviesen que alojarse en la posada? Necesito a alguien que acompañe a la señorita Thompson.

—¿Para qué? —La mujer soltó los tenedores que tenía en la mano y le dedicó una mirada—. Aquí cuenta con suficiente espacio, y Jenny puede hacer de dama de compañía. No tendrá nada de deshonroso mientras ella siempre se encuentre cerca. Además, es estadounidense, ¿no? Ellos no se andan con tantas ceremonias.

—Debe marcharse —le contestó en tono firme a la vez que agarraba con fuerza el respaldo de madera de la silla.

El ama de llaves se encogió de hombros para después dejarlos caer con un fuerte suspiro.

—No me diga que está usted también está empezando a creerse los rumores.

Julian no contestó. ¿Cómo podría? ¿Qué le iba a decir? «Sí, me los creo. Estoy maldito. No soy bueno para las mujeres». Maldita sea, la mitad de los habitantes del pueblo había comenzado a creer que él había tenido algo que ver en las muertes de sus esposas, lo que era absurdo, especialmente teniendo en cuenta que Mabel se encontraba a dos condados de allí cuando la asesinaron.

A dos condados de allí y en los brazos de un amante, pensó con amargura.

Si le ocurría algo a otra mujer, no se lo perdonaría nunca.

—Voy a mandar a uno de los chicos a que baje a la tienda del pueblo a preguntar. —Entonces, la anciana cogió otro tenedor y le señaló con él mientras lo agitaba—. Pero sea agradable con la señorita estadounidense. No la espante. Lleva demasiado tiempo evitando a las mujeres, evitando a todo el mundo, y le vendrá bien pasar algo de tiempo con ella.

El marqués la miró con el ceño fruncido. Si no fuese por el hecho de que era como una segunda madre para él, la habría echado de una patada en el culo. Nadie del servicio se atrevería a hablarle así. Y ¿qué más daba si no quería compañía? ¿Le hacía daño a alguien si eludía los eventos sociales? En realidad, deberían estar agradecidos de que pasase el tiempo atendiendo los asuntos de la finca en lugar de dedicarlo a la alta sociedad londinense o a cenar con las familias de la zona, como a diferencia de algunos de sus hermanos.

Se separó con un empujón de la silla e hizo un esfuerzo por no resoplar.

—Simplemente asegúrese de que se prepare una comida decente y seré todo lo amable que pueda —le prometió.

Si bastaría con sus limitados modales para compensar la bienvenida que le había dado, no lo sabía. Las visitas le daban escalofríos, incluso aquellas con un cabello hermoso y que sentían simpatía hacia los gatos.

Cuando se hubo paseado un buen rato por la biblioteca, dado varias vueltas por el salón, se aseguró de que ya no quedaba ningún rastro de su noche de libertinaje y sucumbió a la molesta vocecita de su subconsciente que le decía que debería haberse puesto una corbata y una chaqueta de esmoquin, ya casi se había hecho de noche y la cena estaba servida.

La señora Whittleworth se las había apañado para crear un festín digno de una gran velada. Puso una mueca al ver las fuentes y el enorme faisán en el centro. El hombre albergaba firmes sospechas de que su ama de llaves era culpable de ser una casamentera. Y es que, por mucho que disfrutase de escribir a la señorita Thompson, no tenía la intención de hacer otra cosa que seguir enviándole cartas. Por correspondencia, ese era el tipo de relación que podía mantener con una mujer. No había temor de que sufriese ningún daño en la distancia.

Julian rodeó la larga mesa, que en ese momento solo estaba puesta para los dos. Normalmente tenía cabida para doce con él a la cabeza de esta. El brillante mueble de nogal no había visto a tantos invitados desde su segunda mujer, a la que le encantaba recibir visitas. Una punzada de agonía le atravesó como un disparo cuando la recordó a su lado, radiante y risueña. Ella siempre disfrutaba de la compañía de otros e intentó convencerle para que a él también le gustase. Aquella imagen le resultó tan lejana del último recuerdo que tenía de ella...

Ahora, la señorita Thompson ocuparía su asiento. Tenía gracia que visualizarla allí le resultara mucho más sencillo de lo que siempre le supuso imaginar a su tercera mujer. Entonces, inhaló un largo suspiro, tiró de su silla y se sentó. Con las manos entrelazadas, Julian recorrió con la mirada el candelabro dorado en el centro de la mesa y luego levantó la vista hacia la lámpara de araña que colgaba arriba. Sin duda, Viola iba a apreciar la elegancia de la sala y los toques extrafemeninos que le había añadido la ama de llaves. El marqués se había dado cuenta de que había varios ramos de flores frescas repartidos por el comedor.

Media hora después y con la cena enfriándose, la señorita Thompson todavía no había llegado. Julian ya estaba con los brazos cruzados y dando golpecitos con el pie cuando lanzó una mirada asesina al reloj de la repisa de la chimenea. ¿Dónde diablos estaba? Maldita fuese, haciéndole esperar así. Tenía cosas mejores que hacer con su tiempo, como... Bueno, sabía que algo habría que hacer, simplemente no se le ocurría en ese momento.

Jenny la había informado de a qué hora era la cena. No tenía excusa. ¿Sería algo típico de Estados Unidos? ¿Llegar elegantemente tarde? Si así se trataba, era de mala educación, joder.

Una ira intensa comenzó a brotar bajo su piel. Intentó respirar hondo por la nariz y dejar que aquello le calmase, pero no funcionó. Ni siquiera quería cenar con ella, así que ¿por qué se ponía tan furioso?

—Que le den a esto. —Retiró la silla de golpe, se levantó y tiró la servilleta—. Que le den a ella.

Julian salió ofendido del comedor, atravesó el salón y entró al recibidor. Ya ni siquiera tenía hambre. Iba a volver a la biblioteca, y ella podía comer sola si es que llegaba a presentarse.

En ese momento, el sonido de una pisada en las escaleras le hizo parar y girarse. Las ideas de comer solo y decirle exactamente cómo le había hecho sentir la espera se disiparon. El vestido color crema que llevaba puesto se iluminó con el resplandor de las lámparas y estuvo a punto de deslumbrarle. No estaba del todo seguro de si recuperaría la visión al completo cuando la joven bajó unos pasos más y le dedicó una sonrisa de oreja a oreja. El hombre pestañeó rápidamente una y otra vez para asegurarse de que la estaba viendo bien, y sintió como si la mujer hubiese cogido una daga y se la hubiese clavado justo en el corazón.

El escote era cuadrado y pronunciado, lo que le otorgaba una vista perfecta de sus pechos levantados. Las caderas se mecían con naturalidad de un lado a otro mientras descendía, y el vestido de raso estaba confeccionado para resaltar la esbelta cintura. Las capas y la cola realzaban cualquier curva que pudiese tener y, por alguna estúpida razón, los zapatos de tacón que llevaba puestos llamaron su atención. Del mismo color que el vestido y con unos delicados lazos en la parte delantera, se descubrió imaginándose quitándole aquellos zapatos uno a uno y besándole los empeines antes de deslizarse bajo sus medias y colmarla de atenciones más arriba.

Julian apretó los dientes. Si no tenía cuidado, iba a avergonzarse.

El marqués tuvo la sensación de que la muchacha tardó una eternidad en llegar al pie de las escaleras. Una vez allí, la chica le dedicó una sonrisa trémula. ¿Le ponía nerviosa? Antes no aparentó intimidarse lo más mínimo. Y no era lo que pretendía, en absoluto, pero tampoco iba a cortejarla como la señora Whittleworth esperaba. Sería mejor que estableciese algunas normas

sencillas y le hiciese saber que su estancia sería corta, hasta que encontrase a alguien que cuidase de ella fuera de su casa.

—Buenas noches —la saludó con una voz ronca.

Si solo fuese la ira la que hacía que esta sonase como si hubiese hecho gárgaras con arena, pero no, era algo mucho, mucho peor.

El deseo.

Hacía mucho que admiraba a la Viola Thompson que había conocido sobre el papel. Disfrutaba de sus fuertes convicciones, un claro contraste con sus esposas, y de su pasión por Inglaterra y su historia. Pero, ahora, se había dado cuenta de que admiraba la realidad de su persona. El vertiginoso vaivén de sus pechos contra ese escote... Por Dios, se encontró suplicando para sus adentros por que una de esas firmes esferas se escapase de los apretados confines del corpiño. Jamás le había embelesado tanto un movimiento corporal. Arriba y abajo. Arriba y abajo. El pulso se le apresuró para sincronizarse con su respiración.

Que estaba increíblemente acelerada.

Luego, volvió a arrastrar las pupilas más arriba, hasta su cara, y se preparó para recibir una mirada de asco tras el detallado examen más que obvio que le había hecho. En cambio, tenía una mirada vidriosa en los ojos.

—Buenas... noches..., mi lord.

El hombre frunció el ceño. Aunque llevaba el cabello elegantemente enroscado en un peinado que aparentaba desafiar a la gravedad y un toque de rojo le resaltaba las mejillas, su piel parecía cetrina. El temblor de su voz y la ligera agitación de su cuerpo hicieron que Julian frunciese el ceño todavía más.

—¿Va todo bien? —Y le tendió un brazo, en parte temiendo que se derrumbase.

¿Llevaba el corsé demasiado apretado? Su segunda esposa era de las delicadas y tenía tendencia a desmayarse tras envolverse en demasiadas ballenas.

La joven asintió y tomó el brazo que le había ofrecido. Si no hubiese sido por que estaba preocupado, quizás habría apreciado, o más probablemente se hubiese molestado, por la forma en la que le pinchó la piel cuando el delicado brazo de la muchacha se enroscó alrededor del suyo. Así las cosas, notó su ligero peso apoyarse en él, y aquello le convenció de que en absoluto todo iba bien.

—¿Señorita Thompson? ¿Viola?

Ella se giró para alzar la vista hasta él y aumentó la fuerza con la que le tiró del brazo. Ocurrió demasiado deprisa como para que reaccionase como era debido. La mujer se derrumbó en un gurruño de seda y enaguas. Julian se las apañó para evitar que se hiciese daño agarrándola del brazo, pero no estaba del todo preparado para que se convirtiese en un peso muerto, así que la chica acabó desplomada en el suelo de mármol. Tras haberse visto medio arrastrado por la joven, agarrada a él, el hombre se puso del todo de rodillas y le dio la vuelta.

—¿Señorita Thompson?

La muchacha tenía los ojos abiertos, pero vidriosos. Al ponerle la mano en la frente, se dio cuenta de que la piel estaba fría y sudorosa. En ese momento, agitó los párpados para cerrarlos y soltó un suspiro. Aquella mujer se encontraba indispuesta y no tenía ni idea de cómo de enferma se encontraba. ¿Habría contraído alguna enfermedad en el viaje hasta allí?

Julian hundió un brazo bajo la cabeza y las piernas de la joven, y la levantó entre sus brazos. Ahora que sí estaba preparado, le daba la sensación de que no pesaba casi nada. Viola permaneció despierta, pero dócil, como si algo estuviera confundiéndole la mente. Luego, se acurrucó contra su pecho y descansó la cabeza justo sobre el corazón. Aquel mismo órgano

palpitó en respuesta, un profundo y agudo espasmo que decía cómo disfrutaba de tener a una mujer en sus brazos que confiaba en él.

Subió los escalones de dos en dos y atravesó la parte central de la casa a grandes zancadas para dirigirse al ala oeste. Una vez allí, la instaló en la sala de los girasoles, llamada así por su posición sobre el jardín y los girasoles que crecían bajo la ventana. Justo cuando la estaba tumbando en la cama, Jenny entró corriendo.

La sirvienta se paró ante la imagen de su señor inclinándose sobre Viola.

—James me ha dicho algo sobre que la señorita Thompson se ha desmayado, mi lord. —Y echó un vistazo a la cama—. ¡Santo cielo!!

El lacayo estaba prácticamente en lo cierto.

—No se ha desmayado como tal, pero sí que se ha desplomado. No se encuentra bien.

Después, se incorporó lentamente y la observó. La chica soltó un ligero gemido y rodó sobre un costado. Fuese lo que fuese lo que le aquejaba, estaba provocando que respirase de manera ronca y superficial, y ningún corsé ni vestido ceñido iban a evitar aquello.

Indeciso, alargó la mano y tocó el corpiño del vestido.

—Oh, no, mi lord. Deje que lo haga yo.

Julian apartó la mano de golpe. ¿De verdad la criada acababa de regañarle? En ese momento, echó un vistazo a la chiquilla y solo vio preocupación. La miró con los ojos entornados y avistó una manchita colorada en ambas mejillas. Así era. Y por supuesto que llevaba razón.

Conteniendo aquella estúpida desilusión, se giró sobre los talones y fue hacia la puerta.

—Debería ir a buscar al médico.

—Ya ha ido James, creo, mi lord —le contestó Jenny con paciencia y las manos entrelazadas ante ella en una postura tímida.

Sabía cuándo no hacía falta.

—Muy bien. Haced todo lo que podáis.

La criada asintió y él lanzó una última mirada disimulada a la mujer de estado impredecible. Una intensa náusea le revolvió y reconcomió las entrañas. No podía ser el responsable de la muerte de otra mujer. «Señor, por favor, no permitas que se muera».

ALGO CALIENTE Y peludo le hizo cosquillas en la cara. Viola intentó empujarlo para apartarlo, pero este persistió en su labor. Entonces, abrió los ojos con un esfuerzo y, acto seguido, un estornudo se apoderó de ella. La joven se frotó la punta de la nariz y volvió a empujar a la cosa llena de pelo. Esta se alejó un poco y le permitió mover la cabeza de un lado a otro.

—Tú debes ser Manchitas —le susurró al gato, de lo que se arrepintió al instante, cuando notó como si alguien le hubiese metido a presión las espinas de una rosa por la garganta.

El animal atigrado la ignoró y giró rápidamente sobre sí mismo para volver a acomodarse en la almohada. La muchacha miró a su alrededor y se dio cuenta de que volvía a encontrarse en la sala de los girasoles. ¿Cuánto tiempo había estado durmiendo? Y ¿cuándo se fue a la cama? Viola frunció el ceño. Desde luego, no recordaba desvestirse ni subirse a aquel colchón blando y gastado. Aunque, en ese momento, su cuerpo dolorido apreciaba mucho la comodidad de la cama.

Un resfriado. Qué momento más maravillosamente oportuno. Por lo menos sus hermanos no estaban allí para chincharla por ser una debilucha. La cabeza comenzó a darle vueltas cuando intentó sentarse y avistar la hora en el reloj de la repisa de la chimenea. Un fuego ardía en el

hogar liberando lenguas de agradable calor hacía ella, pero albergaba un frío intenso en su interior. Volvió a estornudar y buscó a tientas un pañuelo que había visto en la mesa de al lado de la cama.

A continuación, se pasó el tejido de algodón por la nariz y notó el bordado. J. A. R. ¿Qué significaría la A? ¿Augusto? ¿Alexander? Qué raro que no supiese eso del hombre que pronto podría convertirse en su marido. Viola suspiró. Esperaba que no se le quitasen las ganas por lo fea que tenía que estar con la nariz moqueando y la piel seguramente pálida.

La chica se sobresaltó cuando la puerta se abrió de golpe. A Manchitas le ofendió aquel movimiento repentino y salió como una bala de la cama para pasar a toda prisa junto al intruso. Julian se hizo a un lado y negó con la cabeza.

—Menudo médico estás hecho —le dijo al gato atigrado.

Entonces, posó la mirada en ella y una media sonrisa le estiró los labios.

—Está despierta.

—Sí. —Y puso una mueca por lo mal que se le escuchaba la voz—. ¿Cuánto tiempo he estado dormida?

—Ahora es mediodía. Ha pasado durmiendo toda la noche y la mañana. Debía necesitarlo.

—Así sería. Discúlpeme.

El hombre volvió a negar con la cabeza y se acercó lentamente, como si estuviese aproximándose a un caballo que podía asustarse en cualquier momento.

—No hay nada que disculpar. Está enferma.

—Si llama a Jenny para que venga, estoy segura de que puedo vestirme y reunirme abajo con usted.

En ese instante, se incorporó más en la cama con un impulso.

Una mano se acercó a su hombro y la muchacha se quedó quieta. Luego, el marqués clavó las pupilas en ella, y esta se apartó de golpe. Por el gesto de su rostro, daba la impresión de que apenas era capaz de creer que la hubiese tocado. Una ligera sensación de calidez corroyó el frío que sentía en el cuerpo donde él había posado la mano durante un instante demasiado breve.

—Descansa.

La joven volvió a intentar hacer el esfuerzo de levantarse, pero un estornudo hizo que tuviese que buscar el pañuelo a tientas de nuevo. Julian sacó uno para dárselo y la chica se sonó la nariz mientras le dedicaba una mirada de disculpas.

—No sé qué ha pasado.

—Lo más probable es que haya sido la lluvia.

—Estaba tan cansada después del viaje en tren. ¿Cuándo me acosté?

—Poco antes de cenar. Te desplomaste, Viola.

Viola. Aquel nombre en sus labios, tan marcado por la preocupación, provocó que el corazón le latiese igual que si le estuviesen disparando en el pecho. Para ella seguía siendo Julian, pero ¿debía ser lo bastante atrevida como para decirlo en voz alta? La niebla que inundaba su mente le impidió tomar decisiones serias, como por ejemplo cuán pronto era aceptable dirigirse a un lord por su nombre de pila después de conocerle, o cómo parecer refinada y preparada para ser una marquesa con la nariz moqueando y una voz que sonaba a la de un cuervo.

—Nunca he hecho nada igual. Me quedé dormida poco antes de cenar, pero no me acuerdo de nada en absoluto.

—Tuviste un día largo —le contestó sencillamente.

Julian se inclinó para observarla y una arruga de preocupación ocupó su entrecejo.

—Pero, ¿te encuentras mejor?

—Sí, aunque me duelen la garganta y la cabeza.

La mujer supuso que en realidad eso no era estar mejor, pero al menos ya no sentía que estuviese a punto de desplomarse. Las noches de travesía sin dormir y el largo viaje en barco hasta allí debían haberle pasado factura. Consideró que, si a eso le añadías que se mojó hasta los huesos y se bañó en aquella horrible bañera de estaño, prácticamente podía perdonarla por desmayarse.

—Excelente. —Entonces, dio un paso atrás y su cuerpo pareció liberarse con una sacudida—. Voy a pedir que el doctor te haga una visita lo antes posible. Vino anoche, pero no estabas muy receptiva.

—Lo siento.

El hombre negó con la cabeza una vez más.

—No seas tonta. ¿Por qué tienes que sentirlo?

En ese instante, Viola recordó los enojos de su padre cuando caía enferma de niña o cómo sus hermanos la chinchaban con que se lo estaba inventando para poder quedarse en la cama y eludir el trabajo en la granja, pero Julian no parecía en absoluto enfadado con ella pese a haberse perdido la cena y ser bastante molesta. Le había mejorado el humor desde el día anterior, eso desde luego. Puede que aquel fuese el hombre a quien había estado escribiendo y sencillamente había necesitado tiempo para salir a la superficie.

—Espero no ser una carga.

Pasó un segundo antes de que él negase otra vez con la cabeza, y un presentimiento se llevó de una pasada la ligera calidez que le había llenado el pecho ante la idea de ver al verdadero Julian. Era una carga. Simplemente no quería decirlo así.

—Cuando te encuentres mejor, hablaremos de tu estancia en Warwickshire.

Su estancia en Warwickshire. No en su casa. ¿Seguía queriéndola fuera de la mansión Lockwood? ¿Tan bochornoso resultaba tenerla allí? Por desgracia, pese al haber leído la guía de estilo *Debrett's* una y otra vez y comprar libros sobre etiqueta, no podía eliminar a la chica de granja ni a la estadounidense que había en ella. Sencillamente no comprendía las reglas ni las normas de la alta sociedad británica lo bastante bien.

Un pequeñísimo latido en su pecho hizo que anhelase las reglas menos estrictas de las familias que conocía en Nueva York. No es que no fuesen esnobs. Ser nuevos ricos no les congraciaba con mucha gente, pero la alta sociedad neoyorkina estaba teniendo que aceptar poco a poco que había hombres ahí fuera labrándose su propio camino en el mundo y trabajando duro para ganarse el dinero. Esos hombres estaban dejando su huella y se trataba de aceptarles o quedarse atrás.

Julian se balanceó hacia atrás sobre los talones mientras parecía como si no pudiese decidirse entre quedarse o dejarla en paz.

—Debes tener hambre.

La joven atendió a su estómago.

—Sí, de hecho, estoy famélica.

El hombre abrió un poco los ojos. Si se hubiese estrujado los sesos, habría recordado que uno de los libros afirmaba que las señoritas no hablaban de sus necesidades fisiológicas. Pero, ¿cómo ibas a conseguir alimentarte si no declarabas que tenías hambre? A lo mejor debía quedarse en los huesos por el bien del protocolo. Ay, ¿aprendería algún día a encajar en la alta sociedad inglesa?

—Haré que la señora Whittleworth prepare algo para que se lo suban lo antes posible.

—Gracias.

El aire se volvió denso y empalagoso a medida que el silencio alargaba los minutos. El tic tac del reloj de la repisa de la chimenea enfatizó la incomodidad. Cuánto deseaba el tono relajado que usaban en sus cartas.

En ese momento, lord Lockwood se aclaró la garganta.

—Bueno, me alegro de ver que te encuentras bien. Simplemente debería...

Luego, le dedicó una brusca reverencia, se incorporó y se retiró.

Y dejó a Viola con las pupilas clavadas en la puerta y pensando en él. Sí que era bastante diferente a como le había imaginado. Para ser sincera, sus sueños habían sido un poco tontos, pero las cartas de aquel hombre eran tan bonitas y sinceras.

Un cosquilleo en la nariz le impidió continuar pensando en lord Lockwood y su desconcertante comportamiento. La invadió una serie de estornudos que continuó hasta tal punto que Jenny pareció quedarse un poco atónita cuando entró en el dormitorio.

—Madre mía, señorita, sí que ha pillado un buen resfriado.

Viola asintió y se sonó la nariz en el pañuelo antes de que un último estornudo la atacara. La chica volvió a hundirse en las almohadas y puso un gesto de dolor cuando la cabeza estuvo a punto de estallarse en consecuencia al arrebato.

—Le he traído una sopa.

Jenny colocó una bandeja sobre la mesa y ayudó a la muchacha a incorporarse antes de posarla en su regazo.

El aroma del pollo y las especias se las apañó para atravesar su congestionada nariz, y la chica suspiró.

—Huele de maravilla.

—La señora B hace maravillas en la cocina. —Luego, espero a que Viola le diese un sorbo y asintió con aprobación—. Me alegra ver algo de color en sus mejillas. Lord Lockwood estaba terriblemente preocupado por usted. Creo que pensaba que iba a tener que enterrar a otra mujer. Aunque yo le dije que no parecía ser más que un resfriado.

—Ah, sí. ¿Su mujer murió de una enfermedad? Siento haberle causado tanta preocupación.

Supuso que aquello podía explicar en gran parte la actitud rígida. Puede que incluso hubiese revivido la muerte de su esposa. Qué horror.

—Bueno, la primera, sí. Las otras dos...

—¿Hubo tres? —Y se quedó quieta con la cuchara a medio camino de la boca.

—Ah, sí, creía que lo sabría, como siempre estaba escribiéndole. Siento decir que las tres pasaron a mejor vida.

Viola bajó el cubierto y se arrellanó un poco sobre la almohada.

—Dios mío.

Entonces, Jenny se acercó al fuego con paso largo y lo avivó con un atizador antes de disponer una manta a los pies de la cama.

—Solo por si la necesita —le dijo—. Y haga sonar la campana si necesita cualquier otra cosa.

La joven no volvió a comer hasta que la criada se hubo marchado. Le irritaba la tentación de preguntarle más sobre las esposas de Julian, pero estaba claro que, si él hubiese querido que ella supiese todos los detalles, se lo habría contado. Puede que aquellos incidentes le resultasen demasiado dolorosos como para poder hablar de ellos. Tomó un sorbo y bajó la cuchara para observar el retrato de uno de los viejos ancestros que dominaba la pared de enfrente.

Pobre, pobre hombre. Este hizo que se le ensanchase el corazón. Cuantísimo le gustaría ayudarle a superar su dolor. Se permitió dibujar una sonrisa a pesar del dolor de cabeza que la

estaba consumiendo. A lo mejor no era tan apuesto y atrevido como había esperado, pero sufría y estaba un pelín roto. Era alguien a quien quizás pudiese arreglar. Y la verdad era que aquella idea le atraía.

Capítulo cinco

Julian comenzó a soltar sapos y culebras por la boca cuando una gota de tinta cayó sobre su carta. Maldita fuera. No podía concentrarse sabiendo que ella estaba en su casa. Llevaba tiempo sin compartirla con una mujer (oh, el servicio no contaba), y su última esposa había evitado a toda costa coincidir con él en ella. Su queja a la Atlantic Telegraph Company tendría que esperar. No pudo evitar que se le dibujase una sonrisa mientras soltaba la pluma y subía las piernas a la mesa. Si no hubiese sido por que le escribió una carta de queja al padre de Viola, la muchacha nunca le habría contestado explicándole la enfermedad de este y que ella se estaba haciendo cargo de su correspondencia. No pudo evitar ablandarse ante su particular forma de expresarse y enseguida se olvidó de sus protestas. Poco después, se dio cuenta de que lo había convencido para entrar en lo que podía resultar un plan de negocio rentable.

Un ruido fuera de la biblioteca hizo que quitase los pies de la mesa con culpabilidad y se sentase recto. El pulso le tamborileó en los oídos mientras permanecía con las pupilas clavadas en la puerta abierta enmarcada por estanterías de libros. La tensión que iba enroscándose lentamente hasta llegar a su barriga no era nada nuevo. Llevaba con esa sensación desde que Viola llegó, hacía tres días. Saber que *ella* yacía en la cama, en su casa, le hacía sentir como si estuviese caminando sobre brasas estuviese donde estuviese. Para ser sinceros, no sabía qué hacer consigo mismo.

Y, aunque charlaba con ella, los momentos compartidos eran incómodos y forzados. Ella esperaba de él algo más de lo que era, lo sabía. La joven esperaba al hombre elocuente de las cartas. Julian soltó una risita por la nariz y se frotó la frente con dos dedos. No estaba seguro de que aquel hombre existiese más allá del papel; expresarse por escrito le resultaba mucho más sencillo que hacerlo en la vida real.

No tenía una postura tensa por nada. La muchacha entró sigilosamente por la puerta y aumentó el golpeteo en sus oídos. Se dio cuenta de que había recuperado un poco de color incluso a la tenue luz de la biblioteca. Con una falda ajustada en un tono ciruela intenso, una camisa blanca y el cabello enrollado en un complicado peinado, apenas se parecía a la mujer que encontró en su umbral dos días antes.

Aunque tenía la misma belleza arrolladora.

—Ahí estás.

Su tono familiar hizo que se pusiese tieso. No era capaz de recordar la última vez que alguien le saludó así. Casi con un aire de entusiasmo. Hasta los sirvientes que le conocían bien tendían a mirarle con aprensión, puede que por estar esperando su último arrebato. Y sus hermanos... Maldita fuera, qué hombres. Se dejaban caer por allí siempre que necesitaban algo. No había conocido a un grupo más insensato y depravado. ¿Cómo se suponía que uno iba a relajarse

cuando tenía seis hermanos tirando el apellido familiar a los pies de los caballos?

Pero por supuesto que a la alta sociedad no le importaban los vividores disolutos. A él era al que tenían que evitar. Que Dios no quisiera que acudiese a un evento y llevase su *marca de la muerte* con él.

Julian se puso de pie y esperó a que Viola se acercase al escritorio. Luego, la chica se paró y dio una vuelta sobre sí misma mientras levantaba la vista para observar las paredes atestadas de libros. La biblioteca de Lockwood era de las más excelentes del país y uno de los pocos lugares donde disfrutaba pasando el tiempo. El aroma de la piel y el papel antiguo siempre le calmaban, sin excepción, incluso en los momentos de mayor soledad.

—Te encuentras mejor.

No preguntó. Tampoco lo necesitaba. Estaba claro por el brillo en sus ojos y los toques rosados en las mejillas color crema.

—Mucho mejor, gracias.

La muchacha no le miró. Sus pupilas siguieron las líneas de la escalera tallada de caracol y luego levantó la cabeza para clavarlas en el techo pintado.

—Esta sala es la más increíble.

Durante un segundo, Julian olvidó hacer algo que no fuese observar aquella extensión de cuello que suplicaba por que los labios de un hombre la tocasen. No, no los labios de un hombre, sino los suyos.

Unos cuantos rizos se le escaparon por la espalda y el marqués cerró una mano. Hacía tanto tiempo que no sentía el tacto suave del cabello de una mujer bajo sus dedos ni saboreaba la curva de su cuello. Mabel, su última esposa, evitó tocarle a toda costa y acostarse con ella era mecánico, un mero deber para intentar concebir un niño.

—No me extraña que pases tanto tiempo aquí. —Y Viola le miró a los ojos de frente.

—¿Cómo sabes que paso mucho tiempo aquí?

—Jenny me lo ha dicho.

Malditos sirvientes. No le gustaba la idea de las chicas hablando de él, a pesar de estar al tanto de que no existía ninguna prohibición de cotilleo para el servicio. ¿De qué más habían hablado? ¿De sus esposas? ¿De cómo lo único que les trajo fue mala suerte? Julian apretó la mandíbula y la observó acercarse al escritorio.

La joven rozó la superficie de caoba con una mano. Trazó los bucles y las marcas de la madera tallada y luego levantó la cabeza para sonreírle.

—¿Aquí es dónde redactas tus cartas?

—Sí.

—¿Dónde solías escribirme?

—Sí.

Entonces, aquellos dedos se pararon y se apartaron de la madera. En su vida había deseado tanto ser un mueble. ¿Tendría una forma de tocar amable y suave o atrevida y descarada como ella? Jamás había conocido a nadie tan extrovertido. Sybil había sido abierta y sincera con él, pero solo de puertas para adentro, en instantes muy privados. Nunca en cualquier sitio en el que el servicio pudiese escucharla y en ninguna de las estancias comunes. En esos momentos, su segunda esposa era la reservada mujer inglesa de la cabeza a los pies. Él solía lamentar esos cambios, ya que deseaba que fuese la esposa que adoraba todo el tiempo.

Maldita sea, la corbata estaba haciendo el claro intento de ahorcarle. ¿Por qué se había puesto una siquiera? Sí, no había llegado hasta el punto de afeitarse por ella, pero sentía cierta necesidad de impresionarla. La razón de aquello, la desconocía. Rara vez Julian recibía visitas y casi nunca

aparentaba ante ellos.

—¿Te los has leído todos?

El hombre levantó una ceja y lanzó una mirada a los miles y miles de libros.

—Qué va.

—¿Qué hay de *Nicholas Nickleby*? ¿Tienes un ejemplar de ese?

Así que se acordaba. Al parecer no era el único que absorbía hasta el último pedazo de información que le contaba en sus cartas. Aquello le complació en exceso.

—Tengo varios en la planta superior. —Y señaló el estrecho balcón que rodeaba tres caras de la sala.

—¿Me los enseñas?

Julian la observó con detenimiento durante unos segundos. No podía negarse a aquella mirada de súplica en su gesto. Obviamente, estaba un poco loco por aquella mujer a la que apenas conocía. Lo cierto era que no creía que unas cuantas cartas pudieran hacer que uno conociese a otra persona en condiciones. Mierda, pasó ocho años conociendo a Mabel y no llegó a hacerlo como era debido porque, si hubiese sido de otra manera, podría haber profetizado que su matrimonio estaba condenado.

—Por aquí.

Entonces, se acercó a grandes pasos hasta los peldaños en espiral a la derecha y esperó a que la joven fuese tras él. La escalera de madera tallada era estrecha y dibujaba unas curvas muy pronunciadas.

—Es mejor que vayas primero.

No quería que se cayese, y desde luego aquella falda no parecía estar hecha para subir escalones.

La muchacha se puso delante y comenzó a subir. Y Julian se dio cuenta inmediatamente del error que había cometido. Si quería asegurarse de que no sufriese ningún daño, debía seguirla de cerca y contar con unas vistas perfectas de su trasero. La suave curva se distinguía ante la falta de un polisón o unas faldas pesadas que lo realzaran. Se deleitó durante un corto instante de diversión al preguntarse cómo reaccionaría si se inclinara hacia delante y le diese un bocado.

Lo más probable era que gritase y le plantase un guantazo. Aunque no era que fuese hacer tal cosa. Señor, podría sufrir una buena caída y partirse el cuello. Conociendo su suerte era bastante posible.

Viola se paró arriba y esperó a que el hombre llegase a su lado. Luego, arrastró los pies para retroceder por el balcón y dejarle espacio, pero los estrechos confines de este implicaron que acabasen casi pecho contra pecho. Entonces, al hombre le sorprendió la altura de la joven. En su primer encuentro se encontraba sufriendo demasiado los vestigios de los excesos de la noche anterior como para darse cuenta, y uno no podía juzgar la altura de una mujer si estaba acostada. Julian intentó no soltar un gemido. No necesitaba pensar en Viola Thompson en horizontal. Todavía tenía que ocuparse de conseguir sacarla de su casa y enterarse de cuánto tiempo pretendía quedarse en Inglaterra ahora que estaba recuperada.

Una sensación cálida se revolvió en sus venas, y la muchacha alzó la barbilla para mirarle.

—Deberías haber ido tú primero.

Aquellas palabras salieron en un susurro. Y le hicieron preguntarse cómo sonaría en la cama. Hablaba con una claridad segura, pero ¿sería igual cuando tuviese a un hombre entre los muslos? ¿Soltaría soniditos de gemidos o le exigiría más con firmeza?

Maldita sea, tenía que calmarse. Aquella era una joven vulnerable que, quisiese él o no, se encontraba bajo su protección mientras permaneciese bajo su techo.

En ese momento, determinó que era la forma en la que se comportaba y la manera que tenía de expresarse. Y que estaba al tanto de lo inteligente que era. Aquello le hacía pensar que era más madura para su edad.

Julian se deslizó para pasar delante, consciente de cómo los senos de la mujer le rozaban el pecho.

—Por aquí —dijo en un tono ronco y de pocos amigos.

Con la mano apoyada en la barandilla, la condujo al otro lado de la esquina hasta el fondo de la sala. Cuando pararon, Viola se inclinó para observar el resto de la habitación, y al marqués le dio un pequeño vuelco al corazón del miedo.

—Cuidado.

—Ya veo por qué pasas tanto tiempo aquí. Es una sala preciosa.

Ansioso por alejarla del pasamanos y la caída hasta el suelo, le señaló su colección de títulos de Dickens.

—Aquí están.

La muchacha se echó hacia delante y miró los libros forrados en cuero. La escasa luz de las lámparas no llegaba tan arriba como casi hasta el techo, y además el hombre solo dejaba unas pocas encendidas en la biblioteca por miedo a un incendio, así que la caligrafía dorada de los lomos apenas se vislumbraba. Por desgracia para él, el suave titileo de luz que se las había reglado para alcanzarles volvía más atractivos los rasgos de la chica con su roce. Las sombras hacían su rostro interesante a la vez que el resplandor dorado otorgaba a su piel de una suavidad que quería acariciar. Viola siempre le había resultado fascinante sobre el papel, pero al parecer la encontraba igual de cautivadora en persona.

La chica le dedicó una sonrisa coqueta al echar un vistazo atrás para mirarle. Le había pillado observándola. Sin embargo, en absoluto pareció avergonzarse por ello. ¿Tendría alguna sospecha de la atracción que ardía por su cuerpo sin cesar? ¿Sentiría lo mismo? ¿Habría rasgado los sobres de sus cartas con impaciente ilusión y devorado hasta la última de sus palabras?

En ese instante, le dio la espalda para señalarle el otro lado de la sala.

—Ahí tengo algunos libros de Austen.

Admirarla a cierta distancia había estado bien. No había albergado peligro. Aquello, en cambio, sí que lo tenía, y no le gustaba aquella sensación de pesadez que le estaba invadiendo el pecho. Había sentido lo mismo por Sybil, y mira cómo acabó. La perdió a ella y a su hijo de golpe.

Julian sacó *Orgullo y Prejuicio* y se lo pasó. La muchacha acarició la portada y abrió el libro para echar un vistazo al primer capítulo. Él la observó gesticular las primeras líneas. No había visto nada igual. El puro y total deleite que sentía al tener un libro entre las manos parecía ir más allá de la corta distancia que los separaba y tirar de él para que se acercara. Cuando cerró el libro, el hombre se encontraba lo bastante cerca como para respirar el ligero toque a vainilla que emanaba de ella. Aquella muchacha le recordaba a las tartas recién horneadas o a un helado de vainilla.

Y nunca había deseado tanto probar un bocado.

—Me encanta este libro.

Aquellas palabras fueron ligeras, distraídas. La joven mantuvo las pupilas clavadas en las suyas.

—Lo sé.

Se desvaneció más espacio entre ellos. El marqués sintió como si sus pulmones pudieran sufrir un colapso, como si el aire se hubiese vuelto más denso.

No le quedaba opción.

Entonces, eliminó la distancia. Y sus labios tocaron los de la muchacha. Las esquirlas de una sensación atravesaron su ser igual que un rayo y ella ahogó un grito. Así es como iba a ser. Clara e intolerable fuera del dormitorio, pero luego susurraría su nombre y haría que se deshiciera por dentro. Lo tenía tan claro como que era el marqués de Lockwood.

Lo arrastraría hasta el infierno y le asaría en un espeto. Pero le daba igual. Sabía mejor que el helado. En ese instante, la chica separó los labios y, después, le rodeó el brazo con los dedos para acabar hundiéndolos en su chaqueta. Con una mano en la nuca de la joven y otra en la base de su espalda, Julian dejó que la lengua se colase dentro de ella para degustar aquella calidez. Tras volver a probarla y saborearla, el hombre se separó y sus manos se dejaron caer desde el cuerpo de la joven. La muchacha le soltó a la vez.

Luego, se preparó para lo que pudiese venir con los ojos clavados en el suelo. Quizás fuese el picor de una mano en su cara o que le lanzase unas palabras amargas. Pero, cuando levantó la cabeza, ella simplemente le sonrió.

—Estaba esperando a que lo hicieses.

Julian casi se ahoga con un suspiro.

—¿Sí?

Ella asintió con la cabeza y apretó los labios, que seguían embrujados por la sonrisa.

—Ah, sí. Desde que llegué.

—No debería haberlo hecho.

En ese momento, el hombre envolvió la barandilla que había tras él con los dedos, como si esta pudiese otorgarle el apoyo que necesitaba para no intentar volver a besarla. O algo peor. Una de sus fantasías era hacer el amor en una biblioteca. Y tenía que admitir que se había preguntado qué aspecto tendría la señorita del otro lado del océano, además de haberla introducido en sus fantasías. Pero había una clara diferencia entre aquello y la realidad. Julian Cynfell no se *acostaba* con mujeres y no tomaba a señoritas inocentes en bibliotecas.

—Julian, solo ha sido un beso.

Tampoco debería hablarle de esa manera. Si al menos no le gustase tanto...

Viola recuperó el libro que había quedado abandonado en la estantería y volvió a meterlo en su sitio para después volver a mirarle a la cara. Se sentía como un tonto. Intimidado por aquella mujer delgadita. Las pupilas de la muchacha le recorrieron de arriba abajo y ladeó los labios.

—Siento haberte conmocionado, pero deberías saber por nuestras cartas que no soy la mejor en morderme la lengua ni en vigilar las cosas que hago. Voy a esforzarme más, te lo prometo, especialmente si vamos a ca...

Acto seguido, cerró el pico con fuerza y entrelazó las manos delante de ella.

Aquello le resultó familiar. Esos sentidos cuidadosamente perfeccionados que llevaba dominando desde que cumplió dieciséis y heredó el título de su padre se pusieron en alerta. Todas las madres ambiciosas y las señoritas bobas habían susurrado esa palabra a sus espaldas. Viola no necesitaba acabar la frase para que se diese cuenta de lo que esperaba.

—Casarnos —terminó por ella, mientras una conmoción adormecida obraba a través de su cuerpo y le arrebataba cualquier expresividad a la palabra.

—Bueno... —Y se encogió de hombros.

—Viola... —Y negó con la cabeza—, no vamos a casarnos.

Se sintió un estúpido al decir aquello. No le había pedido la mano, ni siquiera había insinuado que estuviese buscando una esposa. Y no lo estaba haciendo. Prefería morir viejo y solo que ser el responsable de la muerte de otra mujer. Julian no sabía cómo ni por qué, pero no

era bueno para ellas.

La joven abrió y cerró la boca durante un momento.

—Te refieres a que... ¿a lo mejor querías que fuese una sorpresa? O... o...

—No —le espetó, y se arrepintió cuando la muchacha retrocedió contra la librería en una sacudida—. Me has entendido mal. No deseo una esposa. Perdóname, Viola, pero no te deseo.

—Pero... tu carta...

La chica agitó las pestañas muchas veces antes de rebuscar en su camisa y sacar un trozo arrugado de pergamino. Reconoció la caligrafía en un destello. Era la suya.

—Viola... —le advirtió, y su voz tomó un tono grave de terror.

Aquella mujer había ido hasta allí con la expectativa de casarse con él. Por alguna razón, había cruzado el océano por él. No quería saber por qué. Lo único que quería era que se marchase. Aquello era demasiado. Nunca deseó que fuese hasta allí ni enfrentarse a la realidad de lo que había tras aquellas cartas. La realidad era más que demasiado tentadora.

La chica sostuvo el papel con las manos temblorosas y leyó:

—Yo... espero fervientemente que cuando dé por finalizado el negocio con su padre, no me olvide... —Pero un sollozo interrumpió sus palabras y le lanzó el papel a él.

El hombre se pellizcó el puente de la nariz y leyó el resto de la carta.

He llegado a apreciar sus cartas y me descubro esperando a leer sus novedades y ambiciones. Albergo la gran esperanza de que venga pronto a Inglaterra y disfrute de lo que esta le puede ofrecer. Quizás pueda recomendarle la National Gallery, en Londres, y por supuesto el espléndido castillo de Kenilworth, en mi condado natal, del que ya hemos hablado. Su pasión por la historia inglesa hará de esa visita todo un placer. Deseo que su pasión baste para persuadirla de abordar una travesía tan ardua.

Pese a que nuestras familias se van a unir a nivel empresarial este abril, he oído hablar de otro feliz acontecimiento de boca de su padre. Le confieso que temo el fin de nuestra correspondencia. ¿Me asegura su devoción por nuestras cartas?

Honestamente suyo,

Julian

Apenas podía creer que aquellas fueran sus palabras. ¿De verdad hablaba así? Supuso que sí. Siempre se expresaba mucho mejor por escrito, aunque no había mencionado el matrimonio en ningún momento. Y las noticias del feliz acontecimiento... Le habían dicho que era probable que se casase con el hijo de otro empresario de la marina mercante. Una fusión de toda la vida. Recordó el profundo dolor que le afligió y cómo volvió su tono más encantador a propósito, convencido de no dejarle ver su angustia.

—Maldición —masculló.

Sus palabras habían sido engañosas. Solo podía culpar al nudo de celos en el estómago y a la idea de que se casase con otro hombre por aquella ridícula forma de hablar.

Entonces, levantó la cabeza y lanzó un suspiro. Pero ¿qué mujer cruzaría la mitad del mundo por la esperanza de casarse con un hombre que no conocía?

—Nunca he pretendido...

A la joven le tembló la barbilla, pero alzó la cabeza bien alta.

—¿Confundirme? Bueno, pues lo has hecho, Julian. Me has engañado cruelmente.

—Oye, espera un momento. Nunca he pretendido engañarte. ¿Cómo iba yo a saber que se te iba a meter en la cabeza que pretendía que fuésemos algo más que amigos? —Y agitó la carta—. Maldita sea, apenas lo éramos. ¿Por qué me iba a casar con una mujer en la que jamás había posado la mirada? Nos enviábamos cartas, nada más.

Las lágrimas brillaron en sus ojos. La garganta de Viola se movió. Luego inhaló un largo y sonoro suspiro.

—Nada más —musitó a la vez que baja la mirada—. Por supuesto, nada más.

Para su sorpresa, la joven se inclinó en una rápida reverencia, murmuró una despedida y se alejó corriendo.

Julian la observó mientras se marchaba. Los pulmones parecieron desinflársele mientras ella se apresuraba por los escalones en espiral y salía por la puerta de la biblioteca. Luego, le echó un vistazo a la carta arrugada que tenía en la mano e imaginó que podía sentir el calor por haberse encontrado apretada contra su seno.

Nada más.

Entonces, negó con la cabeza. Sabía que no era así, pero admitirlo era un peligro. Igual que sugerir que fuese posible que se hubiese enamorado de ella solo mediante sus cartas. Quizás sintiese lo mismo, pero ya no lo sabría nunca. Si aquello realmente era amor, tenía que protegerla de sí mismo. Por el amor de Dios, acababa de hablarle fatal por una equivocación. Había observado cómo sus esperanzas se venían abajo ante sus ojos y aun así se las había apañado para destrozarla un poco más. Incluso aunque quisiese casarse con ella y no temiese por su seguridad mientras anduviese cerca, ¿cómo iba a someterla a un hombre como él?

Dobló el papel otra vez y se lo guardó en el bolsillo interior de la chaqueta. No podía. Viola Thompson debía marcharse y olvidar hasta su existencia.

Capítulo seis

¿Dónde estaba el puñetero pañuelo? Viola se sonó la nariz con un estruendo y metió las pantuflas en la bolsa de viaje junto con el camisón y el vestido de noche que Jenny había colgado con tanto cuidado. ¿A quién le importaba si se arrugaba? Lo había comprado especialmente para ese viaje y vaya desperdicio. En aquel momento, empezaron a arderle las mejillas, y la muchacha paró para taparse la cara con las manos.

Seguro que había parecido una completa estúpida. La ilusa estadounidense esperando un matrimonio por amor con el elocuente lord inglés.

—Tonta, tonta, tonta —se dijo entre dientes—. Ay, para.

Ahí estaban acudiendo las lágrimas otra vez. La chica tomó un ruidoso suspiro y volvió a escanear la habitación con la mirada en busca del pañuelo.

En ese instante, sus pupilas recayeron en el que había en la mesita de al lado de la cama. Jenny tuvo que haberlo lavado y planchado, porque estaba perfectamente doblado. Entonces, lo cogió y pasó los dedos sobre el monograma bordado. Y pensar que había imaginado sus iniciales unidas en la ropa de cama. Ay, Dios, era posible volverse más tonta.

¿Qué dirían sus amigas? Esperaban que al menos volviese con una pedida de mano, puede que hasta acompañada de un marido. Sus hermanos sí que disfrutarían de aquel fracaso. Y la alta sociedad contaría con algo más para mirarla por encima del hombro. La ruptura de su compromiso había provisto de un tremendo deleite a los cotillas y columnistas de sociedad. ¿Qué dirían ahora sobre ella?

«Heredera neoyorkina espanta a otro hombre».

Había deseado con tantas fuerzas no ser una fracasada por una vez. Tenía una labor como hija: primero, fue ser útil en la granja y, cuando su padre hubo recuperado la salud, fue casarse con un hombre acaudalado. Su parte de la herencia le vendría bien, pero obviamente su padre quería más para ella. Ya había perdido a un hombre rico y ahora todos sus sueños se habían reducido a la nada. Lo peor de esto era que ella realmente, de verdad, había llegado a sentir algo por Julian. O al menos por el que había conocido por escrito.

Se dio unos toquecitos con el pañuelo en la nariz. Ese no se parecía en nada al hombre de la vida real.

La puerta se entreabrió y Viola agitó una mano.

—No necesito ayuda, gracias.

Acto seguido, escuchó un golpe sordo y soltó un suspiro. De verdad que no quería que nadie la viese en ese estado, ni siquiera Jenny. Había pasado dos horas llorando antes de decidir meter sus pertenencias en la maleta. Se notaba los ojos hinchados y le escocían, y todavía no se había atrevido a mirarse en el espejo para ver los daños.

—Lo siento.

La joven se giró ante el sonido de las dos suaves palabras pronunciadas en voz baja. Con una mano en la boca, se tambaleó hacia atrás, se golpeó las piernas con la cama y, para evitar caerse sobre el colchón, puso la mano en el poste de la cama. La humillación volvió a atacarle al ver al atractivo marqués. No podía decidirse entre si lo prefería con corbata, sin ella o con ella aflojada, como en ese momento. Estaba claro que se había estado pasando la mano por el cabello porque lo tenía revuelto.

Bien. Aquel hombre tenía el peor de los temperamentos y esperaba que se sintiese fatal por lo que le había dicho. Si se dejaba guiar por la mirada gacha y el movimiento de los pies, así era. O puede que sencillamente estuviese preocupado por que hiciese algo estúpido, como intentar obligarle a casarse con ella. Bueno, no tenía ninguna intención de casarse con un hombre como él.

—No importa.

Viola se dio la vuelta y arrancó su perfume y la crema facial del tocador para lanzarlos dentro de la bolsa. Después, observó durante un instante el tubo blanco y decidió que luego lo guardaría con más cuidado. Conociendo su suerte, se derramaría sobre la ropa, y sería un viaje de casi once días a casa si no hacía mal tiempo. Estaba claro que no necesitaba más desastres.

—Jamás he pretendido...

—Confundirme, sí, ya lo has dicho.

La chica continuó dándole la espalda. Julian era demasiado apuesto y elegante. Cuando le escribía solo podía suponer qué aspecto tendría y, por supuesto, había esperado que fuese atractivo, pero se había preparado para aceptarle fuese como fuese. Un hombre que escribía cartas como él era más guapo que el más apuesto del mundo, daba igual la apariencia que tuviese.

Aunque Julian no necesitaba la belleza interior. Él personificaba todas sus ideas sobre el aspecto que debería tener un lord inglés. Y, maldito fuese, le atraía. Incluso ahora que había visto la fealdad de dentro, su corazón optimista esperaba con fervor a ver al hombre de las cartas, a creer que existía incluso bajo aquel horrible temperamento y terribles modales.

Deseando tener algo más que hacer, cerró la bolsa y comenzó a abrochar la hebilla. Todavía le quedaban por guardar unos últimos detallitos, pero aquello implicaba girarse y verle.

Unos dedos calientes se cerraron alrededor de su muñeca.

—No.

Viola volvió la cabeza de golpe para mirarle. Se había acercado un poco más y había acabado con la corta distancia que les separaba. Entonces, la muchacha contuvo la respiración. Notó la calidez de la piel bajo sus dedos y se le erizó el vello del brazo.

—No —repitió—. No te vayas.

La joven se pasó rápidamente la lengua por el labio superior en un intento de reunir una respuesta. La indignación se había desvanecido en cuanto la tocó. Qué frustrante. Tenía muchísimas ganas de gritarle por la forma tan terrible en la que había lidiado con su confusión, pero su cuerpo parecía derretirse en un charco de cera en cuanto la tocaba. Fue la misma sensación que tuvo cuando la besó.

Él la había besado. Santo cielo, aquel había sido el momento más romántico y emocionante de su vida. Después de meses imaginando y soñando cómo sería, había pasado. Y fue mucho mejor de lo que esperaba.

Pero luego tuvo que arruinarlo todo. Y, por supuesto, estaba claro que ella era una tonta por haber dado por hecho que él tenía la intención de hacer algo más que besarla. No cabía duda de

que se arrepintió profundamente de aquel beso en cuanto se dio cuenta de que aquello le había dado una impresión equivocada. Quizás solía besar a chicas, pero ellas eran lo bastante listas como para saber que con ello no quería decirles nada.

—Debería volver a casa —anunció en un tono suave y sin levantar las pupilas de la hebilla de latón de la bolsa.

—Pero... —Entonces, tomó un suspiro sonoro, le soltó la mano, y la joven vio que daba un paso atrás por el rabillo del ojo—. Solo has pasado en Inglaterra unos pocos días. Deberías quedarte y... ver los lugares de interés.

Viola se giró lentamente sobre sí misma. Después, le lanzó una mirada desde debajo de las pestañas e intentó olvidar la humillación total que acababa de experimentar. El objetivo principal de aquel viaje era asegurarse un marido, pero no podía negar que llevaba soñando con visitar Inglaterra desde que era lo bastante mayor como para poder leer sobre ella. La historia sencillamente le fascinaba.

—No sé.

—Te enseñaré los alrededores —le ofreció—. Y puedes quedarte aquí.

La chica se permitió levantar una ceja. ¿Aquello simplemente era un intento de disculpa o algo más? No, no iba a leer entrelíneas más de lo que había. Ya se había puesto lo bastante en ridículo. Lo más probable era que no quisiese que fuese corriendo a casa a contarle a su papá el hombre tan horrible que era y cómo no debían hacer negocios.

—En tu casa —aclaró.

Además, la idea de poder explorar el precioso edificio le atraía muchísimo. Intentó no sonreír cuando asintió con rigidez. Al haber estado enferma durante toda su estancia, no había podido apañárselas para ver ni una cuarta parte de la casa y, por sus cartas, sabía que había mucho que investigar. Los jardines, los bosques, los pasadizos secretos. Luego, por supuesto, estaban los castillos de los que le había hablado y la abadía, e incluso la casa junto al mar. Puede que pudiese convencerle para que la llevase a la costa.

—¿Me llevarás al castillo?

—Sí.

Aquello no pareció complacerle. ¿Se trataba simplemente de ella o había algo más al respecto? Jenny le había insinuado que el marqués se volvió así después de la muerte de su última esposa. ¿La pena de esta le estaba pasando factura? A lo mejor, si se esforzaba mucho, sería capaz de encontrar al hombre que le había escrito aquellas preciosas cartas. Quizás incluso podría ayudarle a librarse de su pena.

—Muy bien, me quedaré.

Un toque de sonrisa ladeó los labios del caballero y este asintió.

—Excelente. Se lo haré saber a la señora Whittleworth. —Después, se aclaró la voz y arrastró un poco los pies—. Espero que esta noche me acompañes en la cena para así poder planear las excursiones.

—Me gustaría, gracias.

Al final, el hombre le dedicó una inclinación de cabeza con aire formal. A la muchacha le sorprendió lo lejos que se encontraba Julian del marqués rico y poderoso que había esperado. Aunque aquel movimiento no parecía el de un hombre restringido a las reglas y la alta sociedad. En lugar de eso, se trataba de una simple señal de respeto, una que hizo que el corazón se le subiese correteando a la garganta.

—Hasta esta noche.

Después, abandonó su dormitorio y cerró la puerta.

Viola se giró para desatar la bolsa. Pobre Jenny, tendría que volver a plancharle la ropa. Aun así, e incluso a pesar de la idea de todas sus prendas arrugadas y no tener nada que ponerse por la noche, no pudo aguantarse la sonrisa. Puede que no consiguiese un marido, pero sí que obtendría la experiencia de su vida, toda ella del brazo de un apuesto inglés. Aquel no era el material del que estaban hechos los cuentos de hadas, pero serviría.

Capítulo siete

Julian se debatió entre coger o no el decantador de vino que se encontraba en el buró y negó con la cabeza. Daba igual lo tentado que se viera a ello, ese no era el momento de embriagarse. Entonces, se quedó quieto al escuchar un crujido fuera, pero, no, no era ella. ¿Iba a pasarse toda la estancia de Viola esperándola? ¿Es que no tenía ni idea de cómo el simple hecho de que ella estuviese cerca hacía que el corazón le latiese a sacudidas?

¿En qué había estado pensado? Debería haber dejado que se marchase. Solo había intentado presentarle algún tipo de disculpa torpe. La idea de la joven llorando por él le provocó amargura. Él no merecía lágrimas, pero cuando se dio cuenta de que pretendía irse, le invadió algo extraño. Una desesperación salvaje. Ni siquiera fue consciente de lo que había hecho hasta que notó la flexión de los delicados huesos de su muñeca bajo las yemas de los dedos.

Así que su mente se aferró a la única razón práctica para rogarle que se quedara. Que experimentase Inglaterra de verdad. Hoy irían en carruaje hasta el castillo de Kenilworth. Él solo había estado allí una vez a pesar de que se encontraba a una hora de camino en coche de caballos. Supuso que era fácil no valorar esas cosas cuando las tenías en la puerta de tu casa.

Julian sacó su reloj de bolsillo y lo cerró de golpe. Nadie se enfadaría con ellos por no llegar a tiempo, aquello no era un baile ni un evento social importante. Sin embargo, juraría que estaba llegando tarde deliberadamente, solo para hacerle sentir como si se encontrase de pie sobre brasas. Cada minuto que le hacía esperar le inducía a imaginar qué estaría haciendo. ¿Estaría poniéndose las medias o dándose unos toquecitos de color en los labios? ¿Rociándose el cuello con perfume o recogiéndose un rizo tras la oreja?

El hombre había valorado enormemente aquellos momentitos femeninos de Sybil. Era posible que las mujeres no tuviesen ni idea de lo fascinante que era observarlas mientras se acariciaban la piel con los dedos.

Por fin, escuchó unas pisadas por los escalones y la observó subir las escaleras igual que la noche en la que cayó enferma. Aunque esta vez, en lugar de tener un aspecto pálido y trémulo, le dedicó una sonrisa. La vitalidad que desprendía era bastante intensa, y el hombre no pudo contener la sonrisa que le curvó los labios.

Le echó un vistazo de arriba abajo y paró al ver las piernas cubiertas por unas medias que asomaban de los bombachos verdes oscuros que se había puesto. Por Dios, llevaba pantalones. Había escuchado hablar de mujeres en Londres montando escándalos porque querían ponérselos para montar en bici, pero nunca lo había visto en persona. Al fin y al cabo, aquello era el campo. Intentó arrancar las pupilas del punto en el que los estrechos bajos se cerraban alrededor de los esbeltos gemelos, pero al parecer era incapaz.

—He pensado que debía vestirme acorde a la ocasión.

En ese momento, Julian alzó la vista de golpe hasta su rostro. Ya había avergonzado bastante a la chica. No había posibilidad de que le dijese lo inapropiada que era su forma de vestir.

—Pues muy bien. —Y le señaló la puerta—. ¿Vamos?

Le sorprendió que Viola enganchase el brazo al suyo. La mujer furiosa de ojos llorosos del día anterior había desaparecido. En ese momento, deseó que sus cartas le hubieran preparado mejor para el temperamento de la muchacha. Imprevisible no era la palabra.

Además, no debería gustarle.

Aquello que no podía preverse no encajaba bien con su vida. Así que no debería gustarle en absoluto.

Julian la ayudó a subir al carruaje y se sentó frente a ella. Pensó que aquella sería la mejor opción. Pero se equivocó.

En lugar de despreocuparse por que el trasero de la joven se chocase contra él, un trasero que no pudo evitar ver bajo el talle corto de la chaqueta de montar, se enfrentó a la molesta necesidad de observarla. Si continuaba así, lo más probable era que se subiese al primer barco de vuelta.

Mientras el coche les llevaba por el camino, más allá de los árboles y a través de la verja principal, se obligó a mantener la vista en las colinas onduladas de la campiña de Warwickshire.

Más tarde, dejaron atrás una encantadora posada que solía frecuentar antes de que Sybil falleciera y, entonces, le lanzó una mirada furtiva a Viola. Luego, el camino los condujo más allá de unas cuantas cabañas dentro de su finca. En ese momento, echó un vistazo en dirección a la muchacha y sus pupilas bajaron por ella hasta donde los tobillos cubiertos por las medias descansaban unidos con delicadeza.

Julian observó el estampado aterciopelado de las cortinas que había a ambos lados de la ventana.

Acto seguido, arrojó otra mirada a los tobillos. Las medias eran bastante gruesas y las habían tejido en el mismo tono verde intenso de los bombachos, pero aun así podía ver los frágiles huesos de los tobillos y la forma en la que se curvaban. Estaba bastante seguro de que jamás había encontrado más atractivo un tobillo y el Señor sabía que había estado con las suficientes mujeres como para haber visto muchos desnudos.

Durante la siguiente hora, intentó mantener su atención (y la de la chica) en el paisaje y las variadas edificaciones de la zona. Le señaló la iglesia en la que se había bautizado y algunos de los edificios más viejos del condado, y Viola lo observó todo con una curiosidad voraz. La mirada de fascinación sin adulterar en su cara hacía imposible no contemplarla. Lucía todas las emociones de una forma tan abierta... No había visto nada igual.

Al final, llegaron al pueblo de Kenilworth con cierta sensación de alivio. El carruaje los condujo por el puente y les llevó a la parte delantera del espléndido castillo. La piedra rojiza se cernía sobre las cabañitas y la vasta expansión de campo abierto que la rodeaba. Incluso a él le pareció impresionante.

—Dios mío —dijo la chica en un susurro, medio levantada para mirar por la ventana y admirar aquello antes de que el carruaje se parase del todo.

Cuando el vehículo por fin se detuvo, la joven se tambaleó un poco y Julian alargó las manos para sujetarla. Sus palmas se encontraron con unas caderas y un trasero muy coqueto. Acto seguido, las apartó como si quemasen, y la muchacha le dedicó una mirada llena de vergüenza.

—Sí que es magnífico.

Después, el caballero esperó a que el mozo le abriese la puerta y sacase los escalones de un tirón antes de salir y ayudar a su acompañante a bajar. La chica se levantó el ala del sombrero y observó las ruinas que se extendían ante ella. La antigua torre permanecía en pie, y también

había una muralla alrededor. El resto de la edificación seguía ocupando las hileras de la fortificación, pero no se encontraba en tan buenas condiciones como la parte normanda.

—Siento decirte que tenemos que subir la colina. —Y señaló el punto del terreno que se hundía en lo que un día fue el foso y luego volvía a alzarse en un ángulo pronunciado.

—Pues qué buena decisión he tomado al vestirme para la ocasión.

Maldita fuera, ¿tenía que seguir recordándole que bastaba con que bajase un momento la vista para tener una magnífica imagen de sus largas piernas?

Julian se dio cuenta de que había otros dos carruajes en el camino aledaño y divisó a un grupo de personas explorando las ruinas. Desde que se escribió un libro sobre el castillo, este se había convertido en un lugar que visitar cada vez más popular. Dudó un instante, pero Viola comenzó a caminar a largos pasos y se vio obligado a seguirla. No se le daba bien la gente, no desde que...

—Guau, mira eso. —Con una mano en el sombrero, la mujer se paró un momento para contemplar toda la vista del castillo—. Es precioso.

Él asintió aturdido. Precioso. Sí que lo era. El cabello caoba de la joven se alborotó al viento, un tirabuzón suelto se enroscó al lado de su cara y se le pegó al labio inferior cuando se giró para sonreírle. Precioso.

—Sabía que sería maravilloso, pero no esperaba que fuese así —continuó, y retomó la marcha de nuevo.

Julian se tomó un instante para recomponerse y dejó que se alejase unos pasos. No esperaba que fuese así. Atrevida, imponente, vivaz. El hombre frunció el ceño e intentó recordar cómo imaginó que sería cuando le escribía, pero la chica había sido una especie de ente sin rostro. No estaba del todo seguro de que le gustase saber lo atractiva que era. Eso hacía que resistirse a la idea de algo más fuese mucho más complicado.

Entonces, soltó un suspiro y fue tras la muchacha. Escribirle cartas y enamorarse de ella habían sido tareas fáciles. ¿Qué mejor forma de evitar a las mujeres que enamorándose de una que jamás podría tener?

Sus pies chapotearon en el lodo y este borboteó a su paso. La tierra todavía no había drenado la lluvia de los días anteriores, y lo que antes era la colina resultó ser un terreno particularmente resbaladizo. Finalmente, la atravesó como pudo y alcanzó a Viola, que continuaba el ascenso por el otro lado en dirección al castillo.

Los dos se pararon a admirar entre jadeos los muros rojizos.

—Se dice que la reina Isabel se hospedó aquí con su amante —le comentó con una sonrisa.

—Qué emocionante. Vamos, Julian.

La joven le condujo por el castillo, y él se sintió menos el guía y más el turista. Su entusiasmo enseguida le hizo olvidar al puñado de personas que estaban paseándose por las ruinas. De tanto en tanto, se paraba y la contemplaba alzar la mirada hasta los enormes muros y, cada vez que lo hacía, notaba una presión en el pecho, como si se le hinchase el corazón.

Para cuando terminaron de explorarlo todo, era casi la hora de comer, así que el caballero le señaló el carruaje y la chica bajó de un salto del muro bajo y derrumbado sobre el que se encontraba. En ese momento, Julian se dio cuenta de que había dos muchachas observando a la joven con caras de vinagre. Viola debió verle echar un vistazo en su dirección, porque se paró para mirarlas por encima del hombro y, cuando volvió a girarse hacia él, este se dio cuenta de que sabía tan bien como él lo que estaban pensando.

—Casi me sorprende que no esté fumándose un cigarro y bebiendo —murmuró una de ellas.

La otra se rio nerviosa.

—Encajaría bien en los clubs para caballeros.

Viola bajó la vista. Luego, les lanzó otra miradita y se acercó al lado de su acompañante. Entonces, este perfeccionó la expresión más de marqués que podía poner y pasó el brazo por el de la joven.

—Le agradezco que haya venido vestida como es debido, señorita Thompson —comenzó en voz muy alta—. Pocas damas tendrían tanta visión. Y he oído decir que la vizcondesa Harberton es prácticamente la patrocinadora de la ropa deportiva para mujeres de hoy en día. Prefiero mil veces la compañía de una mujer sensata.

La chica le observó durante bastantes segundos antes de que una sonrisa irrumpiese en su rostro.

—Refiérete a mi por mi título —le susurró.

Ella asintió a la vez que se le ampliaba la sonrisa.

—Gracias a usted, lord Lockwood —contestó igual de alto—. Me gusta vestir a la última moda y menos mal, es tan comodísima.

Acto seguido, las mujeres clavaron las pupilas en ellos y después se giraron con premura pata huir a toda prisa en dirección contraria. Si sabían algo de la alta sociedad, deberían conocer su nombre. Ojalá se sintiesen completamente avergonzadas de sí mismas.

—Vaya bultos con ojos —comentó el hombre en voz baja—. La señora Whittleworth ha preparado una cesta de picnic —le informó Julian mientras recorrían el camino de vuelta al borde de las ruinas—. ¿Te parece?

—Ah, sí, estoy muerta de hambre.

Los dos bajaron la loma de la colina. La chica se aferró a su brazo cuando se le escurrió un pie, y él tuvo que parar para asegurarse de que los dos no se cayeran de culo. Pero, cuando ya estaban llegando al pie de la loma, Viola volvió a resbalarse y esa vez sí que se le soltó el brazo del suyo. Y aterrizó sobre el trasero con un chapoteo.

Julian soltó un gemido. Qué bien se lo estaba haciendo pasar. Primero había sufrido los insultos de unas extrañas y ahora estaba cubierta del frío lodo inglés.

Pero, entonces, ocurrió lo más extraño que podía pasar. La joven alzó la vista hasta él, dio dos manotazos en el suelo a ambos lados de su cuerpo y empezó a reírse.

Él la observó durante un momento mientras las lágrimas de risa comenzaban a formarse en los ojos de la muchacha y a resbalarle lentamente por las mejillas. Aquella mujer estaba completamente loca. Por fin recuperó el aliento y le tendió una mano cubierta de barro. El hombre la tomó y la ayudó a levantarse, consciente del lodo aplastándose entre sus manos unidas. Al parecer le resultaba imposible dejar de mirarla. Era como si su cerebro no pudiese procesarla del todo. ¿Se reía con ella? ¿Se disculpaba por haberla dejado caer? ¿Es que ignoraba el hecho de que se encontraba cubierta de barro?

Al final se decidió por la disculpa y sacó su pañuelo para ofrecérselo.

—Lo siento.

—No lo sientas.

Luego, se acercó a él y se apartó un rizo del ojo.

Una mancha marrón le afeó la mejilla, así que Julian se acercó y le dio unos suaves toquecitos con el pañuelo para limpiársela.

—Ha sido maravilloso —le confesó la joven cuando él se apartó, tenso y sin aliento.

De repente, Viola le envolvió entre los brazos y le plantó los labios justo a la izquierda de la boca, pero aquel movimiento le pilló tan de sorpresa, que el hombre dio un respingo y encontró sus labios apretados contra los de la chica. Se quedó petrificado.

El calor y la suavidad se movieron sobre su boca. Acto seguido, un gemido surgió de sus adentros y no pudo evitar responder. Deslizó la lengua por el hueco húmedo y ella le sorprendió contestándole de la misma manera. Julian no la tocó. Lo tenía tan agarrado que no estaba seguro de que pudiese mover los brazos para hacerlo. El pensamiento difuso de que aquellas remilgadas pudiesen divisarlos, hizo que empujase más sus labios contra los de ella y por fin sacase los brazos para rodearla con ellos e inclinarla hacia atrás. Una necesidad feroz fluyó por su cuerpo y prendió fuego a sus sentidos. Si había alguien observándoles en ese momento, le importaba un comino. Lo único que le interesaba era el sabor sensual de Viola Thompson.

Cuando el hombre se apartó y la irguió, la chica tenía el sombrero doblado y los labios hinchados. Después, le ofreció el brazo y echó un vistazo atrás para observar que, de hecho, habían tenido público. Julian no pudo evitar sonreír para sus adentros. Lo probable era que se arrepintiese de besar a Viola al día siguiente, pero de momento, lo había disfrutado muchísimo.

Capítulo ocho

Viola se hundió placenteramente en el diván. Los cojines aceptaron su cuerpo con el suspiro de la tela, y ella no pudo contener el suyo de alivio. Todas aquellas nuevas experiencias... la habían dejado totalmente agotada.

Julian soltó el periódico y le dedicó una mirada de diversión mientras ella se tumbaba con aire dramático.

—¿Cansada, señorita Thompson?

—Exhausta, lord Lockwood.

—¿Entonces es posible que mañana nos tomemos el día de descanso?

La joven alzó la cabeza.

—Ah, no, desde luego que no. Un buen sueño reparador y me moriré de ganas de volver a salir.

Hasta entonces, Julian la había llevado por toda la zona de la región y a Stratford-Upon-Avon, donde Shakespeare vivió. No había visto tanta historia en su vida. Le fascinaban los viejos edificios de estilo tudor, con sus extraños ángulos y las preciosas vigas de madera, aunque también quería ver otras cosas.

—Me preguntaba si quizás podríamos coger el tren a Londres. Pasé por allí muy brevemente de camino aquí y no vi prácticamente nada.

—No. —Y el caballero volvió a levantar el periódico de golpe.

Viola lo miró boquiabierta.

—¿Perdona?

—Londres no —le contestó desde detrás de la hoja impresa.

—Pero, ¿por qué?

—No me gusta. —Y siguió sin bajar el periódico.

La muchacha miró el artículo con el ceño fruncido y se cruzó de brazos.

—Pues iré sola.

—No.

—Sí. Recorrí todo el camino hasta Inglaterra sola. Creo que puedo arreglármelas con un viajecito en tren a Londres. Además, Jenny puede ser mi acompañante durante ese día. Seguro que se pone contentísima.

Entonces, el periódico bajó con un susurro y, acto seguido, el hombre tensó la mandíbula y la apuntó con el dedo.

—No vas a ir a Londres y no vas a llevarte a Jenny.

—Julian, pese a que aprecio que me enseñes los alrededores y tu atenta hospitalidad, no eres mi marido.

Un temblor minúsculo pareció recorrer el cuerpo del marqués, y la chica notó cómo sus palabras hacían que agarrotase la postura, pero, sin embargo, continuó:

—No puedes decirme lo que tengo que hacer.

—Londres es demasiado peligroso.

—Entonces ven conmigo. Tú mismo dijiste en tus cartas que debería visitarlo algún día.

—Sí, pero desde luego que sola no.

La chica alzó las manos exasperada. Deseaba entender mejor a aquel hombre. Un instante estaba besándola con una pasión que no había experimentado jamás y siendo un anfitrión diligente y encantador, y al siguiente era brusco y absolutamente desagradable.

—Entonces ven conmigo —repitió entre dientes.

—¡Que no, joder! —Acto seguido, tiró el periódico a un lado y se puso de pie—. Londres no. No me des más la lata. No voy a permitirlo.

Viola luchó por contener el deseo de revolverse en su asiento y hacerse una bolita. No era la primera vez que presenciaba su humor, pero la última había huido de él. ¿Iba a volver a hacer lo mismo o debería permanecer con la cabeza alta? Había pasado la mayor parte de su vida doblegándose a la voluntad de los hombres, de su padre y hermanos, incluso de su prometido. Aunque el orgullo testarudo no mandaba sobre su reacción tanto como la curiosidad. ¿Por qué le afectaba tanto la idea de ir a Londres?

—¿Por qué no, Julian? —le preguntó en voz baja mientras se acercaba para ponerse delante de él.

El hombre la asesinó con la mirada a la vez que levantaba los hombros con actitud amenazante. De hecho, con aquel anchísimo pecho y la forma en la que se le dilataron los orificios nasales, resultaba verdaderamente amenazador, pero ella sabía que no le haría daño.

—¿No puedes olvidarlo? —masculló—. ¡Olvídalo y punto!

La muchacha se acercó otro paso, hasta que sus pechos estuvieron a punto de rozarse. El del marqués se agitaba de exasperación mientras el suyo hacía lo mismo a la vez que el corazón le tamborileaba contra las costillas.

—¿Qué es posible que te asuste tanto de Londres?

—¿Asustarme? Yo no estoy asustado.

Viola ladeó la cabeza para mirarle y le hundió una mano en el pecho. Sintió los rápidos latidos de su corazón incluso a través de la chaqueta, el chaleco y la camisa. El caballero se estremeció, pero no se movió. Puede que estuviese intentando probar su valor o quizás se sintiese igual que ella cerca de él: atrapada por su presencia. A lo mejor ese no era más que un deseo, pero, de cualquier manera, daba gracias por que no hubiese intentado darle la espalda.

—El miedo hace que el corazón te lata más deprisa. Que te suden las palmas. —Luego, tomó la mano de Julian con la que le quedaba libre y entrelazó los dedos con los del hombre—. No sé qué podría asustar a un hombre como tú, pero me gustaría saberlo. Me gustaría ayudar.

Él soltó una risita por la nariz.

—Si de verdad quisieras ayudar te darías media vuelta y te irías ahora mismo sin volver la vista atrás.

La joven se acercó con cuidado, estrechó la mano del marqués entre la suya y le frotó el pecho con la palma, como si así pudiese aliviar el dolor que latía en su corazón. No dijo nada. Viola simplemente alzó la vista para contemplarle y esperó. Tenía todo el tiempo del mundo para él.

—No pasa nada.

Luego esperó hasta que soltó un suspiro.

—No puedo ir a Londres. Ni estar rodeado de gente.

Entonces, Julian retrocedió lentamente y se separó de la mano de la chica. Después, se derrumbó sobre la silla y se pasó una mano por el cabello. Ella volvió a sentarse y se inclinó hacia delante, aguardando. El marqués le lanzó un miradita y alzó el vaso de *whiskey*. Acto seguido, lo hizo girar por el cristal con las pupilas clavadas en él.

—¿Te he contado que soy viudo?

—Sí.

—Por tercera vez.

La muchacha tomó aliento y permaneció callada. Ya lo sabía, pero aquello tenía que salir de él.

—Lucy y yo nos casamos muy jóvenes. Yo acababa de heredar el título y todas las responsabilidades que este conlleva. Por supuesto, una de las principales era engendrar a un heredero. —En ese momento, soltó una risa amarga por la nariz—. Lucy no era muy feliz conmigo y tampoco con ella misma, pero lo hicimos lo mejor que pudimos. En realidad, éramos unos niños. Murió de tuberculosis tras tres años de matrimonio.

Viola asintió y unió las manos delante de ella. Luego, retorció los pies y ansió ir hasta él y estrecharle contra su pecho, pero sospechó que no se lo tomaría muy bien, y necesitaba que se lo contase todo.

—En cierto modo pasé el duelo. No tanto por su compañía, sino por que hubiese perdido la vida tan joven. Después, conocí a Sybil. Su familia había comprado una propiedad enorme por la zona y mi madre se hizo amiga de la vizcondesa, y madre de Sybil. Pasamos mucho tiempo juntos y me enamoré de ella. Nos casamos pasado un año de la muerte de Lucy. Algunos dijeron que era de mal gusto, pero en ese momento no prestaba mucha atención a lo que pensasen los demás, y a mi familia le complació la idea de que por fin pudiese tener un hijo.

Pese a que una punzada de celos la atravesó con una quemazón, la chica se refrenó. Aquello no tenía que ver con ella, sino con Julian y el dolor, fuese cual fuese, que estaba reprimiendo.

—¿Cómo murió?

—En el parto.

En aquel instante, la mirada del hombre se encontró con la suya y la agonía que albergaba le atravesó el corazón como una bala. La joven tuvo que luchar por que los ojos no se le llenasen de lágrimas.

—Perdí a mi hijo y a mi esposa aquel día.

Las palabras quedaron suspendidas en el aire, huecas y llenas de angustia. ¿Qué podía decir a eso? ¿Cómo sería posible que consolara a un hombre que había pasado por tanto dolor?

—¿Qué...? ¿Qué hay de tu tercera mujer?

—¿De verdad que quieres saber todo esto? —Y ella asintió—. Conocía a Mabel desde mis años mozos. Siempre fuimos buenos amigos y creía que podríamos hacer que funcionase. Ella necesitaba un marido y yo una mujer. Sabía que no sería tan afortunado de encontrar a alguien a quien pudiese amar y, para ser sincero, el duelo me había consumido. No podía volver a querer a nadie en ningún sentido. Dos años después de casarnos, ella empezó a volverse distante. Pasábamos mucho tiempo separados y los cotilleos decían que compartía su tiempo con otros hombres. Yo los evitaba a toda costa con la esperanza de que los rumores fuesen falsos. Pero no fue así. —Tomó un sorbo de *whiskey* y dejó el vaso en la mesa—. Justo hace poco más de un año, me dejó una carta que decía que se escapaba con su amante. Dos días después me llegó la noticia de su muerte. A ella y a su querido les dispararon durante un robo a mano armada.

Llevándose una mano a la boca, Viola miró boquiabierta al hombre del que ciertamente había

comenzado a enamorarse. Pasar por tanta pérdida y traición..., no soportaba ni pensar en ello.

—Lo siento.

El marqués levantó un hombro.

—No soy el primero que pierde a su esposa por un amante. Aunque no muchos pueden decir que han perdido a tantas en brazos de la muerte en tan poco tiempo. Y esa, Viola, es la razón por la que no puedo ir a Londres. Los que me reconozcan van a evitarme y es probable que tú te veas mancillada por asociación. No desearía que pasases por eso.

—¿La gente te evita porque has perdido a tus mujeres?

—Sí. Creen que les causo la muerte. ¿No te has dado cuenta del poco servicio que tengo? —Y soltó una risita por la nariz—. Algunos de los chicos que reparten el periódico ni siquiera se acercan a la casa por miedo a «contagiarse» de la muerte.

—¡Pero eso es una tontería!

La mirada que le dedicó le dijo que no estaba seguro de aquello. ¿De verdad creía que era el responsable del fallecimiento de sus esposas? La muchacha se levantó y le tendió una mano. Él la tomó, aunque pareció no saber por qué. La confusión resonaba en su expresión.

Viola no suponía que pudiese convencerle de lo contrario y tampoco creía que pudiese ayudarle a superar la ansiedad que sintiese al encontrarse rodeado de gente. Sabía lo que era que hablasen mucho de ella. Incluso hacía poco, aquellas mujeres inglesas habían hecho comentarios sobre su ropa. Pero al menos podía consolarle.

En ese momento, alzó la mano del hombre, le rodeó y se posó sobre su regazo. A continuación, se envolvió con el brazo del marqués y frotó la cabeza contra su cuello. Él se puso tenso.

—¿Viola?

La barba le hizo cosquillas en la nariz y el aroma de su colonia le resultó tentador. Bajo su trasero se encontraban unos muslos duros y fuertes, aunque él era cariñoso y reconfortante. Entonces, le rodeó el cuello con un brazo y lo estrechó. La respiración del hombre comenzó a volverse más lenta y poco a poco relajó la mano que tenía sobre su cintura. Al final, la otra encontró su muslo y empezó a acariciarlo.

—Lo siento, Julian —susurró—. Siento haberte enfadado.

Él negó con la cabeza y empujó la cara de la chica contra la suya.

—Yo siento mi temperamento.

La joven sonrió pegada a su cuello.

—No es tan malo. Si recuerdas, he crecido con mis hermanos. Ellos también tenían un humor bastante terrible.

—Lo recuerdo. —Entonces, respiró hondo y su pecho se balanceó contra el de la muchacha —. Lo recuerdo todo —añadió en voz baja—. Siento no poder llevarte a Londres. Sencillamente es algo que no puedo hacer.

—Olvídate de Londres. —Y abrazó el cuello del hombre con fuerza—. Prefiero mil veces estar aquí.

Capítulo nueve

¿En qué había estado pensando? Si ni siquiera le gustaban los bailes. Julian echó un vistazo a la señora Whittleworth, que estaba esperando con él junto a la puerta. Luego, se tiró de la corbata, alzó la vista hacia las escaleras y aguardó. ¿Por qué siempre tenía que estar esperándola?

Se vio tentado a regañar a la ama de llaves por mencionar el baile, pero entonces le había parecido una buena idea. Le recorrían escalofríos por la espalda solo de pensar en hacer frente a Londres, pero una pequeña reunión... Podía hacerlo por Viola, ¿no? Si al menos no le sudasen las manos de pensar en encontrarse rodeado de toda esa gente. Obviamente, cuando le sugirió el plan (a la vez que rezaba para sus adentros por que no estuviese interesada) la muchacha se emocionó ante la idea de un verdadero baile inglés.

Él los odiaba con todas sus fuerzas. Igual que bailar. Y... Bueno, le gustaba beber, pero no de la forma en la que se esperaba que lo hiciese en esas ocasiones. Prefería apurar unos cuantos *whiskeys* en lugar beber a sorbitos algún vino y oporto.

Un Manchitas que no dejaba de ronronear eligió ese momento para ser sociable y acariciarle la pierna con el hocico. Julian negó con la cabeza y echó al animal a un lado de un empujoncito. Lo último que necesitaba era tener pelo de gato en los pantalones. Sin embargo, la mascota le lanzó una mirada lastimera y, al final, el marqués se inclinó para rascarle rápidamente detrás de las orejas.

Unos pasos en las escaleras anunciaron la llegada de Viola, y el hombre se incorporó tan rápido que creyó escuchar el crujido de sus propios huesos. Cuando la chica por fin hizo su entrada bajando por los escalones, reconoció que la espera había merecido la pena. La seda azul pálido resaltaba de una manera preciosa el cabello caoba, el cual llevaba enroscado en un intrincado peinado en el que se enhebraban unas florecitas del mismo azul. Las joyas resplandecían en su cuello y muñeca, y unos guantes largos atraían la atención a la esbelta extensión de sus brazos.

Quiso cogerla en brazos y llevarla a la cama en ese preciso instante.

La muchacha le sonrió al acercarse.

—Estás muy guapo.

—Tú estás... —A la mierda todo, ¿por qué no podía decirlo? Deslumbrante, exquisita, como la fantasía de cualquier hombre...—. Encantadora.

Puso una mueca para sus adentros. Dale papel y pluma, y era un verdadero maestro de las palabras, pero ponle una mujer bella delante y se convertía en un idiota incompetente.

—Gracias —le contestó con una sonrisa cómplice, como si entendiese lo mucho que le costaba.

Viola Thompson ya sabía demasiado de él. Apenas podía creer que se lo hubiese contado

todo hacía unos días, pero le resultó un cierto alivio soltarlo. Todo el mundo estaba al tanto de las muertes de sus esposas, pero nadie sabía la factura que aquello le había pasado ni los detalles íntimos, particularmente los del fallecimiento de su última mujer.

—Manchitas te da su aprobación —dijo como un tonto cuando el gato intentó frotarse con las faldas y estuvo a punto de perderse entre la tela.

—Y, gracias, Manchitas. —Luego levantó la vista hasta el hombre—. Le mimaría un poco, pero me temo que no puedo inclinarme con este corsé.

A Julian se le escapó una carcajada. Típico de Viola romper cualquier tensión hablando de su ropa interior. Lo único que esperaba era que no sacase esos temas en el baile. O puede que sí. Estaba claro que haría la noche más interesante, aunque preferiría arrancarse los ojos antes que arruinarle la velada. Había ciertas personas que no se tomarían bien que hubiese una estadounidense entre ellos, especialmente del brazo de un marqués. Todas las madres detestaban a esas ricas del otro lado del charco que venían a robarles a todos *sus* hombres. Tenía que asegurarse de mantenerla alejada de cualquier señora que perteneciese a ese grupo.

El hombre la ayudó a subir al carruaje y comenzaron su travesía. El atardecer llegó, se marchó y la noche, gracias a Dios, resultó ser relativamente clara. Nunca disfrutaba de viajar a oscuras por los caminos rurales. Viola parecía incapaz de sentarse quieta, así que Julian posó una mano envuelta en un guante sobre la de la joven. Ella le dedicó una sonrisa de agradecimiento, y él no pudo evitar pensar que la chica le ofrecía más consuelo que al revés. Igual que el otro día. Por primera vez en mucho tiempo se sintió satisfecho, en paz. Incluso habían dejado de reproducirse en su mente los pensamientos de rasgarle la ropa y llevársela a la cama. Bueno, quizás solo un poco...

La mayor parte de la gente que asistiría a Grovesbury no le había visto desde la muerte de Mabel. Unos cuantos habían ido a verle, y se había topado con uno o dos durante las visitas a los arrendatarios y los pactos de acuerdos con los granjeros, pero, sin embargo, para la gran mayoría, él había permanecido encerrado a cal y canto tras unas puertas cerradas. Iba a verse envuelto en muchísimos cuchicheos. El estómago se le revolvió de pensarlo.

—Espero que a lady... ¿cómo se llamaba?... no le importe que asistamos en el último momento.

—Lady Foxbury —le recordó—. Y no sabe que vas a asistir. Ni siquiera sabe que voy yo, pero soy un marqués, y los marqueses son bienvenidos en todas partes.

Viola soltó una risita.

—Por supuesto. ¿Hasta los marqueses como tú?

—¿A qué te refieres?

—Principalmente a los gruñones.

Ahí tenía que admitir la derrota ante su sinceridad. No era el tío más feliz del mundo. Al menos antes no lo era. No hasta que ella entró en su vida. Entonces, frunció el ceño. ¿En cuántas ocasiones se había reído o sonreído durante su estancia? Muchas, muchas veces. Su amor por la vida parecía obrar en su alma y desterrar un poquitín de oscuridad.

—Hasta los marqueses gruñones son bienvenidos en todas partes —le confirmó.

La muchacha apoyó el codo en el marco de la puerta y miró por la ventana.

—Me encantan los bailes. Bailar, la música...

—Yo los odio.

Viola giró rápidamente la cabeza con una media sonrisa en los labios.

—Sabía que los odiabas. Entonces ¿por qué te ofreciste siquiera a llevarme?

El hombre encogió un hombro. ¿Qué podía decir? «Haría lo que fuese para hacerte feliz.

Bailaría desnudo alrededor de Westminster por ti. Haría lo que fuese por liberarme de esta puñetera maldición y hacerte mía».

—Bueno, pues te lo agradezco. —Y le dio un apretón en los dedos a la vez que él se preguntaba si también habría envuelto con ellos su corazón, porque sintió que se le encogía un poco.

Cuando llegaron a la entrada de Grovesbury, la chica soltó los dedos de los suyos, y la tentación de tirar de ella hacia atrás, pedirle al cochero que partiese y llevársela a su cama le ardió con fuerza en la tripa. Julian no estaba preparado para aquella noche por muchas razones. No quería enfrentarse a toda esa gente, pero sobre todo no quería compartirla con ellos. Sabía perfectamente bien que los hombres asistentes se quedarían totalmente embelesados con ella.

Unas antorchas encendidas flanqueaban la entrada a la vieja casa. No era tan grande ni tan magnífica como Lockwood, pero Grovesbury databa de antes del periodo Tudor, y la entrada principal prácticamente se había mantenido en ese estilo. Sospechaba que Viola apreciaría la historia del edificio.

A continuación, esperaron tras la larga cola de recepción de los rezagados. Los compases de música escapaban a la deriva en el aire nocturno. Mientras el sonido debería haberle resultado reconfortante, solo consiguió que el pulso le latiese más rápido. La última vez que estuvo en un baile fue justo antes de la muerte de Mabel. Fue entonces cuando se dio cuenta del interés de su mujer por otro hombre.

Julian respiró hondo y mantuvo una postura rígida. Luego, echó un vistazo a Viola y se permitió dibujar una sonrisa. La joven contemplaba el edificio con la vista alzada y tal asombro que estuvo a punto de olvidar su recelo. La luz dorada jugaba con sus facciones y resaltaba los mechones más claros de su cabello. No debería quejarse. La mayoría de los hombres donarían toda su fortuna por tener la oportunidad de acudir a un baile con una mujer como aquella del brazo.

Lady Foxbury y sus hijas fueron amables y solo mostraron un ligero interés en Viola. Al parecer él les resultaba el más fascinante de los dos. Entonces, recordó que era probable que las tres chicas acabasen de presentarse en sociedad y que aún no hubiese oído hablar de su terrible reputación como asesino de esposas.

Cuando aquello terminó, condujo a Viola hasta el salón de baile. El aroma de la colonia en exceso y el bálsamo perfumado hicieron que pusiese una mueca. Los cuerpos se apretujaban en la pista de baile mientras el ocasional aullido de la risa cortaba los compases más dulces de la orquesta. Las lámparas de araña iluminaban la habitación por encima de sus cabezas. La temática medieval continuaba en aquella sala, desde los escudos hasta las espadas y los tapices. Un revestimiento de madera cubría casi cada centímetro del lugar. Si la boca abierta de la joven quería decir algo, estaba impresionada.

—Supongo que te gusta Grovesbury. —Y le pasó una copa de vino que cogió de una bandeja cercana.

—Ah, sí. —La chica se bebió el vino demasiado deprisa, lo que obligó a Julian a rescatar otra copa de un sirviente que pasaba por allí—. Quiero decir, tu casa es preciosa. Mucho más elegante, de eso no cabe duda.

—Imagino que esta atrae a la amante de la historia que hay dentro de ti.

La joven le dedicó una sonrisa tímida.

—Sí, totalmente.

—Pues no te emociones más de la cuenta. Esta casa tampoco tiene agua corriente y he oído decir que las habitaciones son incluso más frías que las mías.

Un toque de rosa se posó en sus mejillas y el hombre no pudo evitar sonreír.

—¿Cómo sabías que me he quejado de eso?

Julian levantó las cejas.

—Yo lo sé todo.

En ese momento, la chica se echó a reír y él examinó la sala con la mirada. Ya está, aquello no estaba tan mal. Podía pasar un rato hablando con ella y luego, con suerte, escabullirse a alguna sala tranquila en cuanto la muchacha recibiese algunas peticiones. Apretó la copa de vino que tenía en la mano e intentó hacer caso omiso a la idea de que odiaría ver que alguien más bailaba con ella. No era justo querer impedirle bailar.

A Julian se le cayó el alma a los pies cuando se dio cuenta de que las hermanas Alderton estaba acercándose. Las dos jóvenes habían sido amigas íntimas de Mabel y estaban al tanto de su aventura. Pensar en ellas hablando de él a sus espaldas hacía que se le hinchase el estómago. Aquellas mujeres no eran las criaturas más amables del planeta y posiblemente encontraron un tremendo deleite al saber que su esposa no se mantuvo fiel a él.

En ese momento, levantó la barbilla y perfeccionó su mirada más insensible. Las damas tontas no debían conseguir molestarle bajo ningún concepto.

—Señorita Alderton y señorita Prudence Alderton, ¿qué tal están? —Y agachó mucho la cabeza.

Las chicas, a las que solo les separaba un año de edad, se agacharon en una reverencia. Eran ligeramente atractivas y podrían haber llamado su atención durante sus años mozos. De cabello rubio oscuro y rasgos menudos, no parecían ni de lejos tan viles como lo eran en realidad.

—¿No vas a presentarnos? —preguntó Penelope.

—Esta es la señorita Viola Thompson. Viola, esta es la señorita Alderton y señorita Prudence Alderton.

—Un placer. —Y Viola les dedicó una sonrisa descarada.

—Ah, es estadounidense —exclamó Prudence.

—Así es.

—¿Y qué le trae a nuestra pequeña parte del mundo? ¿Y cómo ha convencido a Julian para que salga de su ventiladísima casa vieja?

Julian se mordió la lengua para no decir lo que le molestó que se dirigiese a él de una forma tan familiar. Aquello implicaba amistad, algo que nunca había sentido entre ellos dos.

—Estoy aquí de vacaciones. Julian sabía de mi amor por los bailes, así que se ha ofrecido a traerme.

¿Eran cosas suyas o se acercó a él en un gesto un pelín posesivo? Una parte de él se vio tentado a agarrarla de la mano y acariciarle el hombro solo para observar la reacción de las hermanas.

—Y ¿dónde se está hospedando? ¿En la posada Bell Inn?

El hombre puso una mueca. La estaban engatusando y él no era capaz de impedirlo. Dijese lo que dijese, Viola podía esperar una respuesta sarcástica. Al final, se rindió a la tentación y le tomó la mano. La chica le lanzó una miradita antes de responder.

—No, de hecho, me estoy quedando en Lockwood.

Las hermanas cruzaron una mirada. Penelope no contuvo el levantamiento de cejas.

—Dios mío..., qué tremendamente... audaz por su parte. ¿Su familia se encuentra con usted?

—No, estoy sola.

Maldita sea, típico de ella ser tan sincera. ¿No sabía lo que parecía? Lo más probable era que todo el mundo creyera que era su amante o algo por el estilo. Ahora iban a pasarse toda la noche

cotilleando sobre ellos.

Prudence le dedicó una sonrisa forzada, una teñida de rencor.

—Supongo que los estadounidenses no se preocupan mucho por las apariencias. Todos sois tan libres en cuanto a vuestros modales. Eso es lo que pasa cuando entran nuevos ricos en la alta sociedad, ¿no crees, Julian?

Estaba harto. No podía aguantar a aquellas mujeres ni un segundo más y no iba a permitir que las «hermanas malévolas» pasasen un momento más con Viola.

—No sabría decirles —le contestó—. Viola, ¿me harías el honor de concederme este baile?

La muchacha clavó las pupilas en él durante lo que le pareció un minuto entero antes de agachar la cabeza a modo de aprobación. Entonces, Julian la agarró del brazo y la guio hasta la pista para bailar un vals no sin antes murmurar «zorras» lo bastante alto como para que las dos mujeres le escuchasen. Acto seguido, notó cómo Viola se agitaba de la risa.

Cuando la tomó entre sus brazos, los ojos de la joven brillaban con júbilo.

—Eres terrible.

—*Ellas* lo son.

—Parece que casi todo el mundo odia a las estadounidenses. Y yo que creía que se suponía que los ingleses eran unos anfitriones buenísimos.

Luego, posó la mano en el hombro del marqués, y este sintió cómo se flexionaban las costillas de la chica bajo sus palmas. De alguna manera, las ballenas de su corsé le resultaron escandalosas, probablemente porque se estaba imaginando quitándoselo y tocando la pálida carne de debajo.

—Yo he sido un anfitrión excelente, ¿no?

Viola no contestó. Porque, en cuanto empezó a hacerla girar por la pista de baile, se quedó absorta. Igual que él. Había olvidado lo que era bailar con una mujer bella entre sus brazos. Mabel no disfrutaba bailando con él. En aquel instante, la multitud se desvaneció y lo único que les llevaba eran los compases del vals. Se vio envuelto en la esencia de la chica, y la sensación del cuerpo pegado al suyo le consumía.

—Esposas muertas —murmuró alguien.

La realidad estuvo a punto de estrellarle un guante en la cara. Entonces, otra persona susurró algo de nuevo. A todo su alrededor, la gente cotilleaba y le apartaba la mirada. Julian apretó la mandíbula e intentó concentrarse en la sensación de tener a Viola entre sus brazos, pero comenzó a respirar con más fuerza y la piel se le puso caliente.

—Necesito un poco de aire —anunció la muchacha de pronto.

Él asintió y la condujo hasta el balcón. Los pasos le llevaron hasta los jardines de forma cuadrada y le invadió una brisa helada. Respiró hondo bastantes veces, y no paró hasta que hubieron descendido los escalones y entrado en la relativa protección que les otorgaba los bojes.

—¿Te encuentras bien?

Julian le echó un vistazo de la cabeza a los pies y se dio cuenta de que aparentemente estaba perfectamente tranquila.

—Yo estoy bien. —Y posó una mano en su brazo—. ¿Y tú?

—Yo también —le contestó, tenso.

—No había necesidad de que bailases conmigo.

—Quería hacerlo. —Y, para su sorpresa, aquella declaración fue verdad—. Pero puede que la próxima vez no lo hagamos con tanta gente cerca.

Viola le tendió una mano y se colocó entre sus brazos. Al parecer había olvidado cómo usarlos, porque la joven tuvo que cogérselos y ponérselos alrededor de su cuerpo.

—¿Qué estás...?

—Chist.

Entonces, la chica ladeó la cabeza y la música volvió a envolverles otra vez por encima del ruido de la conversación y la risa. Luego, comenzó a moverse, instándole a bailar, y él, el hombre que aparentemente había asesinado a sus tres esposas, se encontró danzando en el jardín.

Y disfrutándolo, por el amor de Dios.

Cuando la música acabó, Viola soltó un suspiro que él dio por hecho que se trataba de alegría y, acto seguido, se retiraron a un banco cercano. La piedra estaba fría al tacto, y el marqués se desabrochó la chaqueta con la intención de dársela, pero ella le hizo un gesto para rechazarla.

—Todavía no tengo frío, especialmente con todas estas capas. —Y se tiró de las faldas.

Julian la observó mientras la joven comenzaba a bajarse los guantes y a sacárselos a tironcitos. Nunca le había parecido tan erótica la imagen de una mujer quitándose unos guantes, *solo unos guantes*. Luego dobló los dedos y el hombre vio que se le ponía la piel de gallina.

El aroma a madreselva irrumpió en su imaginación y arrancó una flor del árbol que había tras ellos para ofrecérsela y que la oliera. La muchacha inspiró y fue a cogerla de su mano, pero él no pudo resistirse, se la bajó por el brazo y luego la volvió a subir por él.

—¿Seguro que no tienes frío?

Viola negó con la cabeza en silencio.

El hombre le acarició el brazo arriba y abajo con la flor una vez más antes de colocársela detrás de la oreja. Después, jugueteó con ella hasta que quedó satisfecho y, a continuación, analizó la imagen que la joven conformaba. Estadounidense o no, encajaba perfectamente en aquel jardín campestre con sus enormes ojos azules y las largas pestañas. Con la nariz recta y la barbilla siempre alta.

—Tienes la piel de gallina —murmuró, dejándose llevar.

¿A quién quería engañar? Llevaba toda la noche dejándose llevar.

—No tengo frío —le susurró ella a la vez que levantaba la cabeza hacia él.

Julian se quitó un guante y lo puso encima de los de la joven, que descansaban sobre la piedra que les separaba. Le pareció de alguna manera significativo que aquellos accesorios con más bien poco sentido yaciesen uno encima del otro. Luego, usó un dedo para volver a acariciarle el brazo y notar la respuesta del cuerpo de la chica a su tacto.

—¿Estás segura?

Entonces, dejó que este se arrastrara hasta el hombro y descansara ligerísimamente sobre su barbilla.

Ella asintió.

—No es el frío el que me provoca esto...

No tuvo que terminar la frase. Era él. Él causaba un efecto en ella tanto como ella en él. Julian quiso lanzar un puño al cielo en señal de victoria. Incluso cuando su mente le recordó que no quería permitir que ella se involucrase con él, se descubrió inclinándose hacia ella. Acto seguido, utilizó una mano para sostenerle la nuca con la palma y ella se acercó lentamente para acortar la distancia que les separaba, les dio un golpe a los guantes y los tiró al suelo.

Entonces, los labios de la muchacha se abrieron. Le estaba invitando a entrar. Y él no tuvo oportunidad. Julian la besó. La besó igual que el hombre que rinde culto en la iglesia. Allí estaba una mujer tan bella, tan maravillosa que merecía pasar el resto de sus días siendo venerada.

La joven movió los labios con los suyos y le dejó probar sus secretos más profundos. El vino se posó en la lengua de la chica y el aroma a madreselva le inundó los sentidos. Viola pasó la lengua a ras de la suya, y él apretó más su boca contra la de la joven. Nunca se había sentido tan

lleno y a la vez tan hambriento de más. Necesitaba mucho más.

Con una mano todavía sujetándole el cuello, alzó la otra para ahuecarla sobre su pecho. Quiso maldecir el maldito corsé que llevaba puesto. El mismo que quizás le hiciese parecer la criatura más pecaminosa del lugar, pero que le impedía sentir suavidad total de sus senos.

La muchacha gimió contra su boca. En ese momento, Julian dibujó un camino de besos por su cuello hasta las clavículas. El hombre estrelló los labios contra ellas, ansioso por conseguir su premio. No sin algo de empeño, le levantó un pecho con esfuerzo y lo sacó de sus confines. Acto seguido, la chica ahogó un grito y enredó las manos en su cabello, y él agachó la cabeza para meterse la cima rugosa en la boca.

Nunca otra carne le había sabido tan bien.

—Julian.

La chica dijo su nombre con un suspiro y se meció contra él.

Él se apartó para observarla, para simplemente grabarla en su mente, con los labios hinchados y los senos escapándose de su vestido de forma escandalosa. Las madres inglesas podían quedarse con sus pequeñas puritanas inocentes. Él deseaba a aquella estadounidense extravagante.

Viola volvió a murmurar su nombre y se inclinó sobre él para besarle el cuello. A continuación, sus manos revolotearon por todo su ser y pasaron peligrosamente cerca de su miembro viril, que estaba forcejeando por que lo liberase. La idea de tomarla en ese momento y lugar se le pasó por la mente, pero no perduró. Estaba en público y ella era joven e ingenua, aunque tuvo que esforzarse para recordarse aquello por su actitud audaz. Y, si se guiaba por la forma en la que cayó a peso sobre él mientras intentaba mordisquearle la oreja, había bebido más vino de la cuenta.

Entonces, Julian le agarró las manos y le instó a retroceder.

—¿Julian?

Acto seguido, le tiró del corpiño hacia arriba y recogió sus guantes. Poco a poco, se puso uno y luego el otro. La culpa le atizó al ver la expresión afligida de la muchacha; tenía que tranquilizarla de alguna manera. Cuando terminó de colocarle el guante, le acarició la cara y le dedicó una sonrisa.

—Pones a prueba mi honor, Viola. Muchísimo. No subestimes lo duro que me resulta no tumbarte sobre el césped, levantarte las faldas y tomarte aquí y ahora.

La sonrisa radiante y el resplandor pícaro en sus ojos le dejaron dudando si habría dicho lo correcto. Sospechó que volvería a poner su fortaleza a prueba. Y, que el señor le ayudase, quería que así fuera. Quería caer en la tentación.

Capítulo diez

Viola encontró a Julian en la biblioteca. Le impresionaba lo en casa que parecía sentirse allí.

Solo con la luz de una lámpara de aceite a su lado y de otra que se encontraba sobre una mesita en una esquina de la enorme habitación, la oscuridad le envolvía casi por completo, pero el resplandor dorado revelaba lo bastante. Un fuego parpadeaba en el hogar e iluminaba la otra parte de la biblioteca. Los libros los vigilaban, igual que los pájaros que esperan en un tendedero. El olor a piel y papel antiguo la envolvió y se mezcló con el de la leña en la chimenea. Entendía por qué le gustaba estar allí. Era casi como encontrarse rodeado de viejos amigos.

Se fijó en que tenía los dedos manchados de tinta y en cómo fruncía el ceño mientras mantenía las pupilas clavadas en la carta que tenía ante él. Se encontraba tan absorto en su correspondencia que no la había visto entrar.

—¿A quién te estás quejando ahora?

En ese instante, el hombre levantó la cabeza de golpe y suavizó el gesto.

—A nadie, por una vez. Estoy escribiéndole a uno de mis hermanos.

—A uno de tus muchos hermanos —añadió la joven con una sonrisa.

Ella ya tenía bastante que lidiar con tres hermanos, y no podía imaginarse teniendo seis.

—¿Cuál es este? ¿El aficionado al juego? ¿El vividor?

—Ninguno de ellos. Este es Gideon.

—¿El más pequeño?

El hombre levantó las cejas como si le sorprendiese que lo recordase.

—Así es.

Por supuesto que lo recordaba. Había leído sus cartas una y otra vez. Acto seguido, Viola se acercó lentamente a la silla que alguien había arrastrado a un lado del escritorio. Casi con miedo de interrumpir su soledad, se sentó cuidadosamente en el asiento. El marqués había permanecido encerrado en sí mismo desde el baile, aunque no le sorprendía. Pese a haber estado maravilloso, encontrarse rodeada de toda esa gente observándoles le resultaba agotador hasta a ella.

—¿Qué puedo hacer por ti?

—Tengo noticias de un barco que zarpa hacia Estados Unidos en cuatro días. He recibido un telegrama hoy.

—Bramley me ha mencionado que había llegado uno. Aunque no ha dicho nada más.

Usó un tono hosco, como si tuviese que saber todo lo que ocurría en su casa. O, quizás...

No, él quería que se fuera, ¿no?

Todo le resultaba tan confuso. Un segundo estaba besándola e incluso... Bueno, aquello no tuvo importancia, y al siguiente volvía a ser el educado anfitrión.

—Debería coger el tren que baja a Londres pasado mañana y parar allí para pasar la noche.

Luego seguiré hasta Southampton, así me dará tiempo para comprar un billete.

—Ya veo. —Julian bajó la pluma y empujó la carta a un lado—. ¿Volveré a saber de ti? Quiero decir, seguirás escribiendo, incluso a pesar de saber que no habrá... —Y le lanzó una mirada de reojo.

—¿Boda?

Un nuevo calor corrió hasta las mejillas de la muchacha. Creía que ya se había sobrepuesto del bochorno, pero estaba claro que no. Sin embargo, la duda en su mirada conquistó en un abrir y cerrar de ojos cualquier pena que sintiese por sí misma. Realmente quería que continuase escribiéndole y, pese a que la idea de no volver a verle hacía que le doliese el pecho, le resultaba imposible imaginarse sin volver a leer sus cartas.

—No voy a dejar de escribirte, te lo prometo.

—Bien. —Y asintió satisfecho.

—De todas formas, me gustabas más sobre el papel.

En seguida, la sorpresa dio paso a la diversión y al marqués se le arrugaron los rabillos del ojo.

—Sí, supongo que la idea de casarte conmigo perdió atractivo en cuanto me conociste.

—Ah, no sé yo. Sigues teniendo cierto atractivo. —Y le dio un codazo.

—De cualquier modo, ¿por qué querías casarte con un desconocido? ¿No hay muchos hombres disponibles en Nueva York?

Viola hundió un poco los hombros. ¿Le contaba la verdad o se quedaba callada?

—Hay muchos, pero ninguno va a quererme.

El hombre se giró para mirarla a la cara.

—Deben estar locos.

—No, no lo están.

Entonces, se miró las manos y las giró en su regazo para permitir que las pupilas que se posasen en el tercer dedo de la mano izquierda. Julian aguardó en silencio, igual que hizo la chica dos días antes. Pretendía sacarle una confesión con su silencio. Y funcionó.

—Tengo que decirte una cosa —soltó antes de perder los nervios.

Tenía que contárselo todo sobre ella. Hasta el último detalle sórdido. Se lo debía después de todo lo que él le había confiado, de todo lo que había hecho por ella, ¿no?

Al hombre se le formó una arruga entre las cejas, pero continuó esperando.

—No soy virgen.

Ahí. Las palabras estaban ahí. Las mismas que la habían seguido a todas partes durante demasiado tiempo. Defectuosa. Rota. Echada a perder.

Julian no se movió. No la agarró del pelo y la arrastró por la puerta, pero comenzó a apretar la mandíbula y esperó.

—Me prometí cuando tenía diecisiete años. Mi padre había comenzado a amasar su fortuna y le venía bien unir lazos con él. El caballero era encantador y veinticinco años mayor que yo. Creí que estaba enamorada de él. —La chica puso una sonrisita—. ¿Ves? Soy material defectuoso. Dejé que me convenciera para meterme en la cama y unas semanas después rompió el compromiso y pasó a casarse con una mujer más mayor. Supongo que en realidad no quería una chiquilla inocente como yo por esposa.

Julian no relajó la mandíbula. Escuchó el rechinar de dientes hasta por encima de los pequeños estallidos del fuego. Una espiral de tensión se enrolló dentro de ella. ¿Él creería que era tonta? Su padre y hermanos declararon que fue su culpa. Y, por supuesto, la alta sociedad también la hizo responsable. Rupert continuó con su vida y disfrutó de un feliz matrimonio

además de aumentar su éxito mientras ella se quedó atrás, sumida en las sombras de la vergüenza.

—Estoy defectuosa. Nadie me desea. —Y se le rompió un poco la voz.

Llevaba tanto tiempo intentando olvidar la humillación. Y casarse con Julian le habría aportado muchísimo. Una nueva vida, recuperar su reputación. Su familia podría sentirse orgullosa de ella de una vez.

Antes de que se le escaparan las lágrimas, se levantó de un salto de la silla y se marchó ofendida. Ya se había avergonzado bastante delante de él. No podía permitir que presenciase más llanto. Y eso sin mencionar lo que más temía: ver el juicio en su mirada, la decepción al saber que se había entregado por completo tan fácilmente. Aquello fue lo único de lo que las cartas la habían protegido. El hombre nunca habría sabido toda la verdad.

Unos dedos fuertes se cerraron alrededor de su muñeca antes de que pudiese llegar a la puerta. Acto seguido, Julian le dio la vuelta, tiró de ella y la joven se dio de bruces contra él. El aire desapareció de sus pulmones, en parte por el impacto y en parte por la total confusión que le provocaba tener el cuerpo del marqués apretado contra el suyo.

—Yo sí te deseo. —Y sus labios, seguros y exigentes, descendieron sobre los de la chica.

Viola soltó un grito ahogado y el hombre le hundió los dedos en el cabello. Luego, escuchó unas cuantas horquillas caerse al suelo de madera y los rizos le cayeron por toda la cara. Como le hizo perder el equilibrio, la muchacha se tambaleó hasta que chocó con la espalda contra una estantería cerca de la puerta. Entonces, volvió a tomar aliento bruscamente, pero Julian solo lo aprovechó para empujar más los labios contra los suyos. Después, la lengua del caballero se combinó con la suya y exploró una parte de su boca desconocida para cualquier otro hombre. Nunca antes la habían besado así.

Al final, Julian retrocedió entre jadeos.

—Vales muchísimo —le dijo a la vez que la miraba fijamente a los ojos manteniéndola cautiva—. Tu prometido fue un completo idiota por no ser capaz de verlo.

En ese momento, le subió las faldas poco a poco, cada vez más y más. El tafetán crujió al rozarle la parte de arriba de los muslos. La chica ahogó otro grito cuando notó el calor de las puntas de los dedos del hombre tocarle la piel sensible que se encontraba justo bajo la costura de las braguitas.

—Ojalá llevaras un miriñaque —le susurró pegado al cuello.

Viola tomó un suspiro entrecortado a la vez que los labios del marqués trazaban un camino por su delicada piel. Le recorrió el cuello de arriba abajo con ellos. Arriba y abajo, arriba y abajo, bosquejando una senda entre la oreja y el hombro de la muchacha.

—¿Por-por qué? —le preguntó con los ojos cerrados.

Las sensaciones que le evocaba no se parecían a nada que hubiese experimentado antes. Le consumía la necesidad arrolladora de desplomarse entre sus brazos y suplicarle que le hiciese lo que quisiera.

—Así no sería tan fácil tocarte.

Entonces, el hombre dio un paso atrás, ella abrió los ojos y, cuando él deslizó una mano por la abertura de sus bragas, sus miradas se conectaron.

—Por Dios, Viola. ¿Por qué siempre estoy queriendo tocarte?

La chica se aferró con las dos manos a la estantería que tenía detrás, sacó el pecho y adelantó las caderas, como si se tratase de una ofrenda. Estaba preparada para él, abierta a él. Necesitaba que la tocase tanto como él sentía la necesidad de tocarla. No hizo falta que dijera nada. Él lo supo. No le costaba nada leerla, igual que con sus cartas.

En ese momento, le rozó sus partes con un dedo. La muchacha se estremeció.

—Otra vez —le exigió Viola.

Él repitió el movimiento sin apartar las pupilas de las suyas. Veía tanto en aquellos ojos grises. Puede que al hombre que le había escrito aquellas cartas. Al verdadero Julian Cynfell. Con una mirada enigmática y entre jadeos, se lo reveló todo mientras la tocaba de aquella forma tan íntima.

Comenzó a sentir un placer a punto de estallar muy abajo, y él continuó tocándola, una y otra vez. Siguió dibujando círculos hasta que dio con el punto justo que hizo que el aire se le quedase atrapado en la garganta. Este aumentó lenta, lentamente, y le asaltó el deseo de cerrar los ojos y concentrarse en la sensación, pero su mirada la mantuvo presa. ¿Qué veía en sus ojos?

Y, cuando le hundió un dedo en su sexo, la joven se arqueó. El cuerpo aceptó la invasión con gratitud. En la vida había necesitado saciarse tanto. Con una mano apoyada en un lado de la cabeza de la chica, Julian se inclinó hacia ella y la sujetó en el sitio con el pecho. Después, aquel dedo se movió con esmerada paciencia hasta que la muchacha no fue más que una masa trémula de deseo. Entonces, el pulgar volvió a encontrar su punto esencial y lo rozó. La chica se estremeció de la cabeza a las pantuflas. Acto seguido, se deslizó hacia delante una vez más para hundir el dedo más adentro de su ser y luego lo sacó con el mismo ritmo medido. Mientras tanto, el hábil pulgar la recorrió en círculos igual de cautelosos.

El éxtasis se extendió lentamente por su interior. Solo tenía que repetirlo unas cuantas veces más con la misma delicadeza para llevarla al límite. Una gota de sudor le hizo cosquillas por la espalda y movió la boca en unas súplicas mudas.

—Sí —le instó él. Otro círculo con el pulgar, otro lento empujón de su dedo—. Sí.

—Sí —repitió ella, sorprendida por lo lejana que le sonó su propia voz.

Y, en ese instante, mirándole a los ojos, capturada por su cuerpo y su presencia, llegó al apogeo del clímax. Este acudió en una ola lenta y tan dulce como su tacto. Consumió hasta la última parte de su ser. Sin aliento, excitada e igual de débil que un gatito, dejó caer la cabeza hacia atrás.

Julian le tocó la frente con la suya, llevó la otra mano hasta su cara y se la sostuvo en la palma. Las respiraciones del hombre se estrellaban con fuerza contra su rostro. Por qué parecía afectarle tanto su orgasmo, no lo sabía. Al final, cuando intentó apartarse lentamente de ella, la muchacha le rodeó el cuello con las manos.

—No.

—Si me quedo, te...

No acabó la frase, pero tampoco necesitaba decir nada. La joven notó la dura elevación de su deseo. Sintió la tensión de su cuerpo. La deseaba.

—Hazlo —le suplicó.

Acto seguido, Julian se apartó de golpe y la miró con el ceño fruncido. Puede que estuviese acostumbrado a llevar las riendas o a mujeres que nunca cayeron tan bajo como suplicar. Pero, en ese momento, lo único en lo que podía pensar era en lo mucho que ansiaba que aquel hombre y ella fueran uno. Si no iba a poder llevarse nada más de vuelta, necesitaba el recuerdo de Julian haciéndole el amor.

Él negó con la cabeza.

—Julian, hazme el amor.

Luego, bajó la mano y le agarró por encima de los pantalones. Este latió contra su palma.

Un jadeo resonó por toda la biblioteca. Viola alzó la vista para mirarle fijamente y volvió a suplicárselo sin palabras. Primero, vio en sus ojos cómo se resquebrajaban sus cadenas y,

después, en su cuerpo. Poco a poco, este se ablandó contra el suyo igual que una gran muralla que se desmorona. Entonces, la joven le pasó las manos por los hombros para tranquilizarle. Aquel bellísimo hombre estaba sufriendo tanto por dentro. Ay, cómo se moría por llevarse parte de ese dolor, incluso aunque solo fuese durante un momento.

Usando el cuerpo de Julian para hacer palanca y alejarse de la librería, le plantó los labios en la mandíbula.

—Tómame.

Y le besó la barbilla

—Hazme tuya.

Luego, la comisura de la boca.

—Hazme el amor.

Viola dejó que su lengua se deslizara por la unión de los labios del hombre.

—Aquí. Ahora.

Con un fuerte suspiro, sucumbió a ella y tomó la boca de la joven con un beso desesperado. Las manos encontraron su trasero y la agarró con fuerza contra él. La chica sintió la dura excitación del marqués pegada a ella incluso a través de las faldas. Entonces, se balanceó contra aquella rigidez con impaciencia mientras su cuerpo se prendía por la sensación.

Era casi demasiado. Unas manos ahuecadas la sostuvieron. Los músculos se apretaron contra ella. Los labios y la lengua la provocaron. Todas aquellas emociones arrolladoras hicieron que le temblasen las rodillas y tuvo que aferrarse a él por temor a derretirse igual que la cera de una vela en un día caluroso.

De pronto, el vestido se volvió demasiado pesado, demasiado ajustado. Quería quitárselo. Necesitaba estar piel con piel con él. Con la esperanza de que siguiera su ejemplo, deslizó las manos entre los dos para tirar de los botones de su chaleco. No pudo contener la risita nerviosa cuando la soltó para arrancarse la chaqueta y ayudarla. Enseguida se quedó solo con la camisa, y a Viola le temblaron las manos de necesidad mientras se la desabrochaba. Mientras tanto, él siguió besándola con firmeza y posando sus labios donde llegaba: la boca, el cuello, la mejilla, la frente.

Al final, Julian se arrancó la camisa, y un gemelo emitió un sonido metálico al chocar con la estantería. La joven tomó un suspiro entre los dientes y extendió las manos por el suave pecho. Acto seguido, bajó la vista y se dio cuenta de las ondulaciones en su abdomen y la pequeña senda de vello que bajaba hasta dentro de sus pantalones. Tenía la piel caliente al tacto y los músculos se arrugaron bajo sus palmas.

Aunque no le dejó disfrutar mucho de su cuerpo. Antes de que pudiese explorarlo por completo, el hombre comenzó manipular con torpeza el cuello del vestido y a aflojarlo para abrírselo. Después, soltó una maldición entre susurros, le dio la vuelta y agarró la espalda de la prenda.

En un momento salvaje, le desgarró el vestido. En aquel instante, Viola soltó un chillido, pero no pudo ignorar el latido vibrante que sentía entre los muslos. Luego, Julian volvió a girarla y le bajó el vestido de un tirón para revelar el corsé de escote pronunciado y los hombros desnudos.

—Lo siento —murmuró, aunque no sonó tremendamente arrepentido.

La chica le ayudó a bajarse las faldas por las caderas a empujones y, con un movimiento igual de brusco, le quitó de golpe el corsé y la ropa interior. En ese instante, un escalofrío pasó soplando por la piel de la joven y los pezones alcanzaron su punto álgido. Solo con las medias y las pantuflas, se sentía decadente y lasciva de la forma más bella posible.

Aquello no le pareció sórdido en ningún momento. Ni que era material defectuoso. De hecho, le hacía sentir valiosa y apreciada, desde por la forma en la que sus pupilas la rondaban hasta por cómo se le agitaba el pecho cada vez que respiraba hondo.

A Julian se le levantó el labio superior con un ligero gruñido, una especie de movimiento masculino que hizo que le temblasen las rodillas. Era como si se tratase del plato más suculento de la mesa y llevase semanas sin comer. Y, ay, cómo deseaba que la devorase.

Acto seguido, se quitó las pantuflas de dos patadas y se bajó las medias, consciente de que el hombre estaba observando cada instante a la vez que se desabrochaba los pantalones. Para cuando la muchacha se hubo desprendido de la ropa, él ya se encontraba desnudo frente a ella. Podría haber soltado una risita nerviosa por su impaciencia si no hubiese tenido una expresión tan amenazante y peligrosa.

Antes de darle un momento para pensar, ya estaba encima de ella. Duro contra blando. La aplastó contra él y la consumió. Sus besos le robaron la razón. Se llevaron su cordura. Luego, se enganchó la pierna de la chica a la cadera y le empujó la espalda contra la librería. Las estanterías se le hundieron en la carne, pero no le importó. El calor del cuerpo del hombre se llevaba cualquier incomodidad, y la forma preocupada en la que la tocaban sus manos consiguieron que lo olvidase enseguida.

Entonces, Julian empujó el miembro contra su coño abierto, y ella contuvo un aullido. En su vida había deseado algo tanto. Ni siquiera casarse con un lord inglés.

—Por favor —le suplicó.

Acto seguido, el hombre le subió más la pierna y le plantó unos besos en el cuello. Luego, volvió a balancear las caderas hacia delante, pero, aun así, solo consiguió tentarla con su excitación.

—Joder.

Al final, Julian la levantó, se rodeó las caderas con sus piernas y, en ese momento, la muchacha pensó que iba a tomarla así, la espalda hundida en la dura madera. A la vez que esperaba que no lo hiciera, deseaba tanto tenerle dentro que habría estado dispuesta a aceptar cualquier incomodidad.

Sin embargo, la llevó hasta la chimenea y la tumbó sobre el vientre en la mullida alfombra persa que había frente a esta.

—Llevo tanto tiempo queriendo ver ese culo... —confesó antes de empujar su cuerpo contra el de la chica.

La alfombra le hizo cosquillas en los senos y la barriga a la vez que la piel caliente del marqués la cubría igual que una manta. Entonces, el hombre le levantó cuidadosamente un poco las caderas, le separó las piernas y dejó las manos sobre la espalda. Sus dedos se entrelazaron con la primera embestida. La tomó rápido, pero con dulzura. Ella ahogó un grito cuando la llenó, y él le agarró las manos con más fuerza. El tejido de debajo coqueteó con sus partes. La respiración de Julian le soplaba con fuerza en el oído. Este susurraba su nombre y otras palabras cariñosas. Y gemía mientras empujaba. Una, y otra y otra vez. Lo único que la chica podía hacer era quedarse ahí tumbada y aceptar su forma de hacer el amor inclinando ligeramente las caderas.

Y fue perfecto. Julian tomó su cuerpo y lo requirió con hasta el último poro del suyo. En seguida, un dulce gozo creció en su centro. Con cada movimiento, la intensidad aumentaba hasta que se estremeció de la cabeza a los pies.

—Sí —dijo él en tono alentador—. Sí, Viola.

En aquel instante, la joven apretó los dedos alrededor de los del hombre y cerró los ojos con

fuerza. El latido de él dentro de ella y la fuerza que ejercía sobre su cuerpo hicieron que perdiese la cordura. La muchacha contuvo el aliento, de hecho, se olvidó de cómo respirar, a la vez que el palpitar del éxtasis se desvanecía por todo su ser. Cuando abrió los ojos y tomó unas bocanadas de aire, vio la tensión en las manos de su amante, la forma en la que sobresalían las venas en el dorso de estas. Luego, el hombre soltó un áspero gemido y se salió para esparcirse en sus nalgas.

Nada de Julian había sido como esperaba. Desde su forma de vestir hasta la manera en la que hacía el amor, pero no le importaba lo más mínimo.

Capítulo once

Después, permanecieron tumbados a la luz intermitente del fuego durante lo que pudieron ser horas. A Julian le daba igual. Podría yacer con ella para siempre. Observó la forma en la que el reflejo de las llamas bailaba por toda su piel y arrojaba sobre ella un precioso color dorado. Viola Thompson valía más que el oro, más que las joyas. Era posible que la hubiese amado desde la primera carta, pero ya no le cabía duda.

Entonces, le rozó el hombro y el costado con una mano antes de taparla con la manta que había robado de una de las sillas. La joven se retorció para tumbarse bocabajo sobre la alfombra y giró la cabeza para mirarle. Tenía un aspecto tan absolutamente cautivador con una mano colocada debajo del rostro. Se moría por recorrer su cabello revuelto con los dedos, sobrevolar su cuerpo arriba y abajo con las manos y encontrar su dulce sexo mojado para así poder darle más placer. Obviamente eso era lo que Viola Thompson merecía. Todo el placer del mundo.

Aunque no debería haber pasado. Hacer el amor con Viola había sido un error. Pero, ¿cómo iba a arrepentirse de algo así? Se sentía vivo por primera vez en mucho tiempo. De hecho, bastaba con pasar tiempo en su compañía para que fuese así. Y observarla. Estaba resplandeciente. Y no solo por la luz de la candela. Esperaba haber contribuido en cierta medida en convencerla de que no era material defectuoso ni era indeseable. Maldita fuera, si la excitación candente que fluía por su ser cada vez que veía su espalda desnuda quería decir algo, era muy muy deseable.

Julian empujó unos cuantos rizos caoba para apartárselos de los hombros y se incorporó apoyándose en un codo para comenzar a trazar círculos en su espalda. El hombre siguió los bultitos de la columna y le bajó las mantas para rozarle los hoyuelos que tenía sobre el trasero con la punta del dedo. En ese instante, se asomó la ligera curva que dibujaban las nalgas de la muchacha, y se le hizo la boca agua.

—Me haces cosquillas —protestó.

El marqués paró un instante antes de seguir el camino de vuelta hacia arriba.

—No puedo resistirme a tocarte.

—No tienes por qué. —Y le dedicó una sonrisa de satisfacción.

—Debería haberlo hecho.

—¿Por qué?

Julian se encogió de hombros.

—Lo he olvidado.

Viola se rio.

—Entonces no lo hagas.

—Viola, yo...

Pero las palabras se le atascaron en la garganta. No debía decirlo. Tampoco estaba seguro de saber cómo hacerlo. Complicaría las cosas, le daría esperanzas, pero también era importante para ella ser consciente de lo mucho que la quería. No deseaba dejarla pensando que había hecho aquello por simple lujuria o creyendo que no valía nada.

—¿Qué pasa?

—Yo...

El hombre tomó aliento y clavó las pupilas en la espalda color crema.

—¿Por qué no lo escribes?

Entonces, la observó.

—¿Escribirlo?

—Sí, siempre te expresas tan bien por carta.

—Bueno..., yo...

Sí, llevaba razón. Siempre se le había dado mejor la palabra escrita, incluso de niño. Pero en ese momento se sintió un estúpido. Al final devolvió la concentración a la preciosa piel de la chica y a la forma en la que le calentaba las puntas de los dedos.

—Querida Viola —comenzó a la vez que dibujaba las palabras en la espalda de la joven y se sentía un idiota.

Ella simplemente soltó un ruidito de satisfacción y le contempló mientras escribía su carta.

—Nunca vas a saber lo mucho que tu correspondencia ha llegado a significar para mí. En las horas más oscuras, tú estabas ahí para arrojar luz. Igual que un ángel, me has salvado de muchos momentos lúgubres. —Y continuó trazando las letras ensortijadas sobre su piel y notó la forma en la que el cuerpo de la chica se agitaba cada vez más a medida que su respiración se convertía poco a poco en jadeos—. Tengo poco que ofrecerle a una mujer. Sí, cuento con riquezas y un título, pero no soy un hombre de palabras o acciones delicadas. Tengo temperamento y estoy acostumbrado a hacer las cosas a mi manera. Si fuese un hombre mejor, uno diferente, te ofrecería el mundo. Pero, de momento, he de decirte... —Pero se le puso la boca seca.

—¿Sí? —Le dio pie.

—He de decirte que jamás un hombre ha amado a una mujer como yo te amo a ti. —La joven emitió un sonidito de «oh», pero él no se atrevió a mirarla—. Tú eres la que me ayuda a superar cada día. Si pudiese, me pasaría el resto de mi vida adorándote de rodillas. Para mí, eres como el aire, igual que el agua. No puedo sobrevivir sin ti. —Y por fin cayó en la tentación de observarla.

Las lágrimas le brillaban en los ojos. Entonces, se acomodó junto a ella, le rozó la cara para llevarse una lágrima y le besó la mejilla.

—Solo debes saber que eres querida —le dijo en voz baja—. Has de saberlo, pase lo que pase en tu vida.

La chica asintió tomó un ruidoso suspiro.

—Igual que tú.

A Julian le pareció que estaba a punto de estallarle el pecho. En ese momento, eso era lo único que importaba. Iba a aferrarse a ello, atesorarlo, alimentarlo. Incluso si la muchacha se casaba y dejaba de escribirle, recordaría aquello y esa sería su guía durante el resto de sus días.

—Ven aquí —le susurró mientras la ponía de lado y luego a horcajadas encima de él.

Acto seguido, observó detenidamente sus dulces senos y levantó una mano para sostenerlos en la palma.

Lo de antes había sido demasiado frenético. No había tenido la oportunidad de apreciarla del todo, pero aquella era la ocasión. Entonces, le rodeó los pechos a la vez que sentía su peso y, después, envolvió el pezón turgente de la muchacha entre el pulgar y el dedo índice. En ese

instante, la joven inhaló sobresaltada, y aquello le sacó una sonrisa. Acto seguido, giró el dedo una y otra vez hasta que provocó que el bultito se pusiese aún más turgente. Luego, la inclinó hacia delante, se metió la perlita en la boca atrayéndola con la lengua y, entonces, ella enredó las manos en su cabello y gimió.

A continuación, Julian dedicó su atención al otro seno para después volver al anterior. De un lado a otro, de izquierda a derecha. La saboreó hasta que la muchacha se retorció contra él. Apretó la mandíbula al notar su sexo empapado, pero antes tenía que degustarlo. No iba a rendirse al instinto animal que le rogaba que la agarrase por las caderas y se metiera en ella a la fuerza. Viola no tardaría en abandonarle, y tenía que sacarle el máximo partido.

Al obligarla a retroceder, permitió que sus pupilas se detuvieran en aquellos senos turgentes a la vez que el cabello le dejaba caminitos caoba por la piel de porcelana. Acto seguido, Julian devolvió su atención al monte sobre los muslos y pasó el pulgar por los rizos de este. La joven cerró los ojos y las pestañas le abanicaron al encontrarse con la piel. Joder, no había visto nada igual en su vida.

Viola se movió sobre su tacto y soltó un suspiro tan sutil que él no debería haber sido capaz escuchar con el crepitar del fuego, pero lo hizo. Era consciente de todo su ser, desde la forma en la que su cuerpo subía y bajaba como la marea al tocarla hasta cómo la piel se le ponía de gallina cuando simplemente le rozaba sus partes más sensibles.

Se tomó su tiempo para tocarla, para observar cómo se movía, para aprender sobre su cuerpo y, luego, con las manos puestas en su trasero, la instó a adelantarse para tocar su centro con la lengua.

—Julian...

Pero él acalló la protesta ahogada con un fuerte lametón y finalmente la joven se relajó sobre él. Mientras tanto, él la mantuvo sujeta lamiéndole con firmeza, mordisqueándole y besándole con dulzura el interior de los muslos y, cuando volvió a desplazarse hasta su núcleo, la muchacha se movió con él a la vez que los aullidos abandonaban sus labios.

Aunque intentó ser paciente, su excitación latía desesperadamente por ser liberada. En cuanto comenzó a corear su nombre, se rompieron sus cadenas y la bajó para meterse dentro de ella. La tomó con un movimiento suave a la vez que observaba cómo los ojos se le ponían como platos. No creía que pudiese llegar a acostumbrarse a estar dentro de aquella mujer. A él siempre le consumiría. La sensación se parecía demasiado a la de dos almas encontrándose.

En ese momento, Viola movió las caderas en círculos en una forma experimental y él solo pudo apretar los dientes.

—Dios todopoderoso —siseó mientras agarraba las ya nombradas caderas.

Tomando el control, le enseñó cómo moverse encima de él. Desde aquella postura, podía observar cómo se adentraba en ella. La agradable sensación que bullía por sus venas se convirtió en fuego. Se sentía como si fuese un tren a vapor que simplemente se encontraba esperando a desatar toda su fuerza y poderío.

La chica ganó velocidad y Julian perdió la paciencia. Estaba demasiado buena, demasiado apretada, demasiado guapa. ¿Cómo se podía esperar que un hombre se controlase cerca de una mujer así?

—Ay, Julian —jadeó.

La embistió y la embistió y se aferró a sus caderas hasta que notó que la joven se tensaba alrededor de su ser y esta se desplomó hacia delante. Con el cuerpo palpitando alrededor de él, la bajó con cuidado y la tumbó en la alfombra. Entonces, Julian se zambulló en ella sin pensarlo y volvieron a unirse. Allí, encima de la alfombra, en su habitación favorita, se dejó llevar por la

dicha hasta que se derramó sobre el vientre de Viola. La chica alzó la vista hasta él y sus miradas se conectaron en el último momento importante antes de que el orgasmo consumiera su cuerpo. Y, en aquel momento, supo que la amaría para siempre.

Capítulo doce

Viola soltó un quejido. Le dolía todo el cuerpo, y había algo inmovilizándola contra el suelo.

Acto seguido, abrió lentamente un ojo y volvió a gemir. Unos gruesos haces de luz entraban resplandecientes en la habitación y le hacía daño a la vista. Se arrojó un brazo sobre la cara y echó un vistazo desde detrás. El cosquilleo de debajo le recordó que se encontraba tumbada en una alfombra. El brazo fuerte sobre su barriga le hizo rememorar quién yacía a su lado.

Y qué habían hecho exactamente la noche anterior.

La amaba. En ese momento, se apartó el brazo y le observó con detenimiento. El cabello le caía ligeramente por la cara apretujada contra la alfombra. Viola puso una mueca. Estaba muy bien para hacer el amor encima de ella, pero no era un lugar sobre el que dormir. Aunque, ¿quién tenía la culpa de aquello? Julian había reclamado totalmente su cuerpo. También le dolía un poco ahí, pero de la forma más agradable posible.

Entornó los ojos para mirar el reloj de la repisa de la chimenea e intentó descifrar la hora, pero no pudo decir dónde estaba cada manecilla. El hombre soltó un gruñido cuando intentó apartarle el brazo con un empujón. Y fue un sonido verdaderamente adorable. Sintió la enorme tentación de quedarse y observarle dormir, pero ¿y si llegaba alguien y los encontraba así? Lo cierto era que posiblemente el escándalo no la siguiera hasta Nueva York, pero aun así no quería sufrir aquella vergüenza.

Nueva York. Le pareció que estaba a un mundo de aquella casa de campo. Sí, echaba de menos el agua corriente y las habitaciones calentitas. No estaba muy segura de que le gustaran los crujidos que hacía el viejo edificio por la noche, y la verdad era que parecía llover muchísimo en Inglaterra, pero nada de eso importaba cuando se encontraba junto a Julian o de excursión por la campiña. Deseaba ir corriendo de acá para allá por los campos abiertos, trepar árboles y explorar ruinas, hasta cuando llovía. Y en Nueva York no podía hacer nada de eso.

Sin embargo, el marqués no le había hecho ninguna oferta. ¿Se la haría? Después de todo, la amaba. Ayer hablaba con tanta pasión. ¿De verdad sería capaz de despacharla de allí? Ella no deseaba marcharse. En cambio, se casaría con él inmediatamente, de eso estaba segura. Aunque había hablado de que ella le escribiera. Eso significaba que quería que se fuera, ¿no era así?

La muchacha frunció el ceño al escuchar el sonido de los cascos de unos caballos por la gravilla. Y volvió a empujarle el brazo.

—Creo que tienes visita.

—¿Qué?

El hombre levantó la cabeza y la observó, todavía dormido.

Viola luchó contra el deseo de tumbarle para darle un beso. No le cabía duda de que al marqués no le gustaría mucho que pensase en él como alguien adorable, aunque en realidad lo

fuese.

—Julian, hay alguien fuera.

Ya no había duda. Escuchó las voces y el ruido de las ruedas de un carruaje.

En ese momento, él volvió a levantar la cabeza, la besó y flexionó los brazos para sentarse.

—Vale, voy a ver quién es. Probablemente solo sea alguna entrega. —Y, acto seguido y espléndidamente desnudo, se acercó a grandes pasos hasta la ventana.

Viola se mordió el labio mientras observaba detenidamente la tensa redondez de su trasero. Ojalá hubiese tenido más tiempo para apreciarlo la noche anterior. En cambio, si pudiese convencerle para que quisiese tenerla cerca, podría tomarse todo el tiempo del mundo para disfrutarlo.

Al hombre se le tensaron los músculos de la espalda en cuanto miró a través de las cortinas.

—Maldita sea.

—¿Qué pasa?

Entonces, Julian la miró a la cara con una expresión sombría.

—Mi madre.

La chica notó cómo se le ponían los ojos como platos. Un agua helada corrió por sus venas. Julian le había hablado un poco de su madre y sus exigentes estándares. Y allí estaba ella, desnuda, con una manta. Vaya forma de conocer a la mujer que esperaba que se convirtiese en su suegra.

—Ay, no.

Buscó sus prendas por la habitación con la mirada. Las faldas permanecían en una especie de charco en el suelo y la ropa interior había acabado lanzada por los aires. Corriendo, se puso de pie y encontró sus bombachos y se los puso de un tirón. Julian hizo lo mismo, se colocó los pantalones y metió los pies descalzos en los zapatos. Un instante después descubrió que su corsé estaba colgado en una escalera de mano y soltó un gemido. Era imposible que se lo pusiese a tiempo y, además, el hombre había dañado la mayor parte de los cordones.

—Déjalo —le ordenó—. No hay tiempo. —Y volvió a mirar por la ventana—. Ya ha entrado en la casa.

—Ay, señor.

Viola se puso como pudo el resto de la ropa interior y lanzó el corsé a un lado. Acto seguido, se metió en las enaguas y la falda y tiró del pesado vestido para subírselo. Oh, no. También había rasgado eso. ¿Cómo se le podía haber olvidado?

Una voz imponente y femenina resonó por la casa y comenzaron a sudarle las palmas de las manos. El vestido se quedaba bastante bien en su sitio, pero si se giraba quedaría claro que no se lo había atado como era debido. Y eso sin mencionar las arrugas de la tela. Y su pelo. Ay, Dios santo, el pelo.

Entonces, se puso a rebuscar las horquillas y le echó un vistazo a Julian. Ya se había puesto la camisa y el chaleco, y estaba abrochándose los botones como un loco. Tenía un aspecto presentable... Al menos más que el suyo. En ese momento, encontró un par de horquillas extraviadas que seguían entre el pelo y se las apañó para sujetarse unos mechones y mantenerlos apartados de su cara.

—Julian... —Y se señaló la espalda—. Mi vestido.

El hombre le dedicó una ojeada y puso una mueca. Unos pasos crujieron en el pasillo de fuera mientras el corazón de la chica rebotaba al compás.

—Ya es demasiado tarde. Ven aquí.

Julian le hizo una señal para que fuese hasta su lado y le pasó un brazo protector alrededor.

No estaba seguro de si aquello era mejor o peor.

De pronto, la puerta se abrió para revelar a una mujer elegante vestida con una chaqueta y una falda maravillosamente confeccionadas. Las rayas alargaban su figura y hacían que pareciese más alta a la vez que la barbilla levantada realzaba las ínfulas de insensibilidad. El rojo intenso de la ropa realzaba a la perfección el cabello oscuro y veteado con un toque de gris. Viola no se había sentido más pequeña ni desaliñada en su vida.

La mujer levantó una ceja oscura al observarlos, y la muchacha se dio cuenta de dónde había sacado Julian sus miraditas. Incluso a su edad, resultaba imponente.

—Madre —la saludó él—. Creí que no volvería hasta dentro de un mes.

—El tiempo era nefasto y el pecho de lady Fothergill no lo estaba llevando bien, así que decidimos volver.

Las pupilas de la señora recorrieron a Viola y Julian la agarró con más fuerza.

La muchacha se apoyó en él, agradecida por la cálida fuerza que le aportaba el brazo que la rodeaba. Su madre entornó la mirada.

—¿No vas a presentarnos, Julian?

—Por supuesto. Madre, esta es la señorita Viola Thompson. Viola, esta es mi madre, lady Lockwood.

—Es un placer, mi lady. —Y se agachó, consciente de que llevaba el vestido abierto por la espalda.

—Eres estadounidense.

Aquella afirmación prácticamente estuvo cargada de frialdad, y la ceja que había permanecido levantada todo ese tiempo subió un poquito más.

—Lo soy, mi lady. De Nueva York.

—Madre, Viola ha venido a visitar los lugares de interés —añadió él.

—¿Qué lugares de interés podría visitar en la biblioteca? —Y la mujer agitó una mano—. Julian, tengo que hablar contigo.

Acto seguido, dedicó una mirada incisiva a la chica.

¿Cómo iba a ser capaz de pasar junto a la mujer a hurtadillas sin dejarle ver la espalda? El pánico se aferró con fuerza a su pecho. ¿Podía empeorar algo más aquella experiencia? Lo único que necesitaba ya para que la humillación fuese completa era que el vestido se le cayese del todo.

—¿Tan pronto? —le preguntó su hijo—. ¿No te gustaría tomar antes una taza de té? Debe haber sido un largo viaje.

—Ahora, Julian —le ladró su madre.

Entonces, el marqués le dedicó un ligero apretón en la cintura y la soltó.

—Ya que estás aquí, ¿te importaría echarle un vistazo a esto? —Y le señaló una carta sobre el escritorio.

Lady Lockwood se hizo a un lado y le dio a Viola la oportunidad de avanzar de costado para evitar mostrar la espalda. Luego se despidió con un murmuro y le ofreció una pequeñísima reverencia antes de marcharse a prisa mientras Julian distraía a su madre. En aquel instante, sus pupilas recayeron en el corsé, que colgaba de un candelabro de pie. Ay, no. Entonces, lo cogió de un rápido tirón, le lanzó una última mirada al marqués y salió corriendo por la puerta.

Una vez segura en el pasillo, se paró y hundió la espalda en la pared. La desaprobación de lady Lockwood no podía ser más cristalina. Puede que fuese porque la había pillado en una situación comprometida o porque venía de Estados Unidos, aunque sospechaba que por ambas. Viola reconoció la forma en la que la madre había dicho *estadounidense*. Como si fuese una palabrota. Posiblemente la habría aprobado más si hubiese sido inglesa, con título y hubiese

estado completamente desnuda.

Aunque eso daba igual, ¿no?

—¿Quién *es* esa mujer? —La escuchó preguntar.

Viola puso los ojos en blanco por el tono que usó.

—La señorita Viola Thompson, madre —le repitió Julian—. Se lo he dicho hace un momento.

La joven tuvo que taparse la boca para evitar que se le escapase una risa por la nariz ante la forma deliberadamente condescendiente en la que le había hablado.

—Hijo mío, no estoy senil, recuerdo perfectamente su nombre. Pero, ¿por qué está aquí y de qué la conoces?

—Es la hija de un socio comercial. Ha venido a...

—Visitar los lugares de interés, sí, ya lo sé —dijo su madre con impaciencia—. Pero ¿por qué está aquí? En la casa. —Viola prácticamente pudo escuchar como entornaba los ojos hasta dejar abiertas solo unas rajitas—. No sigues con ella, ¿no? Ya es bastante malo que te niegues a buscarte a una esposa. No me digas que estás manteniendo una aventura con una *estadounidense*.

Ahí estaba de nuevo. Ese tono amargo. Como si no fuese más que un insecto. Viola no contuvo la curva que se le dibujó en los labios, molesta. No podía enfrentarse a la marquesa, pero tuvo que poner todo su esfuerzo en permanecer tranquila.

—No mantengo ninguna aventura con ella —le contestó Julian en un tono seguro.

Bueno, suponía que en realidad no podía contarle que habían estado haciendo el amor sobre la alfombra hacía solo unas horas.

—No es nadie.

Nadie. Las palabras repiquetearon en su cabeza igual que un disparo. Nadie. ¿De verdad no era nadie para él? ¿Todas sus esperanzas acababan de volver a hacerse añicos? En ese momento, la muchacha se apretó el pecho con la mano igual que si acabase de notar un tremendo dolor latente en él. Se le formó un nudo en la garganta.

—Bien. No me gustaría nada verte desperdiciar el tiempo con una chica así. Las estadounidenses no tienen elegancia ni modales, Julian. La mitad son muy ligeritas de cascos.

Viola no se quedó a escuchar el resto. Oír ese veneno incapaz de contestarle le dieron ganas de gritar y entrar en cólera a la vez que hacerse un ovillo del dolor. Había vuelto a demostrar que era una estúpida, ¿no? Por esperar algo que no iba a suceder. Si su madre no podía aceptarla, nadie más lo haría en Inglaterra.

Acto seguido, se apresuró escaleras arriba y se lanzó a la cama. Las lágrimas le ardían en los ojos, y las dejó caer y que empaparan la almohada. Si el rechazo de Julian le hubiese dolido menos, puede que le hubiese plantado cara a la anciana. ¿Quién era ella para arrojar calumnias a su persona? Aunque el problema era que llevaba razón. Viola no era muy elegante y no comprendía el protocolo inglés. Tampoco estaba segura de poder controlar la soltura con la que hablaba, daba igual cuántos libros hubiese leído sobre el tema. Y ya no tenía tan claro que quisiese conseguirlo. Si eso significaba comportarse como la marquesa o las mujeres del baile y del castillo, no. Prefería ser una vulgar estadounidense a una inglesa amargada.

Luego, se incorporó hasta sentarse mientras se secaba los ojos enfadada. Y empezó a hacer las maletas otra vez. Aunque aquella vez no iba a convencerla de lo contrario. Julian no iba a persuadirla con sus humildes disculpas para que se quedara. Nada iba a convencerla de que pertenecía a aquel lugar.

Excepto, quizás, una confesión de amor y una pedida de mano.

Viola se sacó una sonrisita a sí misma. Era una completa estúpida. Eso no iba a pasar.

Capítulo trece

Julian se sentía igual que si hubiese aguantado diez rondas en el cuadrilátero después de tratar con su madre y persuadirla para que se quedase en sus estancias. Compartir una casa con aquella mujer podía resultar difícil, así que agradecía el tamaño del edificio tanto como la ocupada vida social que tenía. Aun así, después de la bronca que le había echado, no creía que le dirigiera la palabra hasta dentro de bastantes días. Pese a que detestaba la idea de que fisgoneara en sus asuntos, tampoco podía permitir que lanzara calumnias contra Viola.

Entonces, se pasó una mano por el rostro. Solo esperaba que no se hubiese sentido demasiado humillada por que la hubiesen descubierto así. Luego, subió las escaleras para buscarla con una sonrisa en la cara. Viola Thompson estaba hecha de otra pasta. Si había conseguido sobrevivir al veneno de las hermanas Alderton y de las señoras del castillo, podría hacer lo mismo con su madre.

El hombre tomó aliento al pararse en la puerta. Hasta la última fibra de su ser vibraba por la expectativa. La noche anterior... Señor todo poderoso, la noche anterior había sido la mejor de su vida. Amó a Sybil, de eso no le cabía duda, pero aquella emoción fue joven, algo así como una versión atenuada del amor. Ella era apropiada, una dama, la esposa perfecta. Y la había adorado por ello, pero Viola era lo contrario. Le importaba un comino ser conveniente y perfecta. Ella era... Viola.

Y la amaba por ello.

A continuación, le dio unos ligeros golpecitos a la puerta y esperó. Cambió el peso del cuerpo a la otra pierna y entrelazó las manos detrás de la espalda. Estaba dentro ¿no? Escuchó unos pies arrastrándose y un golpe sordo. Volvió a llamar.

—¿Viola?

Nada. ¿Se habría hecho daño? ¿Habría sufrido un accidente? Se le aceleró el pulso. Llamó una vez más y se dio por vencido. Si le hubiese pasado algo...

Al final, abrió la puerta de un empujón y se calmó.

—¿Qué demonios haces?

La muchacha le miró con unos ojos rojos y acusadores.

—Las maletas.

—¿Por qué?

Viola pasó a toda prisa por su lado y tiró el vestido hecho jirones en la bolsa. Julian notó una punzada en el corazón al recordar cómo se lo arrancó del cuerpo. Quería hacer lo mismo con el vestido de diario color crema que llevaba en ese momento, pero aquella escena le resultaba demasiado familiar. Había vuelto a meter la pata, pero ¿en qué? ¿Tan mal le había hecho el amor? ¿Le habría hecho daño? Parecía tan feliz aquella mañana. Hasta había pensado que por

primera vez su relación se encontraba en el mismo punto.

—Tengo que irme, Julian. Este no es mi sitio.

Él clavó las pupilas en su espalda.

—No puedes marcharte.

La chica se giró de golpe hacia él.

—¿Por qué? De entrada, no me querías aquí. Ya sabes que mi barco zarpa dentro de poco. No veo ninguna razón para quedarme.

«Y ¿qué hay de mí?», quiso preguntarle. «¿No te quedarías por mí?». ¿Tan poca importancia había tenido la última noche para ella?

—Yo creía... —Y se pellizcó el puente de la nariz—. Pero no tenías que irte hasta mañana.

Sin hacerle caso, recogió las decoradas pantuflas de terciopelo y las tiró encima del vestido roto. Entonces, el marqués la agarró de la muñeca, pero ella se apartó a la vez que le lanzaba una mirada airada. Al parecer aquella vez no funcionaría ninguna oferta de enseñarle los alrededores ni cualquier otra pobre disculpa.

—Viola, para. Dime qué ha pasado.

Con las manos en las caderas, apretó los labios y le recorrió con las pupilas. Luego, negó con la cabeza y tomó aire de forma audible.

—He escuchado la conversación con tu madre. —E hizo un aspaviento—. Ya sé que he sido una estúpida por creer que anoche significó algo para ti, pero por desgracia ha sido así.

—¿Con mi madre? ¿Por qué ibas a escuchar lo que saliera de su boca? Sabes muy bien que siento muy poco respeto por la opinión de mi madre.

—No es lo que ha salido de su boca. Si no lo que has dicho tú. No soy *nadie*. —La muchacha intentó darse media vuelta, pero Julian se acercó a ella y le sujetó los brazos—. Bueno, pues esta *nadie* se va —terminó con voz ronca mientras intentaba escaparse de sus manos.

—Está claro que no has escuchado el resto de la conversación. No podía permitir que mi madre se entrometiese, pero tampoco iba a dejar que te machacase de esa manera. Siento que hayas tenido que escucharlo, pero si supieses cómo me sentí... —La chica se calmó y él tiró de ella para acercarla—. Te quiero, Viola. Todo lo que dije ayer iba en serio. Yo... Maldita sea, ojalá tuviese un trozo de papel para explicártelo mejor. Quiero que te quedes.

Los labios de la muchacha se separaron lentamente. La tensión abandonó su cuerpo y alzó las pupilas hasta las de él.

—¿Aquí? ¿En Inglaterra?

—Sí, conmigo.

—¿Porque me quieres?

—Te quiero.

Una ligera sonrisa embelleció la boca de Viola.

—Yo también te quiero.

En ese instante, Julian relajó la fuerza con la que la estaba agarrando. Aquellas palabras, Dios, le hicieron sentir el mejor hombre del mundo. No existía dinero, poder ni todas las casas señoriales del mundo podía conseguir que se sintiese igual que cuando la joven pronunció esas palabras.

—Saca tus cosas de la maleta. Y escríbele a tu padre. Dile que le verás pronto pero que has decidido quedarte aquí. Yo te mantendré y me aseguraré de que estés cómoda. Si te instalamos en la casa de la marquesa viuda, ni siquiera tendrás que ver a mi madre...

—¿Por qué iba a estar en la casa de la marquesa viuda? —La chica agitó las pestañas en una rápida consecución—. ¿Tu madre no se mudaría allí cuando nos casáramos? No comprendo las

costumbres inglesas al cien por cien, pero me parece un poco raro que traslades a tu esposa a...

—¿Mi esposa? No, Viola, hablo de convertirte en mi amante.

Una capa pálida cayó sobre el rostro de la muchacha, y los ojos se le pusieron como platos por el horror.

—¿A-amante?

—Sí. No tengo intención de casarme. Y sabes muy bien por qué.

En ese momento, Viola se apartó de golpe, comenzó a retroceder dando tumbos y aterrizó en la cama. Julian fue a ayudarla a levantarse, pero ella le retiró la mano con un gesto bastante agresivo. El marqués frunció el ceño. ¿Seguro que se había dado cuenta de que nunca podría casarse con ella? No se perdonaría si le ocurriese algo. Estuviese maldito de verdad o no, no podía arriesgarse, no con la mujer a la que amaba más que a sí mismo.

La chica negó con la cabeza mientras se tapaba la boca.

—No me puedo creer que me pidieras eso, no después de todo lo que te confesé ayer. ¿Es posible que quieras arruinarme del todo?

—No seas estúpida —le espetó sintiendo cómo le subía ese calor ya conocido dentro de su ser.

¿Por qué no era capaz de ver que estaba intentando protegerla?

—¿Soy una estúpida por querer ser algo más que una amante?

—Eso no es lo que quería decir. No puedo casarme contigo, Viola. No voy a permitir que mueras.

—No voy a morirme... A no ser que Dios lo quiera así. Tú no eres quien decide mi destino.

Entonces, se frotó la barbilla e intentó obligarse a mantener la calma. No era fácil cuando notaba que cada respiración le quemaba y le pesaba y el fuego le corría por las venas.

—Si me quisieses lo más mínimo, no me pedirías algo que no puedo hacer.

—Y si tú me quisieses algo, correrías el riesgo —le replicó.

Julian estaba andando de puntillas sobre la línea que le separaba de hablarle mal. Se sentía tan tenso como la cuerda de un violín antiguo, listo para romperse en cualquier momento. Nunca le haría daño, jamás, pero sabía que sus palabras podían lastimar con la misma facilidad. Debía protegerla de sí mismo y, antes de decir algo de lo que se arrepentiría, se giró sobre los talones.

Con una mano en el pomo de la puerta, se paró durante un instante y dijo en voz baja:

—No puedo arriesgar aquello que más aprecio. Perdóname.

Y los sollozos de la joven resonaron en sus oídos incluso cuando atravesó el pasillo que conducía a sus aposentos hecho un basilisco.

Capítulo catorce

Tardó menos de una hora en hacer el equipaje. Una hora durante la que él se paseó de un lado a otro intentando decidir cómo arreglar aquello. Iba a perderla. La única forma de que Viola no se marchase sería atarla a la cama. Y aquello no la haría cambiar de idea.

Lo peor de todo era que la entendía. Ninguna mujer crecía soñando con ser la amante. Y desde luego ninguna como Viola, que se había pasado gran parte de su edad adulta sufriendo que la gente la rechazase y sintiese compasión por ella. Y todo porque algún canalla no pudo decidirse entre dos mujeres y le arrebató la inocencia. Julian cerró el puño hasta que le dolieron los nudillos. Si llegaba a conocer a aquel hombre...

Entonces, observó el arcón de la joven esperando sobre el suelo de mármol del recibidor. Al parecer su madre había decidido echarse una siesta, lo que significaba que al menos Viola no tendría que sufrir más palabras malintencionadas sobre los estadounidenses. Siendo totalmente sincero, y si aquella muchacha significaba algo, prefería a las mujeres de Estados Unidos. Su actitud franca y vivaz siempre le sacaba una sonrisa. Ella entendía cómo disfrutar la vida, algo que llevaba mucho tiempo sin ser capaz de hacer.

Unos pasos se acercaron por el pasillo que conducía de las escaleras a la cocina, y Viola entró en el recibidor seguida de Jenny y la señora Whittleworth. A Julian le costó no poner los ojos en blanco. Por lo visto su servicio tampoco quería que se marchase.

Viola le dedicó una mirada rápida y fría.

—¿El carruaje está preparado?

El hombre echó un vistazo por la ventana.

—Así es.

—Bien, pues entonces me despido de usted.

Acto seguido, se agachó en una reverencia tan obscenamente pronunciada que hizo que el hombre desease agarrarla de los brazos y tirar de ella para volver a ponerla de pie, pero, en lugar de eso, inclinó la cabeza en reconocimiento.

—Gracias por la hospitalidad.

Maldita fuese ella. Maldita su formalidad. Maldita ella por abandonarle cuando solo hacía unas horas estaba en sus brazos. Cuando justo la noche anterior le había declarado su amor. Maldita fuese por romperle el corazón. No creía que llegase a volver a estar completo cuando se marchara. Hacía tanto tiempo que formaba parte de su vida, aunque solo fuese de forma escrita.

—Siempre serás bienvenida.

En un impulso, tomó su mano y le posó un beso en el guante. Sin apartar la mirada de la muchacha, vio cómo sus labios se separaban ligeramente. Bien. Esperaba que recordase aquello cuando ya estuviese en Estados Unidos, lejos de él. Puede que fuese vengativo, incluso infantil,

pero sabía que él jamás la olvidaría, y quería que ella también se quedase en vela pensando en él.

Al final, la joven retiró la mano y fue a coger su bolsa, pero uno de los lacayos llegó antes que ella. Demasiado pronto, la joven se encontraba instalada en su carruaje con la bolsa atada al techo. Viola le dedicó una última mirada persistente antes de que el cochero diese la orden al caballo y agitase rápidamente las riendas. La tristeza en sus ojos se lo dijo todo. Le resultaba imposible odiarla y eso que en ese momento lo deseaba de verdad.

«Lo siento», le expresó esa mirada. «Siento que las cosas no hayan funcionado, siento que no puedas superar tu miedo y darme lo que necesito».

Él también lo sentía.

Julian permaneció en la puerta mucho después de que la señora Whittleworth y Jenny hubiesen vuelto dentro. Observó el carruaje tomar la curva y acercarse a la hilera de árboles que le impediría verla más. Una parte de él se moría por hacerse un ovillo y llorar. Pero, por desgracia, los marqueses no hacían tal cosa.

Un movimiento borroso en el bosque llamó su atención. Entonces, lo observó con detenimiento y luego volvió a mirar el coche de caballos. No estaba seguro de cuándo salió corriendo de la casa, solo sabía que estaba de pie en el pasillo y al segundo siguiente la grava crujía bajo sus zapatos. En cuanto vio el ciervo supo, en lo más profundo de sus entrañas, que algo terrible iba a ocurrir.

Corrió a toda velocidad detrás del carruaje, y el corazón estuvo a punto de salírsele por la boca en cuanto vio al animal interponerse en el camino de los caballos. Incluso a pesar de que continuó avanzando, el carruaje pareció moverse más lento. Los corceles se encabritaron y relincharon. Luego, se escuchó el crujido de la madera y el vehículo se sacudió.

El lacayo dio un salto limpio cuando el carruaje cayó sobre el lado y levantó barro, astillas de madera y grava. Pero Viola no contó con esa salvación. La náusea se le revolvió en el estómago mientras corría hasta el coche destrozado. Después, echó un vistazo a su alrededor y vio al cochero levantándose a toda prisa.

—Comprueba el estado de los caballos —le ordenó. Si alguno había sufrido una lesión grave tendrían que pegarle un tiro—. Y llama al médico.

Solo Dios sabía lo que le habría ocurrido a Viola. Acto seguido, rodeó el lateral del vehículo y descubrió que la puerta se había abierto de golpe.

—¿Viola? —Y su voz no le sonó más que a un eco en los oídos.

—Estoy aquí —contestó débilmente.

Entonces, subió gateando al lateral del coche y miró dentro. La muchacha se encontraba tirada contra el otro lado del carruaje. Acto seguido, se dejó caer dentro de este y le apartó el cabello con una caricia. Tenía la piel helada y estaba temblando de la cabeza a los pies. No podía ver ninguna herida evidente, pero ¿y si había sufrido alguna herida interna? Notó que se le humedecían los rabillos de los ojos, y él se los secó con la mano.

—Vamos a sacarte de aquí. ¿Puedes ponerte de pie?

—Creo que...

En ese instante, la chica se incorporó y lanzó un alarido.

—¿Qué pasa? —le preguntó Julian mientras el pulso le latía tan fuerte en los oídos que temió no ser capaz de escuchar la respuesta.

—La pierna.

A lo mejor estaba rota. El hombre asintió y la cogió en brazos. Uno de los lacayos ya se había acercado para ayudar, así que la alzó para entregársela y entre los dos consiguieron levantarla y sacarla del carruaje volcado. La muchacha aulló mientras la cargaban en brazos, y el

marqués deseó que Dios le permitiese sentir aquel dolor en su lugar.

Luego, tiró la chaqueta en el césped y la tumbó sobre ella.

—¿Dónde te duele? Enséñamelo.

La joven se dio unos golpecitos en la pierna izquierda y se mordió el labio inferior. Le caían lágrimas de los ojos.

—Me duele muchísimo, Julian.

El marqués le agarró la mano y le dio un apretón a la vez que con la que le quedaba libre le subía las faldas. La bilis le trepó por la garganta al descubrir los restos de las medias manchados de sangre. Tenía una enorme astilla, al menos tan gruesa y tan larga como su dedo, alojada en la pierna.

—¿Julian?

El hombre le dio otro apretón en la mano y la soltó.

—Está todo bien. Respira hondo —le ordenó.

En ese instante, observó al lacayo, que le devolvió una mirada desalentadora. ¿Debería quitarle la astilla o dejársela? Dejarla aumentaba las posibilidades de infección, pero quitársela significaba que seguramente sangraría más. Y, por el aspecto de las manchadas medias de seda, ya había perdido bastante sangre.

—Por favor —le suplicó—. Me duele mucho.

En una decisión rápida, Julian comenzó a desabrocharse el cinturón. Acto seguido, se abrió la camisa y arrancó un largo jirón de ella. Después, y sin bajar las faldas, le hizo una señal al criado.

—Sujétale la pierna. —Y le dedicó a la chica una mirada tranquilizadora—. Mi amor, esto te va a doler, pero empezarás a encontrarte mejor enseguida.

Acto seguido, le ató el cinturón lo más fuerte que pudo por encima del corte ciñéndolo hasta que este se hundió firmemente en la piel. Después, comenzó a sacar con cuidado el trozo de madera mientras le empujaba el muslo contra el suelo.

Viola soltó un sollozo que le partió el corazón y la pierna comenzó a temblar.

—Ya casi está...

Por fin, la sacó con un tirón y la lanzó a un lado. Por último, le vendó la herida lo más fuerte que pudo con el jirón de la camisa.

—Terminado.

Luego, asintió al lacayo a modo de gracias y alzó a Viola en sus brazos. Señor, no podía perder a otra mujer, otra vez no.

—SUPONGO que volverás a Estados Unidos cuando te hayas recuperado. —Y Viola levantó la vista del libro para encontrar a la marquesa observándola desde arriba—. Tu familia debe estar echándote de menos.

La chica le dedicó una amplia sonrisa.

—En absoluto. Mi padre y mis hermanos se alegrarán de que me mantenga apartada de su camino un poco más de tiempo.

La anciana frunció los labios.

—Tuvo suerte de que Julian actuara tan rápido.

—No creo que fuese suerte, mi lady. Su hijo es un hombre inteligente.

Entonces, la mujer relajó ligeramente los labios apretados.

—Sí que lo es.

Viola intentó impedir que se le alargara la sonrisa. La madre de Julian había permanecido fríamente cortés murmurando palabras ligeramente compasivas desde el accidente, pero tardaría algún tiempo en cogerle afecto. Sin embargo, la muchacha sabía algo que Julian no. Puede que él no fuese capaz de verlo y por su puesto ella no lo había expresado nunca, pero Viola veía orgullo en ella.

¿Y quién no iba a estar orgulloso de un hombre así?

Aquello solo le dejó una conclusión. No podía rendirse todavía. Le había salvado la vida. La semana después del accidente con el carruaje fue dolorosa y frustrante, pero también maravillosa. Julian la atendió con tanto cuidado... que tenía que creer que podía hacerle cambiar de opinión.

—Madre.

A la joven le dio un vuelco al corazón cuando el marqués entró en la biblioteca. Observó aquel pecho fornido y comenzó a deleitarse con el recuerdo del tiempo que habían pasado juntos. Incapaz de caminar en condiciones, había pasado la semana anterior envuelta entre esos brazos fuertes, empujada contra su pecho. Fue algo así como una placentera tortura.

—Julian —le contestó la anciana—. Si me disculpáis, debo hablar con la ama de llaves.

Una vez se hubo ido, el hombre puso los ojos en blanco y se acomodó detrás del escritorio.

—¿Te estaba molestando?

—No, para nada.

—¿Ha sido grosera?

—No más de lo normal. No soy tan delicada como para no poder lidiar con ella, Julian.

Al hombre se le escapó una radiante sonrisa.

—De eso no me cabe duda. —Luego, le echó un vistazo a la pierna, que descansaba sobre un taburete—. ¿Qué tal va? ¿Te duele?

—No. Está mejor, pero no tiene buena pinta. —Y arrugó la cara con enfado—. Va a dejarme cicatriz.

Julian negó con la cabeza.

—No está fea. Además, una cicatriz no es nada en comparación con lo que podría haber pasado.

Viola se levantó la falda para observar la laceración que se estaba curando poco a poco, y el hombre levantó una ceja y la rozó con sus pupilas. Acto seguido, un calor se le congregó en la zona baja del vientre.

—¿Qué estás escribiendo? —le preguntó mientras volvía a cubrirse con las faldas y dejaba el libro a un lado.

—Una carta.

—Ja, ja ¡qué gracia! —Y le miró con los ojos entornados—. ¿Otra queja?

—No, una carta de agradecimiento al doctor. —Y agitó un papel hacia ella—. Pretendo recompensarle abundantemente por sus servicios.

—Ya sabes que dijo que tú hiciste todo el trabajo. —Luego, le dedicó una ligera sonrisa—. Julian, me salvaste. Si no hubieses actuado así de rápido, podría haber perdido la pierna o la vida. Ya sabes lo fácil que es que estas cosas acaben con la vida a una persona.

En ese momento, la expresión del marqués se volvió pensativa y comenzó a observarla fijamente. Tal fue el escrutinio que acabó incomodando a la muchacha.

—¿Qué pasa?

—He estado a punto de perderte.

Acto seguido, se puso de pie y fue hasta su lado. Luego se arrodilló, tomó la mano de la

joven y colocó la punta del dedo sobre ella. Escribió las palabras a medida que las pronunciaba mientras le trazaba letritas en la palma.

—Tenía tanto miedo de perderte al casarnos, y ha estado a punto de pasar de todas formas.

Entonces, la chica sostuvo la áspera mandíbula del hombre en la palma de la mano que le quedaba libre.

—Pero no ha ocurrido. Y me has salvado. Si no hubieses estado ahí, podría haber muerto.

—Sí. —Y comenzó a apretar la mandíbula—. Te quiero. —Una vez más las palabras bosquejadas—. No puedo volver a perderte. Tenía tanto miedo de salir herido que nos he hecho daño a los dos. Pero no volveré a cometer ese error. —A continuación, le giró la mano y le plantó un beso en los nudillos—. Cásate conmigo.

Durante un segundo, Viola se olvidó de respirar. ¿Aquello no era más que otro sueño? ¿De verdad su lord inglés le había pedido la mano en matrimonio?

—¿Viola? —Le dio pie.

Ella se rio y le cogió la cara entre las manos para darle un beso en la frente.

—Por supuesto que sí. Te quiero, Julian Cynfell, Marqués de Lockwood, Vizconde de Marwoth, Barón de Alderwood... ¿Se me ha olvidado alguno?

—Bastantes, de hecho —le contestó con una sonrisa burlona antes de agarrarle las manos y girar la cara para besarle las dos palmas—. Viola, te quiero desde la primera palabra —le confesó—, y te querré hasta la última.

Epílogo

Mi queridísima Viola,

Hoy hace dieciocho años de nuestro enlace. Siempre has asegurado que yo te he dado mucho: una vida en Inglaterra, una casa bonita, cinco hijos guapísimos, pero la verdad es que tú eres quien me lo ha dado todo. Me has concedido esperanza, amor y alegría.

De hecho, cuento con riquezas y poder, pero ninguna de esas cosas podría haberme aportado tanta satisfacción como poder contarle a la gente que eres mi mujer. Incluso yo, que cuento con un talento para la escritura, no puedo explicar lo que siento por ti. Es algo tan precioso que no se puede expresar solo con tinta y papel. De hecho, creo que es algo que solo tú puedes comprender.

Ya sabes que siempre he dicho que preferiría morir antes que dejar que te pasase algo y lo mantengo. Sin embargo, has hecho que el oscuro miedo que albergaba dentro de mí se desvanezca con tu amor y bondad. Aunque anhelo no separarme nunca de ti, tengo la certeza sin duda alguna que nuestras almas permanecerán siempre unidas.

Por favor, quiero que sepas en este día del dieciocho aniversario de nuestra boda que el amor y admiración que siento por ti no ha hecho más que crecer. Hemos salido reforzados de cada dificultad a la que nos hemos enfrentado. He disfrutado viendo cómo te volvías más bella y elegante con cada año que pasaba. Tu humor y disposición tranquila seguirán ayudando a esta familia a sobrellevar lo que los años nos traigan, y doy gracias a Dios cada día por que hayas inculcado estas cualidades a nuestros hijos.

Siempre estaré agradecido de que no ignorases mi carta y de que demostrases que merecía tu amor. Solo espero poder pasar el resto de mis días asegurando que sigo siendo digno de él.

Tu cariñoso esposo amante (y a veces gruñón),
J.

FIN

Acerca del Autor

Samantha Holt, autora superventas de *USA Today*, es conocida por sus novelas de romance histórico llenas de ingenio, humor y pasión a menudo desenfrenada. Lleva más tiempo del que creía posible dedicándose por completo a la escritura, tras estudiar enfermería y arqueología. Afincada en un pueblecito del centro de Inglaterra, es una campeona de las siestas, dueña de un sinfín de animales y madre de gemelos.

Cuando no está escribiendo (o durmiendo la siesta), se dedica a maquinar (¡libros, naturalmente!) con su marido, a tomar café, a subir montes demasiado altos para su estado físico y a visitar casas señoriales fingiendo que es una dama de alto copete.

Mi sitio web

Mi página de Amazon